



Covid19^②

Covid19^②

Antonio Spadaro SJ
Jesús Espeja Pardo
Consuelo Vélez
Rafael Luciani SJ
Jesús Martínez Gordo
Dolores Aleixandre
José Ignacio González Faus
Pedro Pablo Achondo Moya
Sor Lucía Caram
Michael Moore
José Antonio Pagola
Leonardo Boff
Omar César Albado
Frei Betto
Francisco de Roux
Manuel Castells
Agustín Squella,
Carlos Peña
Pablo Oyarzún
Diana Aurenque
Claudius Gros
Roser Valenti
Kilian Valenti
Daniel Gros
Yuval Noah Harari
Klaus P. Regling
León Cohen
Jürgen Habermas
Angela Merkel

Título original: **Covid19**²

Autores: Antonio Spadaro SJ, Jesús Espeja Pardo, Consuelo Vélez, *Rafael Luciani SJ*, Jesús Martínez Gordo, Dolores Aleixandre, José Ignacio González Faus, Pedro Pablo Achondo Moya, Sor Lucía Caram, Michael P. Moore ofm, José Antonio Pagola, Leonardo Boff, Omar César Albado, Frei Betto, Francisco de Roux, Manuel Castells, Agustín Squella, , Carlos Peña, Pablo Oyarzún, Diana Aurenque, Claudius Gros, Roser Valenti, Kilian Valenti, Daniel Gros, Yuval Noah Harari, Klaus P. Regling, León Cohen, Jürgen Habermas, Angela Merkel.

Sitios: Medium / Religión Digital / I viva, Pensamiento crítico y cristianismo / RSCJ España / Reflexiones Itinerantes / Amerindia / Revista Semana / bundesregierung.de / La Vanguardia / Attac Madrid / Frankfurter Allgemeine / Political theory – Habermas and Rawls / Goethe Universität / Diario La Tercera / The Financial Times / freibetto.org /

Editorial: MA-Editores

160 páginas | 15 x 21 cm

1^a edición: 8 de abril 2020

Selección de artículos, edición y diseño:
Marcelo Alarcón Álvarez
malarconalvarez@gmail.com

 MA Editores

Contenidos

Teología

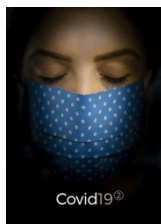
- 11 **Cuerpos e historias en tiempos del Coronavirus**
Antonio Spadaro SJ
- 14 **¿Dónde está Dios ahora?**
Jesús Espeja Pardo
- 16 **Esta situación nos confronta con la
limitación humana, con nuestra vulnerabilidad**
Consuelo Vélez
- 21 **Es la hora de ayunar del Pan y aprender
a comulgar con la Palabra**
Rafael Luciani SJ
- 29 **Dios en tiempos del Coronavirus**
Jesús Martínez Gordo
- 35 **La mascarilla de Job**
Dolores Aleixandre
- 37 **De Job al Coronavirus**
José Ignacio González Faus
- 40 **Teología en el cautiverio**
Pedro Pablo Achondo Moya
- 44 **Que vuelva la alegría a nuestras calles**
Sor Lucía Caram
- 47 **La fe no es un antídoto mágico; convive
con las preguntas y con los miedos**
Michael P. Moore ofm

- 57 **No te bajes de la cruz**
José Antonio Pagola
- 59 **El Coronavirus despierta en nosotros lo humano**
Leonardo Boff
- 64 **Teología y pandemia: hacia un cambio de modelos culturales**
Omar César Albado
- 74 **Pandemia y espiritualidad**
Frei Betto
- 78 **Nos creíamos invencibles**
Francisco de Roux

Política, Filosofía, Sociología, Psicología, Economía

- 86 **Discurso al pueblo alemán ante la situación del Coronavirus**
Angela Merkel
- 94 **Tiempo de virus**
Manuel Castells
- 98 **El mundo después del Coronavirus**
Yuval Noah Harari
- 112 **El momento para la solidaridad en Europa es ahora**
Klaus P. Regling
- 116 **Nunca habíamos sabido tanto acerca de nuestra ignorancia**
Jürgen Habermas

- 129 **Estrategias de manejo para los costos socio-económicos de la pandemia COVID-19**
*Claudius Gros, Roser Valenti,
Kilian Valenti, Daniel Gros*
- 134 **Filosofía y Coronavirus: ideas en debate**
*Agustín Squella, Carlos Peña,
Pablo Oyarzún, Diana Aurenque*
- 141 **Fin de un mundo**
Manuel Castells
- 145 **Que nos está pasando y que está por venir**
León Cohen
- 156 **El virus pone al descubierto la fragilidad del contrato social**
The Financial Times



Covid19² reúne escritos públicos de pensadores de Chile, Argentina, Brasil, Italia, Estados Unidos, Alemania, España, Colombia. Al igual que el primer volumen (Covid19), intenta recoger, en primer lugar, algunas reflexiones de teólogos y teólogas en torno a los escenarios que se abren con la pandemia del Coronavirus.

Ambos libros incluyen también discursos, ensayos y artículos políticos, filosóficos, económicos, sociológicos, antropológicos y psicológicos, todos vinculados a la crisis del virus Corona.

Tal como lo hice en el primer libro, deseo expresar mi reconocimiento a *Sopa de Wuhan*, compilación de ensayos y artículos de filósofos y pensadores publicada por ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), que sirvió de inspiración para este ejercicio.

Covid19² solo ordena los textos aparecidos entre los últimos días de marzo y el seis de abril, agregando información sobre los autores y los sitios públicos donde se encuentran.

MA-Editores es una iniciativa editorial que se propone perdurar mientras se esté en cuarentena.



Covid19^②

Teología

Cuerpos e historias en tiempos del Coronavirus

Antonio Spadaro SJ¹

Publicado en Medium el 9 de marzo.² Traducción de Marcelo Alarcón A.

El clima de expectación y suspenso precisamente de estos días de Coronavirus es un desafío para nuestras relaciones. Una de las cosas más extrañas es el hecho de que, cuando conoces a una persona querida, nunca sabes qué hacer. ¿Cómo nos saludamos en la época del coronavirus?

Habitualmente, nuestras expresiones gestuales no estipulan reverencias. Las sonrisas están incluidas, pero acompañadas comúnmente de gestos con las manos. Cuando nos saludamos después, nos damos la mano para decir "adiós". Pero cuando estás a un metro de distancia no puedes hacer eso. Es ridículo. Los americanos

¹ Sacerdote jesuita italiano, periodista y escritor. Editor en jefe de la revista *La Civiltà Cattolica*.

²<<https://medium.com/@antoniospadaro/bodies-and-stories-in-the-time-of-coronavirus-9ea674bcc458>>.

inventaron el “apretón de manos romano”, el estilo de apretón de manos que une, no las manos, sino los codos.

Pero no. Para muchos la única salida es caer en la vergüenza y decir algo así como “y ya nos dijeron que no debemos tocarnos...”. Y así nos sonreímos y seguimos hablando. Sin embargo, sentimos que la distancia pesa sobre nosotros. Y la cercanía nos preocupa.

Las relaciones se convierten en un tema de reflexión. También porque hay que luchar contra el instinto. Lo sabes: si amas y quieres proteger, no debes estar cerca, sino lejos.

Tenemos que reconstruir la forma en que tratamos nuestro espacio y a otras personas en términos de proximidad en esta situación actual. No sabemos dónde está el virus, ni siquiera sabemos si alguien lo tiene en su cuerpo. Ya no hay lugar para la paranoia que en su lugar tiene un objeto. La ansiedad permanece. O la actitud de “fanfarroneo vigilante” de los que no quieren estar condicionados a mucho, pero saben que deben ser cuidadosos con ellos mismos, pero sobre todo con los demás. No estamos hablando de los irresponsables aquí, pero ellos también están allí, tal vez. No obstante, dado que no sabemos dónde está el virus, debemos reinventarnos el significado de distancia y proximidad.

En cambio, hablamos mucho, en estos tiempos de cuarentena impuesta o elegida, y luego de amarga soledad, no acostumbrados al trabajo inteligente decimos mucho. Hablamos por teléfono, por videoconferencia, chateamos. Necesitamos confirmar los lazos emocionales porque nos salvan... Y los lazos emocionales se construyen gracias a las historias.

Las historias pasan por alto las máscaras revelando el rostro de los que están a mi lado, su vida. El rostro que se narra finalmente se descubre y es descubierto.

En esta época de ritos modificados, prácticas rotas, hábitos dispersos por el mal, las historias sustituyen a los cuerpos que, transubstanciados de los apegos deseados en potenciales infecciones, no se pueden arrimar, sino que se saludan solo a distancia. Excepto ellos que no comparten el mismo techo, como las familias o las comunidades, ambos posibles sitios de cuarentena que mezclan ritmos, relaciones, pesadillas y deseos.

¿Dónde está Dios ahora?

Jesús Espeja Pardo³

*Publicado en Religión Digital el 19 de marzo.*⁴

Dicen que movido por la curiosidad un creyente devoto, abrió la *Suma Teológica* escrita por santo Tomás de Aquino; pero al leer la primera frase como interrogante – “¿existe Dios?”–, se escandalizó y no siguió leyendo. Tanto mal y sufrimiento de los seres humanos es argumento irrefutable contra la existencia de una divinidad todopoderosa y buena que, mientras los sufrimos, sigue apática en su trono. Sin duda es mejor no creer en Dios ni practicar una religión, que creer en un Dios y practicar una religión que ante nuestros males guardan silencio y nos dejan tirados en la cuneta.

He leído varias veces el sugerente libro de Bertolt Brecht *Galileo Galilei*. En uno de sus capítulos alguien cuestiona la teoría de Galileo: Si el cielo no existe ¿dónde está Dios? Y el científico responde: “En nosotros mismos o

³ Sacerdote Dominicano. Doctor en Teología ha realizado estudios en Salamanca, Roma y Jerusalén.

⁴ <https://www.religiondigital.org/la_iglesia_se_hace_dialogo/Dios-ahora-espeja-coronavirus-encierro_7_2214148573.html>.

en ningún lado". Esa respuesta evocó mi fe o experiencia en la encarnación de Dios percibida en la conducta histórica de Jesucristo. No está lejos de nosotros. Siempre mayor e inabarcable, más íntimo a nosotros que nuestra propia intimidad, su presencia de amor nos constituye pues en ese misterio que llamamos Dios "existimos, nos movemos y actuamos".

Conviene recordar esta fe o experiencia cristiana cuando un virus obliga incluso a cerrar iglesias y suspender celebraciones de culto. Hay que buscar a Dios también fuera del templo y discernir su presencia en la calle.

Pienso que los humanos estamos en proceso de realización. Mientras anhelamos y trabajamos por crecer en humanidad, una y otra vez encontramos dificultades que limitan nuestros logros; pero dentro de nosotros, tan real como indefinible, puja un deseo de plenitud que no se apaga ni siquiera con la sombra de la muerte. Según la fe o experiencia cristiana en ese germen de vida que nos impulsa una y otra vez a levantarnos de nuestras cenizas está esa Presencia de amor que llamamos Dios.

Pero no busquemos pretendidos razonamientos sobrenaturales ni acudamos a intervenciones milagrosas para reemplazar la falta de razones humanas y para dispensarnos de nuestros compromisos terrenos. En la investigación seria de los científicos, en la preocupación y sanas medidas de los gobernantes, en el infatigable trabajo del personal sanitario, en la conducta solidaria de los ciudadanos, y en quienes, a pesar de todo, ocurra lo que ocurra, mantienen viva la confianza, bien podemos decir que está Dios encarnado. Una Presencia de amor capaz de llamar a las cosas que no son para que sean y de dar vida a los muertos.

Esta situación nos confronta con la limitación humana, con nuestra vulnerabilidad

Consuelo Vélez⁵

Publicado en Religión Digital el 22 de marzo.⁶

En poco tiempo el mundo cambió de rumbo. Lo que creíamos imposible, sucedió. El ritmo acelerado de la vida, la falta de tiempo para tantas cosas, las prisas y la aglomeración cada vez mayor, se detuvieron. Y ahora, en muchos países, estamos experimentando la cuarentena en casa. ¿Qué pensar en esta situación? Creo que es una experiencia que nos confronta con la limitación humana. Somos criaturas vulnerables y limitadas. Aunque el progreso y el dinero parecen abrirnos todas las puertas y hacernos creer que lo dominamos todo, la misma realidad se encarga de recordarnos que el “misterio” de la vida y de la muerte, siempre nos desborda y no podemos agarrarlo en nuestras manos y determinar completamente el presente y menos el futuro.

⁵ Teóloga colombiana, Universidad Javeriana.

⁶<https://www.religiondigital.org/fe_y_vida/Dios-tiempos-coronavirus_7_2215648414.html>.

Y ¿dónde está Dios mientras pasa todo esto? Es la pregunta que nos hacemos siempre que topamos con momentos límite y algunos aprovechan para interpretar esa realidad como un “castigo divino”. Ya escuché a un clérigo decir que Dios nos estaba castigando porque la gente no estaba celebrando las Semana Santa, sino que se iba a pasear. Por supuesto, esto es falso, aunque bastante gente se lo cree y más todavía cuando se nos invita a hacer oraciones casi tipo exorcismos como “espantando” ese mal que ahora nos ha caído encima.

En realidad, Dios está acompañando este momento y acompañándonos a cada uno/a para que asumamos esta realidad y salgamos adelante. Él muere con cada víctima del contagio, se cura con todos los que se han podido recuperar, tiene miedo con todos los que están llenos de temor a contagiarse, sufre con las consecuencias que trae esta situación, especialmente, a nivel económico, para los más pobres. Pero ¿acaso Dios no tiene poder para librarnos de este mal definitivamente?

Una vez más podemos constatar cómo es el Dios del reino, anunciado por Jesús: no es un Dios de poder que cambia por arte de magia las cosas, sino que es el Dios encarnado en esta humanidad que cuenta con cada uno/a de sus hijos e hijas para llevar adelante la historia humana. Para salir de la pandemia necesitamos del esfuerzo humano a nivel de la ciencia para detener el virus y producir una vacuna y necesitamos de la generosidad de todas las personas para sobrellevar esta dificultad y vencerla. Así lo ha dispuesto Dios en su manera de crear este mundo y confía que sepamos hacerlo.

Muchas cosas podemos aprender de esta situación, pero es necesario estar atentos a lo que pasa y aprender

de ello. Entre muchas, nombremos algunas que se me ocurren ahora.

Qué importante es que se destinen recursos para la salud, para la investigación, para la ciencia. Pero ya sabemos de las trabas que ponen los gobiernos para disponer de esos recursos. Como no dan ganancias económicas, no se les presta el debido interés. Que importante es también, crecer en generosidad y en eso de que “nadie pase necesidad”. En situaciones como estas es que se verá que tanto somos capaces de compartir. Los gobiernos lanzan algunas medidas para aliviar los pagos, los créditos y dar alguna bonificación a los que se sabe no tendrán ingresos económicos. Pero hay mucho que no se alivia con estos recursos y cada persona debería ver dónde hay necesidad, para salir al paso.

Por supuesto quienes tienen salario fijo son los que pueden hacer esto. Todos aquellos que viven del día a día y los que tienen negocios son los más afectados. A todos ellos hemos de buscar cómo ayudarlos y, exigir, por supuesto, que los gobiernos dispongan recursos para ello, aunque las reservas del país disminuyan. Aquí podríamos invocar aquella parábola del rico insensato (Lc 12,16-21) que tuvo una abundante cosecha y en lugar de pensar en repartirla, se puso a construir graneros para almacenarla para sí. ¡Rico insensato! Dice el evangelio y así se podrá decir de todos aquellos gobiernos que no decretaron rápidamente la cuarentena porque solo pensaban en que no se detuviera la producción de riqueza para acumular más y más y en todos los que ahora se encierran en su pequeño mundo y no quedan atentos a las necesidades de sus semejantes.

Pero mirándolo desde el punto de vista cristiano, además de contrastar la imagen de Dios que tenemos – como lo señalamos arriba–, esta realidad nos confronta con esa mentalidad de algunos cristianos que ponen toda su vivencia de fe en los sacramentos, en el “cumplimiento estricto” de las normas litúrgicas, en las fiestas religiosas, en el clérigo, etc. En Colombia algunos cristianos protestaron porque se había dado la directriz de recibir la comunión en la mano. Ahora ya no es solo esa directriz, sino que no habrá celebración ni de eucaristías dominicales ni de Semana Santa. Ojalá que la circunstancia sirva para que abran las mentes y sobre todo los corazones y entiendan aquello de que el ser humano va antes que el cumplimiento de la ley.

Sin duda, no son tiempos fáciles porque el sentirnos confinados en casa desgasta, por mucho ánimo que pongamos. También porque las salidas que hacemos para comprar lo básico, van con el temor de ser contagiados y el otro parece más un peligro que un hermano. Pero tenemos la oportunidad de vivir todo desde la fe, no en el Dios mágico –que no es el Dios cristiano– pero si la fe en el Dios que encarnado en nuestra historia nos mueve a vivir –una vez más– una situación que nos sobrepasa, pero en la que –de la mano del Señor– saldremos adelante. La limitación humana no nos ahorrará sufrimiento, desconcierto y miedo, pero la fe nos fortalecerá para seguir adelante, superando todos los obstáculos.

También es esperanzador comprobar que tanta gente que no tiene fe o no lo dice explícitamente, cuando se trata de comprometerse con la vida humana, lo hacen y ¡en qué medida! Todo el personal de la salud, pero también los jóvenes que en Europa y en China se han

ofrecido a ayudar a las personas mayores o que han alegrado con sus músicas y símbolos estos días de soledad y encierro. No celebraremos litúrgicamente la Semana Santa, pero estamos viviendo en este presente y cuando todo esto se controle y supere, llegará la Pascua de la vida, en la que podremos proclamar desde dentro: el Señor ha resucitado y, una vez más, Su vida en nuestra vida, ha ganado la partida.

Es la hora de ayunar del Pan y aprender a comulgar con la Palabra

Rafael Luciani SJ⁷

Publicado en Religión Digital el 24 de marzo.⁸

La insistencia en sustituir la participación en la celebración eucarística por su visualización virtual, sin presencia de los fieles, parece haber sido acogida por conservadores y progresistas, por obispos y laicos, como una realidad que debe ser así, sin más. El clericalismo está tan arraigado en la cultura eclesial, y a todo nivel, que las respuestas pastorales que se ofrecen ante la situación tan dramática que estamos viviendo parecen no ir más allá de la oferta sacramental. Una visión completamente auto-referencial de lo que significa ser Iglesia en estos momentos.

Con la liturgia tridentina había sacerdotes que celebraban las misas sin el pueblo, sin fieles, en privado. Los fieles solo oían la misa. Luego del Concilio Vaticano II,

⁷ Sacerdote jesuita, Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma). Experto del CELAM y miembro del Equipo Teológico de la CLAR.

⁸<https://www.religiondigital.org/opinion/Rafael-Luciani-Pan-aprender-Palabra-Iglesia-religion-coronavirus-misas_O_2215878417.html>.

la eclesiología del Pueblo de Dios unida a la reforma litúrgica dio un giro copernicano –aún no del todo asimilado– y habló de presbíteros que presiden la asamblea eucarística como parte del Pueblo de Dios. A pesar de este giro que se dio en la Iglesia, pareciera que olvidamos que la Eucaristía es la Cena del Señor y no la misa, y que el seguimiento de Jesús no puede quedar reducido al espacio del culto. Las misas se ven y se oyen, pero la Cena del Señor, es decir, la Eucaristía, se celebra y vive cuando nos congregamos en asamblea. Como recuerda la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, no existe el ministerio ordenado fuera del sacerdocio común de todos los fieles.

Durante este tiempo de silencio y aislamiento, como Jesús en el desierto, la institución eclesiástica está llamada a emprender un camino de conversión. Las reformas eclesiales que se vienen haciendo solo tendrán sentido si la Iglesia se reconoce como pecadora y necesitada de conversión. La credibilidad nace del testimonio silente, no de la predicación. Una clave para discernir esto la encontramos en la Conferencia de Aparecida, celebrada en el 2007, cuando los obispos latinoamericanos pidieron "pasar de una pastoral de conservación a otra evangelizadora y misionera".

Se trata de una frase muy repetida y muy bonita, que resuena en la voz de muchos/as, sin comprender toda su profundidad. La pastoral de conservación es aquella que solo se preocupa por mantener el culto a toda costa y, por tanto, su oferta pastoral debe responder a cómo hacer para que todos/as puedan participar de los ritos sacramentales y recibir la gracia divina. En 1968, la Conferencia de Medellín, pidió superar esta visión, ya que

solo buscaba la sacramentalización ritualista de la vida cristiana centrada en la figura del sacerdote –y no del presbítero– como único mediador de la gracia y del encuentro con Jesús.

Las palabras que seguimos usando y las ofertas teológico-pastorales que la institución eclesial está ofreciendo en este tiempo de crisis, solo responden a la cuestión de si los fieles están recibiendo –o no– la gracia sacramental. Seguimos anclados a una imagen de Iglesia que se cree dueña de Dios, de su gracia y su perdón, y que solo pone más cargas en las conciencias de las personas, especialmente cuando hoy en día estamos aislados por la pandemia y sin posibilidad de acercarnos a un presbítero ni congregarnos como asamblea. Aunque no parezca, todo esto es muy contrario a la propia tradición de la Iglesia. Santo Tomás de Aquino sostuvo en su *Suma Teológica* que "la cosa significada por un sacramento se puede obtener antes de recibir este sacramento con solo desearle".

Así es: "con solo desearle". No se recibe la gracia, como si Dios pudiera ausentarse de nuestras vidas y la Iglesia es quien decide cuándo nos devuelve su presencia divina. La gracia es Dios mismo que se nos da como don primero, como regalo sin condiciones, abrazándonos desde lo más íntimo de nuestras conciencias, acogiendo nuestros pensamientos y sentimientos, y sanando nuestros miedos y temores. Todos/as, en nuestros hogares y comunidades, hemos sido ya agraciados, abrazados por Dios y perdonados. Esto fue lo que el mismo Jesús nos reveló cuando descubrió que Dios era como un Padre que nos ama desde las entrañas de una madre. Por ello, Jesús pudo reconocer más fe en los supuestos infieles e impuros de su

época, en los alejados del Templo y excluidos por los sacerdotes, en los que no asistían a los ritos celebrativos ni a las purificaciones. Así se lo hizo saber a una mujer samaritana y a un centurión, entre otros y otras que iba encontrando en su camino.

La transmisión actual de la fe está en crisis. No ganamos nada repitiendo modelos tridentinos, ya fracasados, que no han ayudado a formar y a vivir una fe adulta. Nuevamente la Conferencia de Aparecida es iluminadora pues recuerda que las reformas de la Iglesia son "espirituales, pastorales e institucionales", deben tocar las mentalidades, las prácticas y las estructuras. Si nos sigue moviendo el clericalismo, solo estaremos cambiando las formas –ahora virtuales–, más no el fondo. No habrá conversión de la institución eclesial y, cuando todo esto pase, seguiremos con los mismos problemas pastorales.

Lo que proponemos debe ser discernido a la luz de la eclesiología del Pueblo de Dios, en la que todos –obispos, clero, religiosos/as y laicos/as– somos iguales por el bautismo. Debemos empoderar a cada uno/a en su hogar con los Evangelios y no transmitir la idea de una institución eclesial que solo se preocupa por el mero cumplimiento de la asistencia o no a los oficios litúrgicos. El reto está en comunicar la experiencia de un Dios que ya nos perdonó y reconcilió con su abrazo misericordioso, y superar así las narrativas que insisten en la falsa idea de una divinidad que pone en pausa su perdón hasta que, algún día, cuando pase la pandemia, busquemos a un sacerdote para confesarnos y recibir la verdadera gracia. La oferta pastoral que se está ofreciendo –o al menos transmitiendo con las palabras que se usan– es tan triste

que solo puede prometer un perdón a medias, un Dios que pone su amor *en pausa*. En fin, pareciera que la gracia no puede salir de los templos, mientras que el virus sí viaja por todo el mundo.

Hemos de reconocer, pues, que seguimos anclados a modelos pastorales clericalistas y auto-referenciales, inspirados en la teología tridentina del ministerio ordenado y la gracia sacramental que predica, como otrora, que "donde no llegan los sacramentos, no llega la gracia ni la salvación". Las buenas voluntades no bastan. Pueden crear mayor daño a mediano y a largo plazo. Se necesitan palabras, gestos y acciones pastorales realistas y liberadores, en sintonía con el Concilio y en seguimiento al Jesús de los Evangelios.

El Concilio Vaticano II, en *Lumen Gentium*, situó la centralidad de la vida eclesial en torno al Pueblo de Dios, que somos todos y todas, y no solo los clérigos. La Eucaristía es una celebración de la comunidad, en la que el presbítero preside junto a la comunidad. Nunca solo y menos en privado. No hay misa sin Pueblo de Dios. El Decreto conciliar *Presbiterorum Ordinis*, en el número 13, hace mención a la celebración de la Eucaristía como la función principal del ministro ordenado. El texto no se refiere a la posibilidad de realizar una celebración eucarística sin la asamblea, es decir, sin Pueblo de Dios. Por ello, el mismo Decreto aclara que, aunque la función específica le viene concedida al celebrar la Eucaristía, su identidad exclusiva nace de la Palabra (*Presbiterorum Ordinis* 4). En torno a la Palabra, el ministerio ordenado se une a cualquier ministerio y carisma, y encuentra ahí su fuente y sentido. Así, el presbítero, uno de la comunidad,

ha de nutrirse y compartir la Palabra con todos/as, como uno más del Pueblo de Dios.

Ante la actual crisis se requiere una gran creatividad pastoral de todos/as y no recetas mágicas de algunos. Urge escuchar y responder a los problemas reales de las personas: la necesidad de sentirse acompañadas, la angustia de no tener trabajo ni dinero para comprar comida, el miedo a enfermarse y a no ser atendidas debidamente, la soledad del aislamiento, la posibilidad de no poder ver a un familiar morir ni enterrarlo por haber contraído el virus.... Solo regresando a Jesús, y colocando de nuevo a los Evangelios como nuestro libro diario de cabecera, podemos generar procesos de discernimiento y acompañamiento que respondan a todas estas necesidades, porque esos fueron los problemas que Jesús escuchó y a los que respondió cuando caminaba de aldea en aldea. Una Iglesia sacramentalizada es una Iglesia auto-referencial, alejada del Jesús de los Evangelios. Podemos estar muy cerca de la institución eclesiástica y muy lejos del Reino de Dios.

Ciertamente estamos en una situación irregular que necesita respuestas pastorales inmediatas. Pero la misa es solo una de esas respuestas, más no la única ni la más importante en estos momentos. La gente está en sus casas y necesita mensajes realistas que ayuden a sentir que Dios los ama y abraza de modo personal, y no a través de la figura de un mediador ausente a quien no tendrán acceso. Centrarse solo en la misa online no ayuda pastoralmente. Es seguir manteniendo el esquema de una religión privada, clerical y sagrada. Todo lo que se pueda hacer creativamente en función del empoderamiento religioso de las personas, sin la mediación del sacerdote, es

fundamental para una respuesta pastoral real y coherente en estos momentos.

Es hora de alinear la eclesiología del Pueblo de Dios de *Lumen Gentium* con la teología del ministerio ordenado de *Presbiterorum Ordinis*. En *Evangelii Gaudium*, Francisco logró invertir la pirámide eclesial al superar la yuxtaposición que existía entre el Pueblo de Dios y la Jerarquía en *Lumen Gentium* (capítulos 2 y 3). Todos/as somos iguales por el bautismo, portadores de la gracia, Pueblo de Dios en camino. Todos somos fieles: obispos, clero, religiosos/as y laicos/as. Todos somos sacerdotes y portadores del Espíritu de Dios (*Lumen Gentium* 4, 6, 11). A pesar de este giro que representó el Concilio, los debates actuales se han centrado, casi exclusivamente, a la recepción de la gracia por medio de los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación.

Es muy cómodo para un cura limitarse a dar -no celebrar- misas online. Esto demuestra el inmediatez pastoral en el que se han formado, sin capacidad de conectar con la vida diaria de las personas más allá del ambón. Urge creatividad pastoral, abrírnos al Espíritu. El haber hecho que la vida cristiana se centre solo en torno al templo y el culto, solo ha contribuido a alejar a jóvenes y a tantos otros de la Iglesia Católica, porque para una gran mayoría el único referente de vida eclesial es la parroquia, con un modelo tridentino y ritualista, ya fracasado.

Es hora de recuperar la Palabra y el silencio. Los medios virtuales pueden ser usados para ofrecer actividades que ayuden a acompañar y a discernir lo que se está viviendo desde la Palabra de Dios que se encarna en nuestras casas hoy. Si no recuperamos la centralidad de la Palabra, estaremos devaluando el sentido mismo de la Eucaristía,

que consta de dos partes por igual: la celebración de la Palabra y la celebración del Pan, sabiendo que la celebración del Pan nace de la Palabra, y no al revés. Si no es posible encontrarnos todos/as como Pueblo de Dios en torno al Pan, sí es posible que nos encontremos alrededor de la Palabra.

Tal vez sea la hora de ayunar el Pan y comulgar con la Palabra. Esa que nace del silencio, y que nos ayudará a sanar lo que llevamos en nuestros corazones. Un ayuno que nos haría a todos/as iguales, solidarios y partícipes de la misma dignidad, porque no habrá unos que comulguen pan mientras una mayoría lo ayuna "espiritualmente". Mientras no haya ayuno del pan para todos/as, seguirán las misas sin Pueblo de Dios, y los ritos *quasi* mágicos vía ondas televisivas u online sin relación alguna con la vida diaria de las personas y sus procesos de crecimiento. Una pastoral misionera y en salida es la que redescubre hoy la centralidad de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia. Esa Palabra que se encarna en nuestros hogares mediante la lectura personal y comunitaria, pausada y meditativa, para conocer y discernir lo que Jesús hubiera hecho si estuviese hoy padeciendo esta misma situación.

La superación de la pastoral de conservación comienza con lo que el Decreto *Ad Gentes* nos enseñó. Ahí, el Concilio nos propone un camino: comenzar por el testimonio evangélico (AG 24), formar pequeñas comunidades ambientales –en nuestras familias o comunidades–, congregarnos todos/as en torno a la Palabra (AG 15), y discernir la realidad que vivimos (AG 6; 11). De este modo llegaremos, de nuevo, a comer el Pan todos/as juntos como Asamblea.

Dios en tiempos del Coronavirus

*Jesús Martínez Gordo*⁹

*Publicado en Iviva, Pensamiento crítico y cristianismo, el 25 de marzo.*¹⁰

“Ahora que nos hemos dado cuenta de que Dios y rezar no sirven para nada, sería la ocasión para dar el presupuesto de la Iglesia a la sanidad”. Así se leía en uno de los Whatsapps que he recibido estos días.

Más allá de que siempre haya quien, aprovechando que San José era carpintero, quiera hablar de la confesión, me interesa reflexionar en voz alta sobre una vieja cuestión que, formulada hace más de dos milenios por Epicuro, reaparece en estos tiempos con particular fuerza y que se puede reformular en estos términos: “¿Quiere Dios evitar el coronavirus, pero no puede? Entonces es impotente.

⁹ Doctor en Teología Fundamental y sacerdote de la Diócesis de Bilbao. Profesor de la Facultad de Teología de Vitoria-Gasteiz y del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral de Bilbao. Miembro del Cento "Cristianisme i Justícia", de Barcelona, y profesor invitado en la Facultad de Teología de Italia Meridional, en Nápoles.

¹⁰ <<https://iviva.org/dios-en-tiempos-del-coronavirus/>>.

¿Puede, pero no quiere? Entonces es malévol. ¿Sí puede y quiere? Entonces, ¿por qué existe el coronavirus?.

Cuando hay que enfrentarse con semejante drama (y con la contradicción –existencial y racional– que funda), es normal que se asista no solo al derrumbe del imaginario de un Dios todopoderoso e incluso bondadoso, sino también a la defensa de la mayor consistencia racional del ateísmo o del agnosticismo-ateo frente a las explicaciones deístas o teístas.

Uno de los ejemplos, probablemente el que me ha resultado más llamativo estos últimos años, es el testimonio del pastor estadounidense Bart D. Ehrman sobre su tránsito de la fe cristiana a la increencia por no haber podido soportar esta contradicción entre un Dios omnipotente y bueno con la existencia, en su caso, del mal, en general.

Pero tengo que recordar, como necesario e ineludible contrapunto, no solo la existencia de personas (en el caso de Ety Hillesum) que descubrieron la fe en plena Shoah o exterminio nazi, sino que tampoco faltan en nuestros días las que sostienen que éste –el problema del mal o del Coronavirus y Dios– ha de afrontarse en términos estrictamente racionales. Y así ha de ser porque la muerte, prematura e injusta, y la que se ceba en los más débiles, nos afecta a todos: seamos deístas y teístas, ateos o agnósticos-ateos e incluso antiteístas e indiferentes. Ya no vale, apuntan, criticando a estos últimos, creer haber alcanzado una explicación racional más consistente que la teísta negando la existencia de Dios y quedarse, según los casos, plácida, tranquila o angustiosamente sumidos en el silencio o en el mutismo.

Semejante respuesta o ensayo de explicación alternativa –que no acaba de eludir la perplejidad que atenaza a todos, teístas o ateos– no es, cuando se dé, una explicación racionalmente más firme que la creyente. De ninguna manera.

Quizá, por ello, en los últimos años los teólogos han seguido reflexionando sobre la cuestión. En concreto, he encontrado tres ensayos de explicación que merecen la pena ser tenidos en cuenta estos días. Me tomo la libertad de indicar lo que considero más sustancial de sus respectivas aportaciones en estas circunstancias: la de J. A. Estrada; la de J.-B. Metz y la de A. Torres Queiruga.

Juan Antonio Estrada declara “imposible” el intento de armonizar racionalmente el mal con un Dios bueno y omnipotente. No se puede exculpar a Dios. Cuando se intenta, se acaba favoreciendo el imaginario de un ser malvado a costa del sacrificio de las personas. Es más sensato reconocer que el cristianismo, no teniendo la respuesta racional a este problema, habilita, sin embargo, para afrontarlo de manera coherente y lúcida, muy lejos de la indiferencia o la desesperanza: quien, como es su caso, se autocomprende como un cristiano, sabe que el problema le sobrepasa racionalmente pero, a la vez, que también tiene motivos más que sobrados para combatir el mal, en particular, el injusto y antes de tiempo, como lo hizo Jesús de Nazaret, estando al lado de los que lo padecen, curando, acompañando, alentando.

Sin dejar de reconocer el silencio (racional) en el que habitualmente nos adentra la petición de una respuesta congruente por parte de Epicuro, no hay que descuidar los gritos y las demandas de justicia que, a pesar de todo, siguen dirigiendo a Dios las víctimas. He aquí el punto de

partida de la explicación ofrecida por J.-B. Metz. La atención a tales demandas le lleva a erigir dichos gritos y lamentos en el principio cognoscitivo de todo y, a la par, a entender la fe cristiana como “memoria de la pasión”, es decir, como memoria de un Crucificado cuyo drama se actualiza en el clamor de todas las víctimas.

En nuestro caso, en primer lugar, como principio cognoscitivo: preguntarse por qué irrumpe el Coronavirus; por qué se ceba en los más débiles del mundo y de nuestra sociedad; porqué lo hemos mirado como algo ajeno a nosotros mientras campaba por China y otros países y por qué es capaz de sacar lo mejor y lo peor de nosotros.

Y, en segundo lugar, como actualización en el tiempo presente de la tragedia acontecida hace dos mil años en el Calvario y, por ello, en quienes, como así sucede estas últimas semanas, mueren, porque son ancianos, enfermos, débiles o profesionales de la medicina o trabajadores en servicios imprescindibles para la ciudadanía; y, además, sin poder despedirse de sus seres queridos.

Andrés Torres Queiruga, prolongando la vía abierta en su día por G. Leibniz, sale críticamente al paso de las explicaciones que subrayan la oscuridad, el silencio o el retraimiento –el “zimzum”– de Dios y sitúa la clave explicativa del mal en la fragilidad en cuanto tal; por tanto, no en Dios mismo: tenemos, nos guste o no, fecha de caducidad, habida cuenta de nuestra constitutiva finitud. Nos somos dioses. La suya es una propuesta dispuesta a mostrar la articulación existente, y sin estridencias de ninguna clase, entre la insuperable idoneidad del amor divino –que caracteriza no tanto como el todopoderoso, sino como el Antimal– y el mal (en nuestro caso, el

Coronavirus) que se aloja en la constituyente limitación de lo finito y, sobre todo, en el perecimiento prematuro e injusto. Éste, recuerda, es un problema, ante todo y, sobre todo, racional, propio de la condición humana en cuanto tal; no solo de los creyentes. Por eso, nos atañe a todos y requiere una explicación por parte de todos, más allá de nuestra fe o ausencia de ella, aunque los creyentes tengamos sobrados motivos y razones para no desesperar e implicarnos en su erradicación.

Finalmente, creo que no está de más traer a colación lo sostenido por Paolo Flores d'Arcais en su debate con J. Ratzinger el año 2008, pocos meses antes de que fuera elegido papa: En lo que toca al “apoyo a los marginados, a los últimos, respecto al deber de la solidaridad”, los creyentes –sostuvo– sacaban a los no creyentes bastantes puntos de ventaja. Y, probablemente, carecer de fe hacía “mucho más difícil la capacidad de renunciar al egoísmo, de sacrificarse por los demás”. Eso no quería decir, matizó, que lo hiciera imposible. Evidentemente, prosiguió, también se daba entrega y generosidad entre los ateos e increyentes; sobre todo en los momentos más trágicos de la historia de la humanidad. Pero era una entrega que, sin saber muy bien por qué, se mostraba intermitente cuando había que afrontar el compromiso –discreto y paciente– del día a día: “Ni qué decir tiene –indicó– que un ateo puede sacrificar su vida. No obstante –balbució–, tengo la impresión de que resulta más fácil..., o sea, más fácil..., menos difícil, sacrificarla en momentos excepcionales que hacer sacrificios menores, pero cotidianos (para quien no cree que para quien cree o, por lo menos, que para algunos que no creen)”. En síntesis, concluyó, “la piedra donde tropezar es para el ateo la incapacidad de caridad”.

Se agradece poder escuchar (y recordar) un testimonio como el reseñado. Y más, en estos tiempos en los que creyentes e increyentes compartimos la tarea de erradicar algo de tanta desolación en este tiempo de coronavirus; resabios anticlericalistas al margen.

La mascarilla de Job

*Dolores Aleixandre*¹¹

*Publicado en RSCJ España el 29 de marzo.*¹²

“Me taparé la boca con la mano. Me siento pequeño ¿qué replicaré?”, dijo Job (40,3).

A lo largo de 37 capítulos había sido él quien le hacía preguntas a Dios hasta que, de pronto, cambia el tercio y es Dios quien se las hace: “El Señor replicó a Job desde la tormenta: (...) ¿Dónde estabas cuando cimenté la tierra? ¿Quién cerró el mar con una puerta? ¿Has examinado la anchura de la tierra? ¿Sabes tú cuándo paren las gamuzas o has asistido al parto de las ciervas? ¿Enseñas tú a volar al halcón? ¿Puedes sacar las constelaciones a su hora? ¿Puedes pescar con anzuelo al cocodrilo?” (38-39).

Ni a Job ni a nosotros nos gusta toparnos con nuestros límites. Alardeamos de nuestros poderes, exhibimos las conquistas de la tecnología, la proclamamos reina y señora de la economía y de la política. “Somos los

¹¹ Religiosa del Sagrado Corazón de Jesús. Profesora de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Comillas, Madrid.

¹² <<https://www.rscj.es/la-mascarilla-de-job-por-dolores-aleixandre/>>.

propietarios y dominadores del planeta, estamos autorizados a expoliarlo". "Pronto trascenderemos nuestros límites biológicos". "El 5G va a permitirnos una velocidad de conexión inaudita". "En 2045 el hombre será inmortal". "Podremos parar el envejecimiento con una sola inyección."

Y, de pronto, llega el coronavirus propagándose, él sí, a la velocidad de 5G, y derriba violentamente cualquier suficiencia: pedimos con ansiedad información a los expertos, pero ellos reconocen: "No sabemos cuál es su origen. No tenemos ni idea de cuál es la fuente de infección ni tampoco el tiempo que tarda en incubarse. No hay vacuna. No hay tratamiento específico". - "Y entonces ¿qué podemos hacer?", preguntamos despavoridos.

Las respuestas son simples: "Lávense las manos; al toser o al estornudar, ¡ah! y tápense la boca con un pañuelo de papel y tírenlo. Si no tienen pañuelo, protéjanse con la manga y luego laven la ropa. Y si tienen la suerte de encontrar una mascarilla, se la ponen".

Justo lo mismo que hizo Job. Quizá nos sirva también a reconocer lo pequeños que somos.

De Job al Coronavirus

José Ignacio González Faus¹³

Publicado en Religión Digital, el 29 de marzo.¹⁴

- *Tras contestar rápidamente a la encuesta de José Manuel Vidal, me pareció que podría completarse con esta cita de un texto de hace seis años. Va aquí por si ayuda a alguien, al menos para que no reaccionemos ante el coronavirus como los amigos de Job.*

Quizá puede surgir una reflexión sobre el coronavirus desde una mirada al libro de Job, uno de los textos más impresionantes de la historia de la humanidad.

El libro es una especie de discusión sobre Dios: Job sostiene que sus dolores son inmerecidos e injustos y, por tanto, o no son un castigo de Dios o es que Dios es injusto. Pero, tras vindicar eso, Job no sabe qué hacer ni cómo explicar su sufrimiento.

Los amigos, en cambio, carentes de toda experiencia mística (de todo “conocimiento de Dios” si queremos mantener una expresión muy querida al lenguaje bíblico)

¹³ Jesuita, profesor y teólogo español.

¹⁴ <https://www.religiondigital.org/miradas_cristianas/Job-coronavirus_7_2217748213.html>.

y que, sin saberlo, solo profesan una religión meramente sociológica que les sirve como manto de seguridad, acusan a Job de blasfemo por pensar como piensa, le remiten a todo el misterio incomprensible de la creación y le obligan a reconocerse culpable.

En esta discusión, el drama tiene un momento de inflexión cuando Job se da cuenta de que no solo su dolor es injusto, sino que todo este mundo está poblado de dolores y sufrimientos injustos porque es un mundo en el que siempre acaba triunfando la maldad.¹⁵

La tradición religiosa judeocristiana ha sido acusada a veces de excesivo pesimismo sobre este mundo. Sin embargo, cuando el ateo Marx, escribe que la historia humana ha sido desde sus orígenes "historia de la lucha de clases", está diciendo de manera totalmente laica (y quizás algo reductiva) lo mismo que sostiene el judeocristianismo: que la historia humana es siempre el relato de la agresión y el dominio de unos hombres sobre otros (eso quiere decir el mito de Caín y Abel). Y que en una historia de ese tipo no puede haber espacio para Dios, porque ese dominio es lo más contrario a la voluntad de Dios. Toda pretendida fe religiosa que desconozca este dato y no lo haga central en su cosmovisión, podrá ser más agradable, pero es también más ciega y menos auténtica.

Volvamos ahora al libro de Job: cuando en el último acto del drama, Dios tome la palabra, casi repetirá algunas

¹⁵ Los malvados mueven los linderos, roban rebaños y pastores, se llevan el asno del huérfano y toman en prenda el buey de la viuda; echan del camino a los pobres y los miserables tienen que esconderse. Como asnos salvajes madrugan para hacer presa... Arrancaron del pecho al huérfano y toman en prenda al niño del pobre (24.2-5.9). Si en vez del huérfano y la viuda ponemos el parado y el inmigrante, y en lugar del buey y rebaño ponemos la casa o el trabajo recobran actualidad esas palabras de Job. (¿Dios?, Cuaderno 190 de "Cristianismo y Justicia", pp. 14-15).

argumentaciones de los amigos en lo referente al misterio incomprensible de la creación. No obstante, criticará a éstos muy duramente por haber sostenido que el dolor de Job era un castigo de Dios: el juicio de Dios contra ellos será tan severo que solo podrán salvarse si el mismo Job a quien maltrataron, intercede por ellos.

Con eso debería haber quedado definitivamente rota la idea pseudoreligiosa de los bienes y males de este mundo como premios y castigos de Dios... “Debería haber quedado”, he dicho expresamente: porque 25 siglos después de aquel libro, infinidad de gentes que se profesan creyentes en Dios siguen pensando como los amigos de Job y ven, en las suertes y desgracias de este mundo, no triunfos de la maldad establecida sobre la justicia que clama (esa suele ser la visión bíblica), sino premios y castigos de Dios. Ese modo de pensar típico de tantas gentes religiosas no solo es radicalmente anticristiano, sino que además acaba siendo generador de mil ateísmos, bastante lógicos en este contexto descrito.

Valga como conclusión que, por escandaloso que sea el tema del mal a la hora de hablar de Dios, ese escándalo no puede explicarse haciendo del mal un castigo de Dios y del bienestar un premio de Dios. ¡Que no olviden esto los más ricos!...

Desde ahí, el tema de Dios está mal planteado y falsificado para siempre. El creyente en Dios podrá decir que se fía de Él a pesar del mal; pero nunca cree en Dios como explicación de los males de este mundo.

Teología en el cautiverio

Pedro Pablo Achondo Moya¹⁶

*Publicado en Reflexiones Itinerantes el 30 de marzo.*¹⁷

La experiencia de una cuarentena aislado y encerrado puede parecerse –jamás igualarse– a la experiencia del cautiverio, a saber, un estado de privación de libertad prolongado. Según la RAE, “en manos de un enemigo”. Es decir, el cautiverio no es un tiempo ni de retiro ni de aislamiento voluntario para meditar, leer o descansar. Aunque no quita que pueda transformarse en eso.

El cautiverio como la cuarentena implica una fuerza externa, un mandato que, incluso cuando se asume como propio, obedece a una autoridad impuesta. Por eso no es siempre fácil y muchas veces provoca una sensación de falta de libertad. Al menos aquella “para hacer”.

Entonces, ¿cómo hacer teología en el cautiverio? ¿Cómo pensar la presencia de Dios, su acción y voz, desde el confinamiento de una cuarentena? Como lo expresé no equivale a la experiencia terrible de la prisión y

¹⁶ Licenciado en Filosofía y Magister en Teología Moral, Centre Sèvres de París.

¹⁷ <<https://reflexionesitinerantes.wordpress.com/>>.

de tantas reflexiones en estados extremos de horror y sufrimiento. La cuarentena es otra cosa y, en ese estado excepcional, vale la pena también preguntarnos por la teología.

Ya Leonardo Boff, antes Rubem Alves y también Enrique Dussel, han utilizado esta categoría para pensar la fe: el cautiverio. Con ella se busca aludir concretamente al cautiverio de los pueblos latinoamericanos en manos de dictaduras cívico-militares y pensarlas en relación con el cautiverio/esclavitud del Pueblo de Israel. Es una forma de hablar de la liberación desde su reverso negativo.

¿Qué sucede hoy? ¿Sería posible hablar de cautiverio, de esta manera al menos, en contextos de cuarentena global?

Pienso que el contexto nos impone dos cosas y nos desafía a una tercera. Primero, vivimos una pandemia con centenares de muertos y una sensación generalizada de desconcierto y desazón. Es decir, nos encontramos en una situación de sufrimiento. Acompañar un funeral entre pocos sin poder abrazarnos ni contenernos mutuamente son la imagen viva de un confinamiento sin celda.

Segundo, la incertidumbre. Así como en el Exilio en Babilonia, los días de la esclavitud en Egipto, en contextos de represión militar o en esas realidades de opresión política, nos encontramos delante de la pregunta por el mañana. ¿Qué va a suceder? ¿Cuánto durará? ¿Cómo saldremos de todo esto? ¿Cómo seguir si se torna el estado normal? Preguntas de cautiverio. Preguntas de una sociedad que en el padecimiento de lo inesperado espera un retorno o una salida.

Y con eso llegamos al desafío: ¿Cómo hablar de esperanza? ¿Cómo cantarle a Dios? O dicho con la belleza

del salmista: *Que mi lengua se me pegue al paladar si me olvido de Ti. Nuestros opresores nos pedían: ¡Canten ahora un himno a Sión!* (137). Ahora es cuando los himnos y los versos valen más. En tiempos de cautiverio, cuarentena o confinamiento es cuando el creyente levanta la mirada y asumiendo el dolor del otro y el propio, insiste en cantarle a la vida.

No cabe duda de que hay cautiverios, en plural. Está aquel de la familia, en donde todo se ha transformado en una casa-hogar-oficina-estudio-escuela, está el de la familia en el departamento pequeño, en donde más bien hay caos y asfixia. Está el de la persona sola, cuya rutina del encuentro, del paseo, de la visita, se ha visto interrumpida y solo queda, muchas veces, el silencio o la tv. Está aquel de la persona enferma y sola, que respiraba vida solo por las visitas que recibía y que hoy por hoy no las tiene. Está el cautiverio de los amigos que viven juntos y han tenido que crear juegos y nuevas dinámicas para la convivencia. Está el cautiverio de la pareja que vive una especie de reencuentro amoroso y largos tiempos para volver a mirarse. Está el confinamiento de la comunidad religiosa, aquellos que solo se veían en algunos momentos del día hoy lo están todo el tiempo y cuyos momentos reservados e inaccesibles para el resto, hoy se exponen y comparten vía online. Y suma y sigue. Los hay llenos de bondades y otros enfrentados a demonios nuevos y terribles. Hay quienes se niegan al cautiverio, rebelándose y saliendo a esas calles desiertas deambulando y buscando lo que dentro no encuentran.

No es fácil hacer teología en el cautiverio, porque la teología necesita el encuentro, demanda la salida y pide en-barrarnos. ¿Cómo hablar de Dios desde la quietud de

nuestros hogares, conventos o casas? ¿Cómo hablar de Dios en un contexto tan “extraño” donde las representaciones y categorías usuales no nos sirven para comprenderlo? ¿Cómo leer los signos de los tiempos en un cautiverio virulento donde el cuidado propio y el cuidado del otro nos alejan? ¿Y cómo interpretar todo esto cuando la tecnología nos remece relativizando las distancias y modificando los tiempos?

Pues bien, la teología en el cautiverio consiste más en hablar con Dios que en hablar de Dios. Quizás y este es el verdadero desafío, son tiempos para decir menos y escuchar más. Momento hermoso para volver al interior y seguir caminando esa senda del Dios escondido, del Dios de lo secreto y oculto, ese Dios que para Jesús se conocía en las puertas cerradas del cuarto propio (Mateo 6,6).

Hacer teología en la cuarentena es volver a orar con las puertas cerradas esperando, como en Babilonia –y tantas babilonias cotidianas de nuestras vidas modernas–, que ya llegará el día de volver a bailar en las calles la alegría humana y cantar la esperanza divina en los bares. Hacer teología en el cautiverio consiste en volver a contemplar lo inalterado.

Que vuelva la alegría a nuestras calles

*Sor Lucía Caram*¹⁸

*Publicado en Religión Digital el 31 de marzo.*¹⁹

Hay situaciones que nos ponen al límite, y sin darnos cuenta nos llevan a dar lo mejor de nosotros mismos, refundando los vínculos sociales, poniendo en el centro a las personas, y consiguiendo en nosotros una capacidad de empatía significativa, que tal vez no éramos conscientes podíamos tener.

Traigo hoy en mis manos, el corazón encogido de tantas personas que sufren con impotencia la crueldad de un virus que en un abrir y cerrar de ojos, les sesgó y les amenaza con dejar en la cuneta.

Pienso en la respiración contenida de los que esperan una buena noticia de un familiar enfermo, que no acaba de llegar, y en la angustia del personal sanitario que no puede más y que, sin embargo, lo sigue dando todo.

¹⁸ Monja dominica contemplativa, cocinera, escritora y locutora argentina, actualmente reside en España.

¹⁹<https://www.religiondigital.org/sintonia_cordial/Sor-Lucia-Caram-solidaridad-hermanos_7_2218348171.html>.

Aplaudo a las personas que, en las carreteras, los supermercados, las fábricas de productos esenciales, se están dejando la piel para garantizar que todos podamos tener cubiertas las necesidades básicas y para que otros puedan salvar vidas.

Traigo en mi corazón el torrente desbordante de solidaridad de tanta buena gente que se asoma a los balcones cada tarde para rendir su homenaje a los héroes con los que convivíamos, pero que para nosotros eran invisibles.

Reconozco que llevo el peso de la tristeza y el dolor: son muchas las vidas, las familias, las personas rotas; muchos hermanos y hermanas que se han dejado la piel salvando vidas, ayudando, acompañando, y han encontrado la muerte en su servicio hasta el final. Son muchas las soledades, agonías y sobresaltos vividos con la fría sensación de que de repente se nos va la vida propia o de los que amamos.

Sin pensarlo y sin esperarlo, de golpe, nos vemos en una guerra sin cuartel que deja víctimas inocentes devoradas por un maldito, asesino y dañino virus que ha puesto en jaque a la humanidad y que ha puesto sobre la mesa nuestra vulnerabilidad.

Somos muchos los que sentimos que estamos al borde del abismo, y confieso que, en medio de esta vorágine de vértigo y pena, surge el grito, el clamor, la oración desesperada, pero cargada de esperanza -vaya contradicción- pidiendo al Dios de la vida que nos salve y nos ayude.

Vengo hoy a la oración con el corazón de la humanidad que sufre en las manos, y pido y reclamo y exijo humildemente, y sin concesiones, que se nos devuelva la

paz, la salud, la vida. Jesús dijo en el Evangelio que todo lo que pidamos al Padre en su nombre, nos lo concederá: Y por eso pido, reclamo y exijo con la autoridad de la fe: ¡Señor, sálvanos! Y sé que no quedaré defraudada, aunque de momento no veamos el final del túnel que nos atormenta y atemoriza

Que vuelva la alegría a nuestras calles, la sonrisa a nuestros rostros, el agradecimiento a los gestos de cada día, la solidaridad que nos hace hermanos. Ayudémonos a no desesperar y a esperar contra toda desesperanza. Necesitamos que la fraternidad y la fe nos haga fuertes para vencer esta hora de muerte y de sufrimiento.

Pido a Dios que nos aumentes la fe, la esperanza, y la caridad. Le pido que nuestra soledad de hoy se convierta en solidaridad. Y os pido a los que me estáis leyendo, que en esta hora nos preguntemos una y otra vez: ¿qué puedo hacer para que alguien esté mejor y sienta la caricia y el alivio de la solidaridad que llega de todos los rincones?

Que la fuerza del Dios de la vida, que la Ternura de la María la Madre de Jesús y madre nuestra, nos haga sentir el que la muerte no tiene la última palabra, y que todos, todos, en esta hora de dolor, estamos amenazados de vida y de Resurrección.

La fe no es un antídoto mágico; convive con las preguntas y con los miedos

Michael P. Moore ofm²⁰

Publicado en Religión Digital el 2 de abril.²¹

“El ministerio del alivio del dolor es común a todos lo que se dicen cristianos y no solo a los clérigos”. Con afirmaciones como ésta, el teólogo Michael Moore nos interpela a hacer algo por los demás durante esta crisis que atraviesa el mundo.

En conversación con Religión Digital, ofrece su perspectiva sobre las diferentes reacciones ante la emergencia sanitaria: el miedo, que nos hace humanos, el contacto con la muerte que nuestra sociedad se había empeñado en disimular, y la búsqueda de trascendencia. También denuncia a los clérigos que han transformado la liberación religiosa en el levantamiento de normas y muros y el "recetar" sacramentos. "¿Podemos seguir

²⁰Hermano de la Provincia argentina San Francisco Solano, desde 1986. Actualmente reside en Salta, ciudad ubicada al norte de Argentina. Doctorado en Teología Fundamental por la Universidad Gregoriana de Roma.

²¹ https://www.religiondigital.org/americas/Michael-Moore-antidoto-convive-preguntas_0_2218278195.html>. Por José Manuel Vidal.

sosteniendo que Dios no nos perdona hasta que no realicemos una confesión sacramental en tiempo y forma?, ¿podemos afirmar que la mediación por excelencia de entrar en comunión (en común-unión con Dios y con los hermanos) es a través de la comunión eucarística? ¿podemos seguir predicando que el Bautismo nos hace hijos de Dios... como si antes no lo fuésemos?", cuestiona Moore.

¿Cómo está viviendo el paso de la pandemia por su vida y por la de su país?

En mi país, Argentina, la pandemia recién está realizando sus primeros estragos, muy distinto a lo que ocurre ahora mismo en España, Italia o EE.UU. Aquí se están tomando algunas medidas preventivas que esperemos nos ahorren el drama que están atravesando en otras regiones; de todas maneras, se estima que el pico máximo de contagios –y decesos– será recién en mayo. Y ya se empieza a sentir la tensión entre cuestiones de salud y economía.

Personalmente, estoy viviendo este momento con incertidumbre y extrañeza; tratando de descubrir en mí y en los demás las oportunidades que esta situación crítica me ofrece. Valorando mucho lo mucho que tengo en mi vida y que, en la vorágine de los días, he mal aprendido a minusvalorar: en primer lugar, claro, el mismo hecho de estar vivo; luego, el gozar de buena salud; y las pequeñas cosas que hoy no puedo hacer: el poder abrazar y ser abrazado, el salir a pasear al aire libre, el contacto directo con los alumnos en la docencia...

¿Es lógico, a pesar de la fe, sentir miedo ante este enemigo invisible y tan mortífero?

Creo que es lógico y muy humano. Ante todo, porque la fe no es un antídoto mágico ante las dudas y los temores; la fe convive con las preguntas y con los miedos. Por eso, diría: no sentimos miedo “a pesar de” la fe, sino “en medio de” la fe; como dice uno de mis grandes formadores “ser hombre es aprender a vivir con esperanza frente a las amenazas y sin exigencia frente a la promesa” (J. I. González Faus).

Tenemos miedo por los daños que ya vemos que está haciendo este virus, y tenemos miedo ante lo que ignoramos: hasta cuándo durará y qué heridas dejará en tantas vidas y con tantas muertes. Los “ojos de la fe” (J. P. Rousselot) nos habilitan para la mirada mística, pero de una “mística de los ojos abiertos” (J.-B. Metz), que nos permita leer la realidad en su profundidad, intentando descubrir a Dios donde parece no estar.

¿Dónde está Dios?

Es una pregunta tan importante como difícil de responder. Es importante porque, de un modo especial, en situaciones de profunda angustia y sufrimiento surge esa pregunta, lacerante, y en la respuesta emerge, tematizándose lo a-temático: quién y cómo es el Dios en el cual se basa toda mi vida de fe. Y es difícil porque, respondiendo, estamos intentando “localizar” lo que es el Misterio por excelencia: eso que llamamos “Dios”.

El problema es que, dentro de la Iglesia, quienes tenemos más acceso a la palabra proclamada (teólogos,

catequistas, pastores, etc.), muchas veces nos pronunciamos como si tuviéramos un “0800-dios” que nos habilita a hablar de Él –o peor aún: en su nombre– con demasiada liviandad y seguridad.

Hecha esta aclaración, creo que debemos intentar descubrir a Dios, en primer lugar, sufriendo con los que sufren y, en segundo, salvando con los que salvan (hoy: médicos, enfermeros, investigadores, personal de seguridad, ONG, y tanta gente de buena voluntad). Y quizá, lo más importante, convencernos de que “en Él nos movemos, existimos y somos” (Hch 17,28), por tanto: Dios está en todo y todo está en Dios (pan-en-teísmo). Dios no puede no-estar, porque sin Él volvemos a la nada, nos aniquilamos; el esfuerzo reside en buscarlo dónde y como Él sigue presente... lo cual, las más de las veces, no coincide con nuestras expectativas humanas.

¿Cómo es posible que algunos clérigos (incluidos algunos altos cardenales) sigan diciendo que el Coronavirus es un 'castigo de Dios'?

Yo me pregunto lo mismo. ¿cómo es posible? No logro salir de mi perplejidad cuando escucho ciertos comentarios o recetas para afrontar esta pandemia. Sin ir más lejos, en la ciudad donde ahora vivo (Salta, Argentina), algunos sacerdotes y laicos en estos días están abocados a rezar la “Novena al Señor y la Virgen del Milagro”, cuya oración preparatoria comienza así: *“María Purísima del Milagro, que con tierno amor te inclinaste a pedir a tu Soberano Hijo, cuando enojado por nuestras culpas, quiso destruir la ciudad de Salta con aquellos espantosos terremotos, y Tú, cual otra hermosa Ester, puesta delante del*

Supremo Rey de los Cielos, mudando de colores, pediste por la libertad de este pueblo...". Yo puedo entender que esto se haya escrito y rezado hace 300 años (el terremoto aludido ocurrió en 1692), pero que todavía hoy se siga repitiendo esa oración, me parece algo bastante serio. ¿Quién es ese Dios que manda castigo semejante a un pueblo por el mero hecho de ser pecador? ¿Quién es ese Señor que necesita que su Madre intervenga para que Él calme su ira?

Se impone un esfuerzo serio de reflexión para re-pensar y re-significar las devociones populares, acompañando los procesos de fe de la gente más sencilla, en un ida y vuelta de aprendizaje y enseñanza. Pero lo que no podemos permitir, en mi opinión, es seguir jugando con estas imágenes de un Dios castigador y perdonador (...si su Madre se lo pide).

Ahora, si tuviera que responder directamente a su pregunta, me aventuraría a decir que gran parte del clero –incluidos estratos jerárquicos como usted cita– es presa de cierta ignorancia (¿culpable?) y/o pereza intelectual. Y, muchas veces, lo que es peor, subrepticamente alimentada por razones de conveniencia, porque cierta teología, con su consecuente espiritualidad y pastoral, es muy funcional a lo que se ha llamado una "pastoral del miedo". Pero el miedo puede hacer "creyentes", no hijos; me remito a iluminarlo con la imagen del hermano mayor en la parábola del padre misericordioso. Se trata, en definitiva, de un serio problema de formación permanente –de clérigos, pero también de laicos– largamente denunciado en la iglesia, pero cortamente afrontado.

¿Esta pandemia pone a prueba nuestro nivel de conciencia?

Sin duda que la pone a prueba...otra cosa es que nos demos cuenta de que se está poniendo a prueba nuestro nivel de percepción de la realidad y que seamos consecuentes. Me parece que es una oportunidad para concientizarnos de algo que el Papa ha señalado últimamente, y desde hace algunos decenios se viene reclamando desde la llamada Ecoteología: la necesidad de descubrir la interrelación en la cual se desarrolla –vive y muere– esta creación en evolución.

Hace unos días, en una reflexión titulada *Coronavirus: autodefensa de la propia Tierra*, escribía L. Boff: “La pandemia del coronavirus nos revela que el modo como habitamos la Casa Común es pernicioso para su naturaleza. La lección que nos transmite reza así: es imperativo reformatear nuestro estilo de vida en ella, como un planeta vivo que es. Ella nos viene avisando de que, así como nos estamos comportando, no podemos continuar...”. Urge, pues, “caer en la cuenta” (A. Torres Queiruga) de cómo estamos viviendo en nuestra Casas común.

¿No nos está haciendo descubrir la crisis que, quizás, tengamos que replantearnos la administración de los sacramentos? ¿No cabría la confesión por videoconferencia?

Pienso que hay un problema previo y más serio para replantearnos: el lugar que damos a los sacramentos en la vida de fe. Sostengo que hay que darle toda la importancia que tienen, pero no más que la que tienen; sobre todo, cuando –desde la praxis más que desde la teoría explícita–

parecería querer limitarse la gracia de Dios a esos siete “canales” de comunicación. La teología sacramentaria – como la casi entera teología, diría yo– sigue necesitando una seria revisión en muchos de sus puntos neurálgicos.

Concretamente, hablando de los sacramentos: ¿podemos seguir sosteniendo que Dios no nos perdona hasta que no realicemos una confesión sacramental en tiempo y forma?, ¿podemos afirmar que la mediación por excelencia de entrar en comunión (en común-unión con Dios y con los hermanos) es a través de la comunión eucarística? ¿podemos seguir predicando que el Bautismo nos hace hijos de Dios... como si antes no lo fuésemos? En fin, la cuestión de la administración de los sacramentos, depende de la sacramentología subyacente.

¿Cómo asumir la muerte en una cultura que la había ocultado?

Es uno de los temas que la situación actual de pandemia me está invitado a reflexionar seriamente. No me refiero solo a la muerte (última) sino también a las pequeñas muertes que sufrimos cotidianamente. Y lo relaciono directamente con la cuestión de la contingencia, porque pienso que no se asume la muerte sino se acepta antes la contingencia y la finitud. Es un desafío doloroso, pero a la vez liberador: descubrir nuestra pequeñez y abrazarla con cariño. No soy eterno, no soy –absolutamente– necesario, no lo puedo ni lo sé todo... ¡no soy Dios!

La tentación en el llamado pecado original reside, precisamente, en querer ser como Dios, en autodivinizarnos, lo cual, en general, lo intentamos a costa de los demás o sin tenerlos en cuenta. Diría que toda la vida es un proceso de aprendizaje –muchas veces

traumático- y aceptación de nuestra condición creatural. Desde un punto de vista creyente, para asumir la muerte hay que superar tanto el prometeísmo de la cultura moderna como el narcisismo de la postmoderna, volviendo a concentrarse en nuestra realidad de creatura, pero creatura profundamente amada por el Creador.

Y, agregaría, desde mi espiritualidad -soy religioso franciscano- animarnos, como Francisco de Asís, a desdramatizar la muerte, a quien recibió, en su lecho de agonizante, con las palabras “¡Bienvenida seas, hermana muerte!”. Esto no implica quitar la virulencia que supone enfrentarse a la muerte -propia o ajena- sino que, apoyados en la fe, invita a profesar que esa muerte no tiene la última palabra sobre nuestras existencias. Hay que aprender a morir, como aprendemos a vivir. Se muere en el instante de la muerte, lo mismo que se fue muriendo a lo largo de la vida, porque “la vida es el lento madurar de la muerte” (J.-B. Libanio).

¿No se han separado demasiado de la gente los sacerdotes, dejándolos solos, sobre todo en hospitales y tanatorios?

Me cuesta emitir un juicio generalizador al respecto. Es un momento delicado donde también los religiosos -de los diferentes cultos- deben acatar las normas de circulación impuestas por los distintos gobiernos. Luego, cada uno debe decidir desde su conciencia hasta dónde exponerse a situaciones en las cuales se pone en juego la propia salud y hasta la vida.

A la luz de la historia de Jesús de Nazaret, paradigma de humanidad para los cristianos, resulta evidente el valor de engendrar vida a través de la (propia) muerte. Se trata

de la no fácil paradoja/dialéctica vida-muerte: el que retiene su vida la pierde, el que la entrega, la gana (cf. Mc 8,35).

Por otra parte, pienso que el ministerio del alivio del dolor es común a todos lo que se dicen cristianos y no solo a los clérigos; por tanto, cada uno debe ver en qué manera puede ayudar a los que hoy la están pasando tan mal. En este sentido, no deja de interpelarme la cantidad de hombres y mujeres –con o sin credos– que están entregando su vida –o dejándola a jirones en tantas esquinas de dolor– para que otros vivan... o mueran, lo más dignamente posible.

¿Saldremos mejores, más cívicos y solidarios o la lección se nos olvidará pronto?

No puedo responder desde lo que no sé, pero sí desde lo que espero, y espero porque “un hombre sin esperanza sería un absurdo metafísico” (P. Laín Entralgo). Viendo las reacciones que surgen en distintos lugares del planeta, se puede constatar que estas situaciones-límite desnudan lo mejor y lo peor de la condición humana: la solidaridad desinteresada de muchos y el egoísmo indiferente de otros.

Ojalá sepamos leer los acontecimientos presentes como un “signo de estos tiempos” que nos invitan a repensar nuestro modo de relacionarnos entre nosotros, con la naturaleza y con la Trascendencia. Porque el hombre no es solo un animal que pregunta, sino también que es preguntado; tiene la capacidad, potencial al menos, de dejarse interpelar. Pero también es verdad, como dice el refrán popular, que “el hombre es el único

animal que tropieza dos veces con la misma piedra". Y tres... y cuatro.

Mi deseo es que, al menos, sirva la ocasión como una invitación a resituarnos frente a nuestras posesiones, proyectos y seguridades; aprender a incorporar las frustraciones y negatividades propias e inevitables de nuestra condición creatural; e intentar descubrir –para quienes creemos en el Dios revelado en un crucificado– lo dei-forme en lo de-forme, lo divino en lo anti-divino.

¿La Iglesia católica seguirá ofreciendo sentido a la vida de la gente después del coronavirus?

Si se me permite la ironía, la Iglesia seguirá ofreciendo sentido, como lo ha hecho siempre; otra cosa es si ese sentido ofrecido será significativo –con toda la densidad teologal que tiene el término– para nuestros contemporáneos. No equivocará el camino si, para hacerlo, deja de mirarse a sí misma y autopostularse, e invita a fijar la mirada en Jesús de Nazaret (cf. Heb 12,2), nuestra única *norma non normata*.

No te bajes de la cruz

José Antonio Pagola²²

Publicado en Religión digital en 02 de abril.²³

Según el relato evangélico, los que pasaban ante Jesús crucificado se burlaban de él y, riéndose de su sufrimiento, le hacían dos sugerencias sarcásticas: si eres Hijo de Dios, «sáltate a ti mismo» y «bájate de la cruz».

Esa es exactamente nuestra reacción ante el sufrimiento: salvarnos a nosotros mismos, pensar solo en nuestro bienestar y, por consiguiente, evitar la cruz, pasarnos la vida sorteando todo lo que nos puede hacer sufrir. ¿Será también Dios como nosotros? ¿Alguien que solo piensa en sí mismo y en su felicidad?

Jesús no responde a la provocación de los que se burlan de él. No pronuncia palabra alguna. No es el momento de dar explicaciones. Su respuesta es el silencio. Un silencio

²² Sacerdote español licenciado en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma, Licenciado en Sagrada Escritura por Instituto Bíblico de Roma, Diplomado en Ciencias Bíblicas por la Escuela Bíblica de Jerusalén

²³ <https://www.religiondigital.org/buenas_noticias/bajes-cruz-iglesia-domingo-evangelio-coronavirus_7_2218348159.html>.

que es respeto a quienes lo desprecian y, sobre todo, compasión y amor.

Jesús solo rompe su silencio para dirigirse a Dios con un grito desgarrador: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». No pide que lo salve bajándolo de la cruz. Solo que no se oculte ni lo abandone en este momento de muerte y sufrimiento extremo. Y Dios, su Padre, permanece en silencio.

Solo escuchando hasta el fondo este silencio de Dios descubrimos algo de su misterio. Dios no es un ser poderoso y triunfante, tranquilo y feliz, ajeno al sufrimiento humano, sino un Dios callado, impotente y humillado, que sufre con nosotros el dolor, la oscuridad y hasta la misma muerte.

Por eso, al contemplar al Crucificado, nuestra reacción no puede ser de burla o desprecio, sino de oración confiada y agradecida: «No te bajes de la cruz. No nos dejes solos en nuestra aflicción. ¿De qué nos serviría un Dios que no conociera nuestros sufrimientos? ¿Quién nos podría entender?».

¿En quién podrían esperar los torturados de tantas cárceles secretas? ¿Dónde podrían poner su esperanza tantas mujeres humilladas y violentadas sin defensa alguna? ¿A qué se agarrarían los enfermos crónicos y los moribundos? ¿Quién podría ofrecer consuelo a las víctimas de tantas guerras, terrorismos, hambres y miserias? No. No te bajes de la cruz, pues, si no te sentimos «crucificado» junto a nosotros, nos veremos más «perdidos».

El Coronavirus despierta en nosotros lo humano

Leonardo Boff²⁴

Publicado en Religión Digital el 5 de abril.²⁵

La pandemia del coronavirus nos obliga a todos a pensar: ¿qué es lo que cuenta verdaderamente, la vida o los bienes materiales? ¿El individualismo de cada uno para sí, de espaldas a los demás, o la solidaridad de los unos con los otros? ¿Podemos seguir explotando, sin ninguna otra consideración, los bienes y servicios naturales para vivir cada vez mejor o podemos cuidar la naturaleza, la vitalidad de la Madre Tierra y el vivir bien, que es la armonía entre todos y con los seres de la naturaleza? ¿Ha servido para algo que los países amantes de la guerra acumulasen cada vez más armas de destrucción masiva, y ahora tienen que ponerse de rodillas ante un virus invisible evidenciando lo ineficaz que es todo ese aparato de muerte?

²⁴ Teólogo, ex-sacerdote franciscano, filósofo, escritor, profesor y ecologista brasileño.

²⁵ <https://www.religiondigital.org/opinion/consejos-espirituales-Leonardo-Boff-cuarentena-convivencia-dios-meditacion_0_2219178101.html>.

¿Podemos continuar con nuestro estilo de vida consumista, acumulando riqueza ilimitada en pocas manos a costa de millones de pobres y miserables? ¿Todavía tiene sentido que cada país afirme su soberanía, oponiéndose a la de los otros, cuando deberíamos tener una gobernanza global para resolver un problema global? ¿Por qué no hemos descubierto todavía la única Casa Común, la Madre Tierra, y nuestro deber de cuidarla para que todos podamos caber en ella, naturaleza incluida?

Son preguntas que no pueden ser evitadas. Nadie tiene la respuesta. Una cosa, sin embargo, atribuida a Einstein, es cierta: *“la visión de mundo que creó la crisis no puede ser la misma que nos saque de la crisis”*. Tenemos forzosamente que cambiar. Lo peor sería que todo volviese a ser como antes, con la misma lógica consumista y especulativa, tal vez con más furia aún. Ahí sí, por no haber aprendido nada, la Tierra podría enviarnos otro virus que tal vez pudiera poner fin al desastrado proyecto humano.

Pero podemos mirar la guerra que el coronavirus está produciendo en todo el planeta, bajo otro ángulo, este positivo. El virus nos hace descubrir cuál es nuestra más profunda y auténtica naturaleza humana. Ella es ambigua, buena y mala. Aquí veremos la dimensión buena.

En primer lugar, somos seres de *relación*. Somos, como he repetido innumerables veces, un nudo de relaciones totales en todas las direcciones. Por lo tanto, nadie es una isla. Tendemos puentes hacia todos los lados.

En segundo lugar, como consecuencia, todos *dependemos unos de otros*. La comprensión africana *“Ubuntu”* lo expresa bien: *“yo soy yo a través de ti”*. Por tanto, todo individualismo, alma de la cultura del

capital, es falso y antihumano. El coronavirus lo comprueba. La salud de uno depende de la salud del otro. Esta mutua dependencia asumida conscientemente, se llama solidaridad. En otro tiempo la solidaridad hizo que dejásemos el mundo de los antropoides y nos permitió ser humanos, conviviendo y ayudándonos. En estas semanas hemos visto gestos conmovedores de verdadera solidaridad, no dando solo lo que les sobra sino compartiendo lo que tienen.

En tercer lugar, somos seres esencialmente de *cuidado*. Sin el cuidado, desde nuestra concepción y a lo largo de la vida, nadie podría subsistir. Tenemos que cuidar de todo: de nosotros mismos, de lo contrario podemos enfermar y morir; de los otros, que pueden salvarme o salvarles yo a ellos; de la naturaleza, si no, se vuelve contra nosotros con virus dañinos, con sequías desastrosas, con inundaciones devastadoras, con eventos climáticos extremos; cuidado con la Madre Tierra para que continúe dándonos todo lo que necesitamos para vivir y para que todavía nos quiera sobre su suelo, siendo que, durante siglos, la hemos agredido sin piedad. Especialmente ahora bajo el ataque del coronavirus, todos debemos cuidarnos, cuidar a los más vulnerables, recluirnos en casa, mantener la distancia social y cuidar la infraestructura sanitaria sin la cual presenciaremos una catástrofe humanitaria de proporciones bíblicas.

En cuarto lugar, descubrimos que todos debemos ser corresponsables, es decir, ser conscientes de las consecuencias benéficas o maléficas de nuestros actos. La vida y la muerte están en nuestras manos, vidas humanas, vida social, económica y cultural. No basta la responsabilidad del Estado o de algunos, debe ser de

todos, porque todos estamos afectados y todos podemos afectar. Todos debemos aceptar el confinamiento.

Finalmente, somos seres con *espiritualidad*. Descubrimos la fuerza del mundo espiritual que constituye nuestro Profundo, donde se elaboran los grandes sueños, se hacen las preguntas últimas sobre el significado de nuestra vida y donde sentimos que debe existir una Energía amorosa y poderosa que impregna todo, sostiene el cielo estrellado y nuestra propia vida, sobre la cual no tenemos todo el control. Podemos abrirnos a Ella, acogerla, como en una apuesta, confiar en que Ella nos sostiene en la palma de su mano y que, a pesar de todas las contradicciones, garantiza un buen final para todo el universo, para nuestra historia sabia y demente. y para cada uno de nosotros. Cultivando este mundo espiritual nos sentimos más fuertes, más cuidadores, más amorosos, en fin, más humanos.

Sobre estos valores nos es concedido soñar y construir otro tipo de mundo, biocentrado, en el cual la economía, con otra racionalidad, sustenta una sociedad globalmente integrada, fortalecida más por alianzas afectivas que por pactos jurídicos. Será la sociedad del cuidado, de la gentileza y de la alegría de vivir.

Consejos

Dado que la cuarentena es un retiro forzado, haz como los religiosos y religiosas que deben hacer un retiro todos los años. Algunas sugerencias para la dimensión espiritual de la vida:

1. Toma tiempo para ti y haz revisión de tu vida.
2. ¿Cómo ha sido mi vida hasta ahora?

3. ¿De qué lado estoy? ¿Del de aquellos que están bien en la vida, o del lado de los que tienen alguna necesidad, de los que necesitan una palabra de consuelo, de quien es pobre y sufre?
4. ¿Cuál es mi opción fundamental? ¿Ser feliz por todos los medios? ¿Acumular bienes materiales? ¿Conseguir estatus social? ¿O ser bueno, comprensivo, dispuesto a ayudar y apoyar a quienes están en peor situación?
5. ¿Puedo tolerar los límites de los demás, a los aburridos, controlarme para no responder a las tonterías que escucho? ¿Puedo dejarlo pasar?
6. ¿Puedo perdonar de verdad, pasar página y no ser rehén de resentimientos y malos juicios?

Teología y pandemia: hacia un cambio de modelos culturales

*Omar César Albado*²⁶

*Publicado en Amerindia el 6 de abril.*²⁷

La pandemia del coronavirus ha tocado la fibra más profunda del orden social contemporáneo. De pronto nos dimos cuenta de que se puede vivir de otra manera, aunque hayamos tomado nota obligados por las circunstancias. Percibimos que no solo la economía puede globalizarse, sino también un virus. Y advertimos, de hecho, que existe otro modo de vivir, otro modo de entender la existencia. De golpe el aire se volvió más limpio, el agua más transparente. Como dijo el Papa Francisco el 27 de marzo en el momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia: “Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y

²⁶ Profesor Facultad de Teología (U.C.A.). Director de la Especialización en Doctrina Social de la Iglesia omar_albado@uca.edu.ar

²⁷ <https://amerindiaenlared.org/contenido/16663/pandemia-y-espiritualidad/?utm_source=Amerindia&utm_campaign=5d8fec417b-EMAIL_CAMPAIGN_2020_04_06_05_31&utm_medium=email&utm_term=0_157c957042-5d8fec417b-32424467>.

desorientados, pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente”.

Después de la pandemia del coronavirus ya nada será igual en nuestro mundo. Ya no lo es. Se nos invita, con apremio, a una conversión humana, social y ecológica sin precedentes. Se nos invita a gestar un cambio de paradigma socio-cultural en el que todas y todos estamos llamados a ser protagonistas.

Después de la pandemia, los economistas no podrán seguir sosteniendo con seriedad que el único camino viable es el capitalismo financiero; los políticos no podrán repetir las viejas prácticas de corrupción y estafa moral a la sociedad; los teólogos deberán revisar sus métodos y no encorsetarse en tecnicismos; la pastoral no podrá seguir sobreviviendo de la inercia de otros tiempos y de otros siglos.

Se me objetará: ni la economía, ni la política, ni la teología, ni la pastoral son responsables de la pandemia. Me dirán: no es necesario revisar nada porque esto nos cayó como una desgracia, nos sorprendió sin que ninguna de estas causas actuara. Es posible. Pero la pandemia ha mostrado que existe otro modo de hacer economía, de hacer política, de hacer teología, de hacer pastoral. El presidente de Francia, Emmanuel Macron, corrobora esta realidad al afirmar: “Lo que ha revelado esta pandemia es que la salud pública, nuestro estado de bienestar, no son costos o cargas, sino bienes preciosos, y que este tipo de bienes y servicios tiene que estar fuera de las leyes de mercado”.

Además, de un momento a otro, la pandemia ha modificado nuestras prácticas pastorales y ha

transformado nuestros ritos sagrados, no porque perdieron valor, sino porque deben adecuarse a las necesidades concretas de las personas. Se multiplicaron las misas por Facebook o Instagram, las catequesis por WhatsApp y las charlas espirituales por YouTube. La necesidad de llevar consuelo a las personas obligó a definir, en la práctica y sobre la marcha, el concepto de participación en la liturgia. Quiere decir que Dios se puede hacer presente de múltiples modos que antes, si bien no eran negados, eran relativizados y puestos en duda.

Si pensamos que cuando pase la pandemia volveremos a la normalidad de nuestras prácticas, sería una desilusión porque significaría que no aprendimos nada de lo vivido. Estamos ante un desafío histórico que requiere un salto audaz de nuestra libertad. Ante la Plaza San Pedro vacía y, paradójicamente, ante miles de ojos y oídos que lo seguían en el mundo entero desde una pantalla, Francisco decía el 27 de marzo dialogando con Dios: “Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es”. Sin duda, la pandemia no es un castigo divino. No es la manifestación de la ira de un Dios descontento con la humanidad. Pero sí es el momento en el que los pueblos y las personas tenemos que decidir qué camino tomar. Estamos a tiempo. Ya no se trata solo de nuestra querida Amazonia, sino de nuestro amado mundo, el único que tenemos para habitar.

¿Qué aporte puede hacer la teología y los teólogos?
¿Cómo puede la teología ayudar a separar lo que es necesario de lo que no lo es? ¿Cómo puede la teología

ayudar a vivir este momento de muerte y dolor? ¿Cómo puede aportar un sentido al presente y una novedad hacia el futuro? En esperanza, y retomando una reflexión que enraíza en los primeros atisbos de cristianismo, pienso que la teología puede desenmascarar las representaciones idolátricas de Dios y profundizar en la humanización de lo humano. Dos temas íntimamente unidos.

El Dios de Jesucristo no se deja encasillar en esquemas ni cristalizar en instituciones. Es la vieja tentación de pensar que Dios se agota en una cultura. El Papa Francisco lo ha dicho a su manera: “El cristianismo no tiene un único modo cultural, sino que... llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado” (EG 116). Porque el cristianismo no es una serie de conceptos o de definiciones sobre Dios o un conjunto de normas a seguir, sino la adhesión por la fe a la persona de Jesucristo, quien nos ha revelado al Padre. La fe en Jesucristo es la que inspira un comportamiento o la que reconoce la conveniencia de crear una institución. Ambas tendrán sentido mientras traslucen a Jesucristo, Hijo del Dios vivo, y dejarán de tenerlo si se creen los primeros actores y olvidan a su Maestro. Si esta premisa está presente en nuestras vidas, tendremos a mano un criterio de discernimiento claro y permanente para revisarnos. Será el primer antídoto contra la tentación de generar una representación idolátrica-ideológica de Dios.

Las narraciones evangélicas muestran a Jesús recorriendo incansablemente las ciudades y las comarcas de su región. Nadie se iba de su lado sin una palabra de consuelo o un gesto amoroso que le cambiara la vida. Porque ese es el efecto que producen las palabras y los gestos de Jesús: transforman la vida. No son huecos o de

compromiso. Los que se encuentran con él encuentran otro rostro de Dios y otra manera de ser humano. Las palabras y los gestos de Jesús curan a las personas de sus enfermedades; invitan a compartir sus bienes con los pobres; rompen las fronteras políticas, culturales y religiosas; ponen en evidencia la hipocresía de la casta sacerdotal y cualquier hipocresía tras la cual se quiere ocultar el ser humano; impelen a reconocer a los marginados de la sociedad como hijos de Dios. Situaciones y actitudes provocadas por el encuentro con Jesús, el Dios hecho hombre.

Jesús se relaciona con todo aquel que se cruza en su camino. Con los escépticos, con los que lo aman, con aquellos que lo odian hasta matarlo. A nadie rechaza, con todos dialoga, a todos les pone el cuerpo. Las curaciones que realizó implicaron un desgaste de energía inusual, una entrega en cuerpo y en espíritu que no admite reservas ni especulaciones. Los sufrimientos de su pasión y de su muerte en cruz suponen la desazón de un cuerpo que nunca perdió su confianza en Dios. El cuerpo de Jesús no es un accidente que podamos poner en segundo plano. Allí está Dios. Dios obra en él y por él, porque es el templo del Espíritu (cf. 1 Cor 3,16; 6,19). Dios es espíritu y pone el cuerpo en su Hijo Jesús para mostrarnos la intensa interpenetración de lo divino y lo humano. Sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, atravesado por el amor de Dios que todo lo puede y todo lo une.

Jesús no estuvo nunca quieto. Llevó su cuerpo y su espíritu a todos los rincones de su patria y del extranjero. Fue un peregrino que mostró a Dios en una humanidad concreta. Peregrinar para Jesús es un acto de amor. No camina entre la gente reclutando prosélitos. No busca

adherentes para provocar una revolución y derrocar al Imperio Romano. Ni siquiera se presenta a sí mismo como un reformador religioso. El centro de su misión consiste en recordarles a todas las personas, sin distinción de ninguna clase, que son hijos de Dios. Que pueden rezarle a Dios llamándolo *abbá* y que él los escuchará. Que para eso no tienen que pedirle permiso a nadie. Que el poder está en la fe de ellos, en la que se anida en su corazón y deben despertar. Una fe que es de cada uno de ellos como sujeto y que se vuelve poder transformador cuando se expresa en el sujeto comunitario que es el pueblo. Jesús no necesita ser revolucionario o reformador religioso porque él atraviesa esas realidades, las sobrepaja y las transforma. Por eso Jesús es un peregrino. Porque para contarles a las mujeres y a los hombres esta buena noticia hay que encontrarse con ellos, mirarlos a la cara, escucharlos, reconocerse en sus pobreza y en sus limitaciones. Nada de eso se alcanza sentado en un trono o en un escritorio. Hay que ir a proclamarlo en primera persona.

Los primeros y grandes beneficiarios de esta buena noticia son los pobres, aquellos que viven marginados por todas las expresiones del poder. Jesús les devolvió la fe. De ningún modo les vendió una resignación barata. Eso lo hace la religión cuando alcanza su peor expresión y con sus exigencias normativas excluye a las personas, impidiéndoles expresar su fe personal y comunitariamente. Jesús les mostró que Dios está al alcance de la mano (cf. Rom 10,8-10) y que sobre Dios ninguna institución tiene el monopolio. En todo caso, las instituciones religiosas deben facilitar el acceso a Dios para celebrar el don de la fe como pueblo. [El Papa Francisco dijo: "A menudo nos comportamos como controladores de

la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas” (EG) 47].

Jesús, el Dios encarnado, es un hombre pobre y trabajador. No anhela las riquezas y critica el afán de pensar solo en el lucro económico. No porque la riqueza sea mala en sí misma, sino porque ella inventa argumentos “razonables” para que no amemos a Dios y al prójimo con un corazón indiviso. En eso consiste su malicia y su engaño, su trampa más sutil. Jesús nunca critica que el hombre gane el pan con el sudor de su frente, pero sí enseña que no puede servir a dos señores al mismo tiempo (o se sirve a Dios o se sirve al Dinero, Lc 6,13), que el sol sale para justos y pecadores (cf. Mt 5,45) y que todo lo que existe en la creación nos pertenece y ningún bien está privatizado (cf. 1 Cor 3,21-23).

Jesús confía en las personas. Sabe que son frágiles, endebles, egoístas, traicioneras... Pero cuando está entre ellos ve a una multitud que vaga por la tierra como ovejas sin pastor y se compadece (cf. Lc 9,36). Su mirada no se deja ganar por el pesimismo y apuesta por hacer el bien, porque cada uno de los que conforman esa multitud que tiene delante fue creado a imagen de Dios. Y Dios vio que era bueno (cf. Gn 1,26-27). Y lo que Dios vio que era bueno, ¿por qué Jesús lo va a mirar con otros ojos? Y entonces reúne a la gente, le enseña, la cura. Confía en las personas, pero no ingenuamente. Las llama a ser responsables, a decidir por sí mismos. No obliga a nadie a creer y nadie será curado contra su voluntad o recurriendo a una estrategia mágica. El único argumento que atrae a las personas es que Jesús es creíble. Y Jesús toma esa fe y la convierte en un acto de libertad en el que quedamos cara

a cara con nuestro creador. El teólogo belga Christoph Theobald dice que la credibilidad de Cristo consiste en que “tiene un respeto absoluto del receptor, como Pablo. Nunca dice a sus interlocutores: «Soy yo quien te ha salvado», sino «Tu fe te ha salvado» (Mc 5,34, entre otros). En el fondo, este Jesús se deja sorprender por lo que su Evangelio produce en el otro... Él escucha el Evangelio de Dios por boca de la hemorroísa o por los gestos más simples de la gente que lo rodea”.

Y si Jesús confiaba en las personas, ¿por qué no hacer nosotros lo mismo? ¿Por qué no recuperamos colectivamente el estilo de Jesús y nos devolvemos la fe que nos une a Dios los unos a los otros? Esta es una tarea que involucra a las instituciones y a cada uno de nosotros. No vale oponer, sino complementar. Hace años que sabemos que la historia entró en una nueva etapa con un paradigma cultural inédito. No hace falta que nos lo cuenten los libros. Lo experimentamos en carne propia. Y entonces, ¿por qué nos empeñamos en repetir esquemas viejos en un paradigma nuevo, en donde no encaja y los repele? ¿Qué seguridades defendemos al proceder así? ¿A qué le tememos cuando sostenemos premisas espirituales que no solo alejan a las personas, sino que las confirma en su indiferencia?

El filósofo francés Maurice Bellet ha planteado con lucidez la necesidad de recuperar nuestra fe en lo humano. No de un modo ingenuo, sino reconociendo que el ser humano es imagen de Dios y que, sin lugar a duda, Dios habita en él. Por tanto, no será necesario “agregar” a Dios para creer en el hombre porque Dios está en él. Dirá Bellet: “Dios está allí; no tiene necesidad de aparecer”. No pensamos rápido en el peligro de caer en el panteísmo.

Démonos la oportunidad de considerar a Dios y al hombre como íntimos compañeros de camino. No ignoramos que en el hombre está la causa de la violencia y de la opresión. Pero, ¿qué ganamos insistiendo solo en eso? ¿No es mejor intentar superar la violencia con el amor? ¿No está dicho que “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado” (Rom 5,5)? ¿No radica allí nuestro poder más profundo? ¿Por qué no potenciar esa realidad en nuestras existencias concretas? ¿Qué pasaría si, en lugar de odiar a los que nos odian haciéndonos cómplices de su violencia, los amáramos como si se tratara de nosotros mismos para que nos ayudemos mutuamente a liberarnos de la violencia que los esclaviza? (cf. Mt 5,38-48).

Jesús nos devuelve al Dios vivo y verdadero. Ese Dios que las religiones y las ideologías falsearon hasta convertirlo en una caricatura idolátrica y vacía. Ese Dios nos da otra oportunidad para que las religiones y las ideologías recuperen su papel de mediación y de sanación. Jesús nos conduce a encontrarnos con lo humano más humano. Con ese prójimo que es mi hermano y con el cual debo caminar. Jesús ha dejado plantada en el centro de la historia esta certeza: me basta que sea humano para que sea mi hermano.

En tiempos de pandemia ya nada es igual y nos obliga a pensar de otra manera. Como dijo el Papa Francisco, no es el momento del juicio final de Dios, sino el tiempo de nuestro juicio, el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que no. Cierro con unas palabras de Bellet: “La fe [en lo humano] es relación, y esa relación solo es real cuando es actual, no a través de una imagen, sino a través de una presencia: la presencia del otro humano, mi

prójimo. Creer en él es percibir en el otro la existencia de lo que me permite abandonar la violencia que hay en mí. Es verlo y escucharlo como portador de esa humanidad que me desborda y que, sin embargo, se manifiesta en esta relación concreta, aquí y ahora, donde me hago prójimo del otro, mi prójimo”.

Y esto solo puede vivirlo quien de verdad cree en Dios y en la humanidad.

Pandemia y espiritualidad

Frei Betto²⁸

Publicado en Amerindia el 6 de abril.²⁹ Traducción de Esther Perez.

La vida está llena de imprevistos. En el ámbito personal, el fracaso, la pérdida de amistades, la enfermedad, la muerte. En el global, acontecimientos que ningún analista o futurólogo prevé, como la caída del Muro de Berlín y de las Torres Gemelas de Nueva York. Nadie sospechó tampoco que en pleno siglo XXI, con todos los recursos de la ciencia, la humanidad se vería amenazada por una pandemia.

¿Quién podía imaginar que vendría de China, en forma de una enfermedad contagiosa, la causa de la más profunda crisis del capitalismo desde 2008? Según el Morgan Stanley Composite Index, en pocas semanas en el

²⁸ Fraile dominicano, teólogo y escritor brasileño. Asesor de movimientos sociales, Comunidades Eclesiales de Base y el Movimiento de Trabajadores Rurales sin Tierra.

²⁹ <https://amerindiaenlared.org/contenido/16663/pandemia-y-espiritualidad/?utm_source=Amerindia&utm_campaign=5d8fec417b-EMAIL_CAMPAIGN_2020_04_06_05_31&utm_medium=email&utm_term=0_157c957042-5d8fec417b-32424467>.

mercado financiero las acciones de las bolsas de valores del mundo perdieron 15,5 billones de dólares. ¡Más de ocho veces el PIB de Brasil en 2019!

¿Alguno de esos especuladores y megainvestigadores afectados en su bolsillo (la parte más sensible del cuerpo humano) se habrá empobrecido? Y, sin embargo, antes de la pandemia casi todos se negaban a dar su contribución para la adopción de medidas de combate al hambre y el calentamiento global.

Eso me recuerda el sitio de Jerusalén por los romanos en el año 70. Llegó un momento en que el rico ofrecía una vasija llena de oro a cambio de un pedazo de pan...

El coronavirus nos obliga a asumir una espiritualidad y una actitud nuevas ante la realidad. No hace distinciones de clase, como sí hace la gastroenteritis, que mata a millares de niños desnutridos, ni de orientación sexual, como el sida, que afectaba mayoritariamente a los homosexuales. Ahora todos somos vulnerables, aunque varíen las franjas etarias y las situaciones de riesgo.

Todos nos vemos forzados al recogimiento obligatorio. A volvernos hacia el interior de la casa y de nosotros mismos. A desasirnos. Ese abandono de las actividades de rutina y las agendas programadas nos puede sublevar o humanizar. Sublevados quedarán quienes están apegados a ciertos hábitos que, por ahora, están prohibidos, como ir al cine, al teatro, al club. En el caso de los ancianos, no podrán tener contacto con los nietos y deberán mantenerse el mayor tiempo posible en sus casas.

Los viajes aéreos se han reducido; las fronteras nacionales se han cerrado; las giras turísticas están canceladas. No nos queda otra alternativa que quedarnos quietos donde estamos. Huit-clos, entre cuatro paredes.

Puede ser que descubramos, como Sartre, por qué los otros son el infierno. Y puede ser que rescatemos la convivencia familiar, el diálogo con la familia, el cuidado de la casa (todo debe ser higienizado).

Es hora de aprender a trabajar y estudiar sin salir del espacio doméstico. Ahora tenemos más tiempo para ver películas en la televisión, navegar en internet, leer buenos libros, investigar, meditar y orar.

El virus iguala a todos. Pero no nivela los caracteres. El matrimonio burgués que nunca se tomó el trabajo de entrar en la cocina o limpiar la casa ahora se ve forzado a arremangarse la camisa o correr el riesgo de que uno de sus empleados les lleve el virus al hogar. El recalcitrante no sigue las instrucciones de las autoridades sanitarias, y el egoísta compra en la farmacia todo el stock de gel de alcohol y máscaras.

Conozco una joven que se ofreció para hacerles las compras a los vecinos vulnerables de su edificio sin cobrar nada por ello. Otra distribuyó su número de teléfono para que los ancianos aislados tengan con quién conversar. Un matrimonio de abogados va en su auto todas las mañanas a buscar a su cocinera en la periferia y a llevarla de vuelta por la tarde, para evitar que use el transporte colectivo. Tres familias vecinas de un hospital decidieron preparar almuerzos para los enfermeros y médicos que doblan su horario de trabajo. En Italia, los vecinos se asoman a la ventana al caer la tarde y cantan en coro. Las iglesias, mezquitas, sinagogas, les abren sus puertas a quienes viven en la calle y necesitan cuidados higiénicos. En fin, son innumerables los ejemplos de generosidad y solidaridad en este período en que estamos todos potencialmente amenazados.

Esos gestos tienen su fuente en la espiritualidad, aunque no sea de carácter religioso. La espiritualidad es la capacidad de abrirse amorosamente al otro, a la naturaleza y a Dios. Y su mejor enseñanza en la generosidad, el secreto de la felicidad. Rico no es quien tiene todo, decía Buda, sino quien tiene necesidad de poco.

Nos creíamos invencibles

Francisco de Roux³⁰

Publicado en Revista Semana el lunes 6 de abril.³¹

Nos creíamos invencibles. Íbamos a cuadruplicar la producción mundial en las tres décadas siguientes. En 2021 tendríamos el mayor crecimiento en lo que va del siglo. Matábamos 2.000 especies por año haciendo alarde de brutalidad. Habíamos establecido como moral que bueno es todo lo que aumenta el capital y malo lo que lo disminuye, y gobiernos y ejércitos cuidaban la plata pero no la felicidad.

Se nos hizo normal que el diez por ciento más rico del mundo, Colombia incluida, se quedara cada año con el 90 por ciento del crecimiento del ingreso. Habíamos excluido a los pueblos indígenas y a los negros como inferiores. Los jóvenes se habían ido del campo porque era vergüenza ser campesinos. Estábamos pagando investigaciones para arrinconar la muerte más allá del cumpleaños 150.

³⁰ Sacerdote Jesuita colombiano, filósofo, economista y presidente de la Comisión de la Verdad.

³¹<<https://www.semana.com/contenidos-editoriales/colombia-como-nunca-unida/articulo/la-reflexion-del-padre-francisco-de-roux-ante-el-coronavirus/659949>>.

Había preguntas incómodas. Para acallarlas inventamos que podíamos prescindir de la realidad. Con Baudrillard y otros filósofos nos alienamos en un mundo “des-realizado” y escogimos líderes poderosos que dejaron de lado la verdad; y nos dimos a consumir cachivaches y fantasías y emociones que encontrábamos en Netflix, YouTube, Facebook, las celebridades y hasta pornografía de redes, donde metimos la cabeza como avestruces.

Quedaban los pueblos indígenas y los jóvenes y grupos de mujeres y de hombres que nos decían que habíamos perdido la ruta de la realidad y del misterio. Que las condiciones estaban dadas para una fraternidad planetaria. Les decíamos atrasados y enemigos del progreso. El declararse ateo, que puede ser una decisión intelectual honesta, se convirtió en no pocos muestra de suficiencia. El Homo Deus, Hombre Dios, fue el título del libro de Noah Harari que devoramos.

Pero de pronto la realidad llegó. El coronavirus nos sacó de la ilusión de ser dioses. Quedamos confundidos y humillados mirando subir las cifras reales de infestados y muertos. Y no sabemos qué hacer. Ante la realidad Harari llamó estos días al espíritu de solidaridad que antes no vio.

La vulnerabilidad

No estamos definitivamente seguros nunca. En pocas décadas, todos nos habremos ido con o sin Covid-19. La aplanadora de la muerte empareja nuestras estúpidas apariencias. “Pallida mors aequo pulsat pede”. La pálida muerte pone su pie igual sobre todos. Y el día que llegue nadie se lleva nada. Nos vamos solos. Sin tarjetas de crédito, sin carro, sin casa. Iremos con lo que hemos

sido en amor, amistad, verdad, compasión, y con lo que hemos sido en mentira, egoísmo, deshonestidad. Así enfrentaremos el misterio y nos recordará o rechazará la historia.

Y, sin embargo, vivir con grandeza la vulnerabilidad es vivir auténticamente, solidarios e interdependientes, porque allí entendemos que todos somos llevados los unos por los otros, protegidos los unos por los otros. No importa la raza, ni el género, ni el país de origen, ni las clases sociales, ni el dinero, ni la religión. Es el mensaje del Covid-19.

La vulnerabilidad nos lleva a incluir a los demás sin creernos superiores. Nos permite celebrar cada día como si fuera el último. Nos da el coraje ante el riesgo y la audacia de anunciar con alegría la esperanza en medio de las incertidumbres.

La vulnerabilidad llega para que los gobiernos entiendan qué es el Estado. La única institución que tenemos los ciudadanos para garantizar a todas y todos por igual, en las buenas y en las malas, las condiciones de la dignidad. Para eso están los presidentes y los ministros y la Policía y el Ejército, y los jueces y el Congreso. Todos vulnerables.

La verdad dura

En la Comisión de la Verdad de Colombia oímos con frecuencia que es un error buscar la verdad de lo que pasó en el conflicto. “Dejen eso así”, es la expresión proveniente muchas veces de un temor auténtico. Pero la realidad de la pandemia muestra que no podemos escapar de la verdad. Que tenemos la responsabilidad de esclarecerla.

Por eso la pregunta mundial hoy es sobre la verdad del Covid-19, ¿qué elementos lo componen?, ¿cómo se expande, cómo se puede detener? No aceptamos que nos digan que posiblemente es el montaje de un susto, que a lo mejor en un mes habremos salidos, que con el rezo de una novena se cura. No nos sirven suposiciones, ni ilusiones, ni creencias. Necesitamos saber la verdad.

Quizás ahora se comprenda por qué seguimos buscando la verdad del conflicto armado interno colombiano para encarar realidades que nos destruyen. No podemos abandonar la obligación de esclarecer el asesinato de más de 300.000 civiles y de 9 millones de víctimas sobrevivientes. Y mientras no conozcamos las causas estructurales y asumamos las obligaciones que surgen de esa verdad, continuaremos lo que hoy sigue, con 10.000 personas armadas entre el ELN, las disidencias y los grupos del narcotráfico, el asesinato de líderes y la ruptura de las comunidades.

Estamos de acuerdo con las medidas extraordinarias tomadas por el gobierno y los alcaldes ante el coronavirus. Son decisiones de poder de Estado que muestran que sí es posible lo extraordinario ante una realidad mortal cuando hay voluntad política. ¿Cuándo tomaremos medidas extraordinarias contra la violencia política unida al narcotráfico que ha sido mucho más letal que la pandemia entre los colombianos?

El mensaje de los Kogui

Hace tres semanas los mama Kogui nos recibieron en La Sierra por una invitación de Juan Mayr. Nos compartieron el dolor de la destrucción de su hábitat y la dificultad para

preservar los sitios sagrados. Estaban enterados de la pandemia y el mensaje que nos dieron fue sencillo y claro:

Las fuerzas espirituales que originaron la naturaleza pusieron el conocimiento en cada ser. Hay un conocimiento en la tortuga, en el árbol, en la piedra, en el agua... Los seres humanos tenemos que aprender de ese conocimiento. Pero hemos ido matando a esos seres, y al matarlos, matamos el conocimiento. Por eso cada vez conocemos menos, y por eso pasamos a matarnos a nosotros mismos, y puede ser que la naturaleza termine por matarnos a todos.

El mensaje no es para dejar lo ganado con la ampliación de la expectativa de vida al nacer, la educación y la tecnología que nos comunica. Es para invitarnos a cambiar todas las locuras que nos distanciaron de la naturaleza y de nosotros mismos y nos precipitaron en el egoísmo, la injusticia, la inequidad, la violencia y la mentira.

La gente primero

Estamos reclusos. Trabajamos por las redes. En la Comisión de la Verdad escuchamos las grabaciones de 12.000 víctimas. Leemos. Contrastamos opiniones. Como nosotros, millones en Colombia trabajan en sus casas y reciben ingresos. Pero hay otros millones que comen de lo que ganan en el día, que no pueden comprar un bulto de papa porque pagan cada noche por la libra de arroz y el cuarto de aceite.

¿Qué va a ser de ellos? ¿Cómo van a sobrevivir encerrados cuando pasen tres semanas, o 20? Son las preguntas de madres solteras populares, de miles de

pequeñas iniciativas familiares que venden en la calle, de millones de hogares donde la casa es un hacinamiento de dos cuartos donde viven del rebusque cinco o siete personas. Estas preguntas ponen a prueba al Estado y a la solidaridad de todos nosotros. Si todos dependemos de todos y no respondemos, esa multitud va salir a llevarse lo que haya en tiendas y supermercados, porque nadie puede dejar morir a su familia. En necesidad extrema todas las cosas son comunes, escribió el teólogo Tomás de Aquino. Si esa multitud sale a la calle nos invadirá el virus.

El Gobierno nacional y los alcaldes han de ir más lejos para estar a la altura de las exigencias de la crisis. Las empresas privadas y los bancos tienen que actuar. Y es una obligación personal de cada uno de nosotros, ciudadanos. Parece desproporcionado decirlo, pero es un asunto de vida o muerte. De todos en la cama o todos en el suelo. ¿Seremos capaces esta vez de comportarnos como seres humanos?

El silencio

Las calles están vacías. La locura de correr para llegar puntuales se ha detenido. La ansiedad del tráfico insoportable no nos atrapa. Si queremos, por fin podemos hacer silencio. Si lo hacemos tenemos la oportunidad de acceder a lo profundo de nosotros mismos, conectarnos y comprender. Podemos hacerlo en familia. Es el momento de dosificar el tiempo ante la televisión y el celular para abrir espacio a la realidad del misterio que se deja sentir cuando nos abandonamos en quietud a lo que llega desde nuestra experiencia interior. Allí accedemos a la sabiduría

que hace clara la razón de vivir, y lúcida la conciencia y las responsabilidades personales y públicas.

Allí cobra sentido la determinación de avanzar a sabiendas de nuestra propia fragilidad. La necesidad que tenemos los unos de los otros. El significado de la dignidad auténtica que solo existe si las condiciones de la misma están dadas para todos y todas. La viabilidad de lo que nos parecía imposible: la generosidad, la solidaridad y, más allá de la justicia, la reconciliación y el perdón. El coraje de vivir en medio de la vulnerabilidad.

Covid19^②

Política
Sociología
Filosofía
Economía
Psicología

Discurso al pueblo alemán ante la situación del Coronavirus

Angela Merkel

*Publicado en www.bundesregierung.de el 18 de marzo.³²
Traducción de Marcelo Alarcón Á.*

Queridas conciudadanas, queridos conciudadanos,

El Coronavirus está cambiando dramáticamente la vida en nuestro país. Nuestra idea de normalidad, de la vida pública, de las relaciones sociales, todo es puesto a prueba como nunca.

Millones de ustedes no pueden ir al trabajo, ni sus hijos a la escuela o al jardín infantil; teatros, cines y negocios están cerrados y, tal vez lo más difícil, nos faltan a todos los encuentros que, en otros momentos damos por sentados. Naturalmente, en dicha situación, cada uno de nosotros está lleno de preguntas y preocupaciones acerca de lo que viene.

³²<<https://www.bundesregierung.de/resource/blob/975232/1732182/d4af29ba76f62f61f1320c32d39a7383/fernsehansprache-von-bundeskanzlerin-angela-merkel-data.pdf?download=1>>.

Me dirijo a ustedes a través de este inusual medio, porque quiero decirles lo que, en esta situación, me guía como canciller y a todos mis colegas en los gobiernos federales. Es parte de una democracia abierta que nosotros transparentemos y expliquemos las decisiones políticas; que nosotros fundamentemos y comuniquemos nuestras acciones lo mejor posible para que sean comprensibles.

Creo firmemente que superaremos esta prueba si realmente todas las ciudadanas y ciudadanos comprendemos que es una tarea de todos.

Por ello permítanme decirles: esto es serio. Tomen también ustedes esto en serio. Desde la reunificación alemana, no, desde la segunda guerra mundial, no ha habido un desafío más grande para nuestro país que dependiera tanto de nuestra acción mancomunada.

Me gustaría explicarles donde estamos en relación a la epidemia y que está haciendo el gobierno federal para cuidar a todos en nuestra comunidad y limitar los daños económicos, sociales y culturales. Pero quiero también comunicarles por qué cada uno de ustedes es necesario y lo que cada uno puede aportar.

Con respecto a la epidemia, todo lo que les digo proviene de las asesorías al gobierno de parte de los expertos del Instituto Robert Koch y otros científicos y virólogos: se está investigando a presión en todo el mundo, pero no hay aún una terapia contra el Coronavirus ni una vacuna.

Mientras eso sea así, solo hay un objetivo, que es la pauta central de todo lo que hacemos: retrasar la propagación del virus, extenderla por meses y así ganar tiempo. Tiempo para que los investigadores puedan

desarrollar un medicamento y una vacuna. Pero, sobre todo, tiempo para que quienes enfermen puedan recibir la mejor atención posible.

Alemania tiene un excelente sistema de salud, tal vez uno de los mejores del mundo. Esto puede darnos confianza. Pero también nuestros hospitales se verían desbordados si ingresaran en poco tiempo demasiados pacientes con una evolución grave del coronavirus.

Estos no son solamente números abstractos en una estadística, sino que un padre o un abuelo, una madre o una abuela, una pareja; son personas. Y nosotros somos una comunidad en la que cada vida y cada persona cuentan.

En esta oportunidad, quisiera dirigirme en primer lugar a aquellos que, como doctores o doctoras, profesionales de la salud (*Fliegedinst*), o en otra función, trabajan en nuestros hospitales y, en general, en nuestro sistema de salud. En esta lucha, ellos están en la primera línea. Son los primeros que ven a los enfermos y ven cuán grave es en algunos casos la evolución de la infección. Y cada día acuden nuevamente a su trabajo para estar al servicio de la gente. La labor que realizan es gigantesca y se los agradezco de todo corazón.

Por lo tanto, se trata de hacer más lento el recorrido del virus por Alemania. Para ello –y es algo existencial– tenemos que apuntar a una cosa: reducir la actividad pública lo más posible. Naturalmente con sensatez y de manera proporcionada, porque el Estado seguirá funcionando, el abastecimiento seguirá estando por supuesto garantizado, y queremos mantener tanta actividad económica como sea posible.

Pero debemos reducir ahora todo aquello que pudiera poner el peligro a la gente, lo que pudiera causar daño a los individuos o a la comunidad. Debemos limitar por todos los medios posibles el riesgo de que uno contagie a otro.

Sé cuán dramáticas son ahora las restricciones: sin más eventos, sin ferias, sin conciertos, y por lo pronto también sin más escuela, ni universidad, ni jardín infantil, ni juegos en los parques. Sé cuán duramente golpean nuestra vida y nuestra idea de la democracia los cierres acordados entre el gobierno federal y los regionales. Son restricciones que nunca hubo en la República Federal Alemana.

Permítanme asegurarles: para alguien como yo, para quien viajar y moverse libremente fueron derechos por los que hubo que luchar mucho, tales restricciones se justifican solo por una absoluta necesidad. En una democracia, jamás deberían determinarse con ligereza y solo pueden ser aplicadas temporalmente. Pero en este momento son imprescindibles para salvar vidas.

Por esa razón, desde comienzos de la semana hay reforzados controles y restricciones de ingreso en las fronteras con algunos de nuestros principales países vecinos.

En relación a la economía, la situación ya es muy dura tanto para las grandes empresas como para las pequeñas, los negocios, restaurantes, los trabajadores independientes. Las semanas próximas serán más difíciles. Les aseguro: el gobierno hace todo lo posible para mitigar las repercusiones económicas y, sobre todo, para resguardar los puestos de trabajo.

Podemos utilizar y utilizaremos todos los medios necesarios para ayudar a nuestras empresas y trabajadores a pasar esta dura prueba.

Todos pueden confiar en que el abastecimiento de víveres está garantizado en todo momento; y si los escaparates se vacían un día, se vuelven a llenar. A quien va al supermercado quiero decirle: tener reservas es sensato, y siempre lo ha sido. Pero con mesura. Acaparar, como si nunca fuera a haber algo nuevamente, no tiene sentido y por último es completamente no solidario.

Permítanme expresar aquí también agradecimiento a personas a las que rara vez se agradece. Quien en estos días está en la caja de un supermercado o rellena los estantes, hace uno de los trabajos más duros que hay por el momento. Gracias porque Ud., está ahí para sus conciudadanos y, literalmente, mantiene funcionando la tienda.

Y ahora paso a lo que, para mí, es hoy lo más urgente. Todas las medidas estatales no darán resultado si no utilizamos la herramienta más eficaz contra la rapidísima propagación del virus: nosotros mismos. Tal como cualquiera puede ser afectado por el virus, así también todos y cada uno de nosotros debe ayudar. Antes que todo, tomando en serio lo que ocurre hoy, sin caer en el pánico ni pensar ni por un instante que esto no depende de usted. Nadie es prescindible. Todos cuentan, se necesitan todos nuestros esfuerzos.

Eso es lo que nos muestra una epidemia: cuán vulnerables somos todos, cuánto dependemos de la consideración de otros, pero también cómo podemos protegernos y apoyarnos unos a otros, actuando mancomunadamente.

Ahora depende de cada uno. No estamos condenados a mirar pasivamente el avance del virus. Tenemos un recurso para hacerle frente: Debemos mantener distancia entre nosotros por consideración. El consejo de los virólogos es claro: no más apretones de manos, lavarse las manos frecuente y minuciosamente, mantener una distancia de al menos un metro y medio de otros y, en lo posible, no tener contacto con los más ancianos, porque ellos están especialmente en peligro.

Yo sé cuán difícil es lo que se nos exige. Quisiéramos estar cerca unos de otros especialmente en tiempos de emergencia. Conocemos la cercanía física, el contacto, como expresión de cariño. Pero, por desgracia, en este momento es exactamente lo contrario. Y todos debemos verdaderamente comprenderlo. Por el momento, solo la distancia es una expresión de cuidado.

La visita bien intencionada, el viaje que no era necesario, todo eso puede significar contagio y realmente ya no debería realizarse. Los expertos señalan cuál es la razón: abuelos y nietos no deberían reunirse ahora.

Quien evita encuentros innecesarios, ayuda a todos quienes deben ocuparse a diario de cada vez más casos en los hospitales. Así salvamos vidas. Será difícil para muchos y también esto será importante: no dejar solo a nadie, preocuparse de aquellos que necesitan apoyo y confianza. Como familias y como sociedad, encontraremos otras formas de acompañarnos.

Ya ahora hay muchas formas creativas para afrontar al virus y sus consecuencias sociales. Ya hay nietos que graban a sus abuelos a un podcast para que no estén solos.

Todos tenemos que encontrar maneras de mostrar cariño y amistad: hablar por Skype, telefonar, enviar correos electrónicos o quizás volver a escribir alguna carta. El correo se distribuye. Uno escucha ahora ejemplos maravillosos de ayuda a los vecinos mayores que no pueden ir de compras. Estoy segura de que se puede hacer aún mucho más y como comunidad demostraremos que no dejaremos solo a nadie.

Apelo a ustedes: cumplan las reglas que regirán el próximo tiempo. Como gobierno, revisaremos continuamente qué se puede volver a corregir, pero también, que más podría ser aún necesario.

Esta es una situación dinámica y seguiremos siendo capaces de aprender, para reconsiderar en cualquier momento las cosas y poder reaccionar con otros instrumentos. También lo explicaremos en su momento.

Por eso les pido, no crean en rumores, sino solo en los comunicados oficiales, que siempre traducimos también a varios idiomas.

Somos una democracia. No vivimos de imposiciones, sino de conocimientos compartidos y participación. Esta es una tarea histórica y solo podemos superarla unidos.

Estoy absolutamente segura de que superaremos esta crisis. ¿Pero cuán alto será el número de víctimas? ¿Cuántas personas queridas perderemos? En gran medida está en nuestras propias manos. Ahora podemos reaccionar, todos juntos, en forma decidida. Podemos aceptar las restricciones actuales y apoyarnos mutuamente.

Esta situación es grave y está abierta. Esto significa que dependerá no solo, sino también, de cuán disciplinados sean todos los que sigan y apliquen las reglas.

Debemos demostrar, aunque nunca hayamos experimentado algo así, que actuamos de forma afectuosa y sensata y así salvamos vidas. Esto depende de cada individuo, sin excepción, y por lo tanto de todos nosotros.

Cuide bien de sí mismo y de sus seres queridos.

Gracias.

Tiempo de virus

Manuel Castells³³

Publicado en La Vanguardia el 21 de marzo.³⁴

Y de repente, todo cambió. Nuestra salud, nuestros hábitos, nuestra economía, nuestra política, nuestra psicología, nuestro horizonte temporal y existencial. Aún no hemos absorbido enteramente el choque brutal que esto representa para nuestras vidas, en particular el miedo a la enfermedad o la pérdida de nuestros seres queridos.

No estábamos preparados para una pandemia de estas proporciones y con tal velocidad de propagación. La subestimamos cuando apareció, incluido yo mismo. Hay esperanza de que podamos superarlo, al menos en su dimensión sanitaria, como demuestra el hecho de que China y Corea ya parece que han conseguido doblegar el contagio. Aunque China tardó más de un mes en tomar en serio la epidemia por ignorancia burocrática de los

³³ Sociólogo, economista y profesor universitario español. Ministro de Universidades del Gobierno de España desde 2020.

³⁴ <<https://www.lavanguardia.com/opinion/20200321/474278473999/tiempo-de-virus.html>>.

avisos que dieron los médicos de Wuhan, con el sacrificio de la vida de uno de ellos.

Ahora sabemos que lo único que funciona para detener la propagación es el aislamiento social. Así hicieron China y Corea con métodos diferentes. Además de hacer pruebas a todo el mundo al menor síntoma, que fue esencial en Corea. Invirtiendo masivamente desde el principio en material sanitario. En España no pudimos hacer pruebas a todos simplemente porque no había instrumental suficiente. Esto ha cambiado, en parte mediante donación y compra de material, obtenido sobre todo de China, que está mostrando una solidaridad internacional que contrasta con otros países.

Claro que solo nos veremos libres de esta plaga cuando tengamos fármacos de ralentización del contagio y, después, una vacuna eficaz. Vacuna que probablemente tendrá que aplicarse a la mayoría de la población del planeta para poder consolidar las defensas que se vayan generando en nuestro sistema inmune. Si bien la capacidad de mutación del virus aún se desconoce.

Ahora nos damos cuenta de la importancia de la ciencia y la tecnología para protegernos como especie de los desastres que nosotros mismos hemos generado. Porque la difusión masiva de un virus originado en un mercado de una ciudad china no puede entenderse sin la globalización incontrolada en la que se basa nuestro sistema económico y nuestra forma de vida. La globalización, que ha dinamizado la economía mundial y ha contribuido a la mejora de las condiciones de vida de una cuarta parte de la población, también ha creado una interconexión para cualquier proceso, sea el terrorismo, el cambio climático o epidemias antes localizadas.

Vivimos en una red global de redes globales que estructuran cada ámbito de la actividad humana. De modo que todo lo que pasa funciona de acuerdo con una lógica de red, en que cada nodo se comunica a múltiples nodos que a su vez amplifican las conexiones a otros tantos nodos, lo que se llama *small world phenomenon*, en que un solo nodo puede generar una gigantesca estructura dependiendo de su velocidad de conexión. Así funcionan las telecomunicaciones y así funcionan los nuevos virus que se expanden sin control hasta que encontremos el antídoto. Lo cual no previene los futuros virus que pueda haber, en particular por transmisión de otras especies a los humanos (por eso no deberíamos comer animales). Y como la globalización implica continuos movimientos de personas viajando de un continente a otro en pocas horas, en un trasiego constante de actividades comerciales, burocráticas y turísticas, la apertura de fronteras y relajación de controles que implica la globalización hacen inoperantes los sistemas de protección del pasado. De ahí la tentación de resucitar las fronteras y los controles de todo tipo, desmintiendo la utopía liberal de “ciudadanos del mundo”. Tal vez el orden liberal sea la primera víctima de esta pandemia.

Más profundo aún es el cambio en lo personal. Nos vamos dando cuenta, sin acabar de creerlo, como en una pesadilla, de la fragilidad de nuestras vivencias. Rutinas instaladas en nuestro cotidiano y que ahora añoramos con la desesperación de no haberlas valorado en su simplicidad. La maravilla de vivir y de relacionarse libremente que en estos momentos se convierte en una amenaza constante, que vacía de sentido lo que hacemos,

aunque consigamos mantener nuestra sociabilidad por internet, cuya utilidad ahora apreciamos en su justo valor.

Los problemas que se nos antojaban insoportables ahora cobran su verdadera dimensión de pequeñeces ante la amenaza de perder el trabajo, la enseñanza, la cultura, el respirar en un parque o mecerse en las olas. So pena de perder la salud o ser sancionados por incívicos. Porque solo aceptando esas limitaciones podremos salir de esta crisis multidimensional, en que el virus corroe nuestros cuerpos, nuestra economía, nuestras aficiones y nuestras fantasías.

Saldremos, sí, pero no saldremos igual que entramos en este tiempo de virus. Puede ser que tengamos que atravesar un largo periodo de cambio de modelo de consumo. Pero también podría ser que salgamos regenerados, recuperando el simple placer de vivir, anclados en nuestras familias, nuestras amistades y nuestros amores. Porque más allá de la irritación normal de un largo periodo de encierro, son estos sentimientos y nuestro apoyo mutuo lo que nos habrá sostenido. Tal vez reaprendamos el valor de la vida y ello nos permita prevenir las otras catástrofes que nos esperan si seguimos en nuestra carrera destructiva y pretenciosa hacia no se sabe dónde ni por qué.

El mundo después del Coronavirus

Yuval Noah Harari³⁵

*Publicado en Attac Madrid el 27 de marzo.*³⁶

El autor alerta de los peligros de las tecnologías de la vigilancia sobre la población a propósito del coronavirus, así como del vacío de liderazgo en la política mundial para acometer esta crisis, pero también de la posibilidad que estas tecnologías ofrecen para controlar a los gobiernos y la oportunidad de la ciudadanía de apostar por la solidaridad mundial.

Esta tormenta pasará. Pero las decisiones que tomemos ahora podrían cambiar nuestras vidas en años venideros.

La humanidad se enfrenta ahora a una crisis global. Quizás la mayor crisis de nuestra generación. Las decisiones que la gente y los gobiernos tomen en las próximas semanas probablemente darán forma al mundo

³⁵ Historiador y escritor israelí, profesor en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Autor de *Sapiens*, *Homo Deus* y *21 Lecciones para el siglo XXI*.

³⁶ Attac Madrid: <https://www.attacmadrid.org/2020/03/27/yuval-noah-harari-el-mundo-despues-del-coronavirus/>. Artículo original en *The Financial Times*: <https://www.ft.com/content/19d90308-6858-11ea-a3c9-1fe6fedcca75>.

en los años venideros. No solo darán forma a nuestros sistemas de salud, sino también a nuestra economía, política y cultura. Debemos actuar con rapidez y decisión. También debemos tener en cuenta las consecuencias a largo plazo de nuestras acciones. Al elegir entre las diferentes alternativas, deberíamos preguntarnos no solo cómo superar la amenaza inmediata, sino también qué clase de mundo habitaremos una vez que pase la tormenta. Sí, la tormenta pasará, la humanidad sobrevivirá, la mayoría de nosotros todavía estaremos vivos, pero habitaremos un mundo diferente.

Muchas medidas de emergencia a corto plazo se convertirán en una constante de nuestras vidas. Esa es la naturaleza de las emergencias. Adelantan los procesos históricos. Decisiones que en tiempos normales podrían llevar años de deliberación se aprueban en cuestión de horas. Tecnologías inmaduras e incluso peligrosas son puestas en servicio, porque los riesgos de no hacer nada son mayores. Países enteros sirven como conejillos de indias en experimentos sociales a gran escala. ¿Qué sucede cuando todo el mundo trabaja desde casa y se comunica solo a distancia? ¿Qué sucede cuando escuelas y universidades enteras se conectan a Internet? En tiempos normales, los gobiernos, las empresas y los consejos educativos nunca estarían de acuerdo en realizar tales experimentos. Pero estos no son tiempos normales.

En esta época de crisis, nos enfrentamos a dos opciones particularmente importantes. La primera es escoger entre la vigilancia totalitaria o el empoderamiento de los ciudadanos. La segunda es elegir entre el aislamiento nacionalista o la solidaridad global.

Hoy, por primera vez en la historia de la humanidad, la tecnología permite controlar a todo el mundo todo el tiempo. Hace 50 años, la KGB no podía seguir a 240 millones de ciudadanos soviéticos las 24 horas del día

Vigilancia subcutánea

Para detener la epidemia, poblaciones enteras deben cumplir con ciertas pautas. Hay dos formas principales de lograrlo. Un método es que el gobierno controle a la gente y castigue a los que rompen las reglas. Hoy, por primera vez en la historia de la humanidad, la tecnología permite controlar a todo el mundo todo el tiempo. Hace 50 años, la KGB no podía seguir a 240 millones de ciudadanos soviéticos las 24 horas del día, ni podía esperar procesar eficazmente toda la información recogida. La KGB dependía de agentes y analistas humanos, y no podía colocar a un agente humano para seguir a cada ciudadano. Pero ahora los gobiernos pueden confiar en sensores omnipresentes y poderosos algoritmos en lugar de espías de carne y hueso.

En su batalla contra la epidemia de coronavirus, varios gobiernos ya han desplegado las nuevas herramientas de vigilancia. El caso más notable es el de China. Mediante una estrecha vigilancia de los teléfonos inteligentes de las personas, el uso de cientos de millones de cámaras de reconocimiento facial y la obligación de comprobar e informar sobre la temperatura corporal y el estado de salud de las personas, las autoridades chinas no solo pueden identificar rápidamente a los presuntos portadores del coronavirus, sino también seguir sus movimientos e identificar a cualquiera con el que hayan

estado en contacto. Una serie de aplicaciones móviles advierten a los ciudadanos sobre su proximidad a los pacientes infectados.

Este tipo de tecnología no se limita al este de Asia. El Primer Ministro de Israel, Benjamin Netanyahu, autorizó recientemente a la Agencia de Seguridad de Israel a desplegar tecnología de vigilancia normalmente reservada para combatir a los terroristas para rastrear a los pacientes con coronavirus. Cuando el subcomité parlamentario competente se negó a autorizar la medida, Netanyahu la impuso con un “decreto de emergencia”.

Se podría argumentar que no hay nada nuevo en todo esto. En los últimos años, tanto los gobiernos como las empresas han utilizado tecnologías cada vez más sofisticadas para rastrear, vigilar y manipular a las personas. Sin embargo, si no tenemos cuidado, la epidemia podría marcar un hito importante en la historia de la vigilancia. No solo porque podría normalizar el despliegue de herramientas de vigilancia masiva en países que hasta ahora las han rechazado, sino más aún porque significa una transición dramática de la vigilancia «sobre la piel» a la vigilancia “bajo la piel”.

Hasta ahora, cuando tu dedo tocaba la pantalla de tu Smartphone y hacía clic en un enlace, el gobierno quería saber exactamente sobre qué estaba haciendo clic tu dedo. Pero con el coronavirus, el foco de interés cambia. Ahora el gobierno quiere saber la temperatura de tu dedo y la presión sanguínea bajo su piel.

El pudín de emergencia

Uno de los problemas a los que nos enfrentamos al trabajar en la vigilancia es que ninguno de nosotros sabe exactamente cómo se nos vigila, y lo que los años venideros podrían traer. La tecnología de vigilancia se está desarrollando a una velocidad vertiginosa, y lo que parecía ciencia-ficción hace 10 años es hoy en día una noticia vieja.

A modo de experimento, piense en un hipotético gobierno que exige que cada ciudadano lleve un brazalete biométrico que monitorice la temperatura corporal y el ritmo cardíaco las 24 horas del día. Los datos resultantes son acumulados y analizados por los algoritmos del gobierno. Los algoritmos sabrán que estás enfermo incluso antes de que te des cuenta, y también sabrán dónde has estado y a quién has conocido. Las cadenas de infección podrían acortarse drásticamente, e incluso cortarse por completo. Se podría decir que tal sistema podría detener la epidemia en su camino de contagio en cuestión de días. Suena maravilloso, ¿verdad?

La monitorización biométrica haría que las tácticas de hackeo de datos de Cambridge Analytica parecieran algo de la Edad de Piedra. Imagina a Corea del Norte en 2030, cuando cada ciudadano tenga que llevar un brazalete biométrico las 24 horas del día. Si escuchas un discurso del Gran Líder y el brazalete capta las señales de ira, estás acabado

La desventaja es, por supuesto, que esto daría legitimidad a un nuevo y aterrador sistema de vigilancia. Si sabes, por ejemplo, que he hecho clic en un enlace de Fox News en lugar de un enlace de la CNN, eso puede enseñarte algo sobre mis puntos de vista políticos y tal vez

incluso mi personalidad. Pero si puedes vigilar lo que sucede con mi temperatura corporal, presión sanguínea y ritmo cardíaco mientras veo el video clip, puedes averiguar lo que me hace reír, lo que me hace llorar y lo que me hace enojar mucho.

Es crucial recordar que la ira, la alegría, el aburrimiento y el amor son fenómenos biológicos como la fiebre y la tos. La misma tecnología que identifica la tos también podría identificar las risas. Si las empresas y los gobiernos empiezan a recoger nuestros datos biométricos en masa, pueden llegar a conocernos mucho mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos, y entonces no solo pueden predecir nuestros sentimientos sino también manipularlos y vendernos lo que quieran, ya sea un producto o un político. La monitorización biométrica haría que las tácticas de hackeo de datos de Cambridge Analytica parecieran algo de la Edad de Piedra. Imagina a Corea del Norte en 2030, cuando cada ciudadano tenga que llevar un brazalete biométrico las 24 horas del día. Si escuchas un discurso del Gran Líder y el brazalete capta las señales de ira, estás acabado.

Se podría, por supuesto, abogar por la vigilancia biométrica como una medida temporal tomada durante un estado de emergencia. Desaparecería una vez que la emergencia haya terminado. Pero las medidas temporales tienen el desagradable hábito de durar más que las emergencias, especialmente porque siempre hay una nueva emergencia acechando en el horizonte. Mi país natal, Israel, por ejemplo, declaró el estado de emergencia durante su Guerra de Independencia de 1948, lo que justificó una serie de medidas temporales, desde la censura de prensa y la confiscación de tierras hasta

reglamentos especiales para hacer pudín (no bromeo). La Guerra de Independencia se ganó hace mucho tiempo, pero Israel nunca declaró el estado de emergencia, y no ha logrado abolir muchas de las medidas “temporales” de 1948 (el decreto de emergencia del pudín fue abolido misericordiosamente en 2011).

Incluso cuando las infecciones por coronavirus se han reducido a cero, algunos gobiernos ávidos de datos podrían argumentar que necesitan mantener los sistemas de vigilancia biométrica porque temen una segunda oleada de coronavirus, o porque hay una nueva cepa de Ébola que está evolucionando en África central, o porque... ya se hacen a la idea. En los últimos años se ha librado una gran batalla por nuestra privacidad. La crisis del coronavirus podría ser el punto de inflexión de la batalla. Porque cuando a la gente se le da a elegir entre la privacidad y la salud, normalmente elige la salud.

La policía del jabón

Pedirle a la gente que elija entre la privacidad y la salud es, de hecho, la raíz misma del problema. Porque esta es una falsa elección. Podemos y debemos disfrutar tanto de la privacidad como de la salud. Podemos elegir proteger nuestra salud y detener la epidemia de coronavirus no instituyendo regímenes de vigilancia totalitarios, sino más bien dando poder a los ciudadanos. En las últimas semanas, algunos de los esfuerzos más exitosos para contener la epidemia de coronavirus fueron orquestados por Corea del Sur, Taiwán y Singapur. Aunque estos países han hecho también cierto uso de las aplicaciones de rastreo, han confiado mucho más en las pruebas

exhaustivas, en la información honesta y en la cooperación voluntaria de una población bien informada.

La vigilancia centralizada y los castigos severos no son la única forma de hacer que la gente cumpla con las directrices beneficiosas. Cuando a la gente se le comunican los hechos científicos, y cuando la gente confía en que las autoridades públicas les comuniquen estos hechos, los ciudadanos pueden hacer lo correcto incluso sin un Gran Hermano que les vigile. Una población automotivada y bien informada es usualmente mucho más poderosa y efectiva que una población ignorante y vigilada.

Considere, por ejemplo, lavarse las manos con jabón. Este ha sido uno de los mayores avances de la historia de la higiene humana. Esta simple acción salva millones de vidas cada año. Aunque lo damos por sentado ahora, fue solo en el siglo XIX cuando los científicos descubrieron la importancia de lavarse las manos con jabón. Anteriormente, incluso los médicos y enfermeras iban de una operación quirúrgica a otra sin lavarse las manos. Hoy en día, miles de millones de personas se lavan las manos diariamente, no porque tengan miedo de la policía del jabón, sino porque entienden los hechos. Yo me lavo las manos con jabón porque he oído hablar de virus y bacterias, entiendo que estos pequeños organismos causan enfermedades, y sé que el jabón puede eliminarlas.

En los últimos años, los políticos irresponsables han socavado deliberadamente la confianza en la ciencia, en las autoridades públicas y en los medios de comunicación. Ahora estos mismos políticos irresponsables podrían sentirse tentados a tomar el camino del autoritarismo,

argumentando que no se puede confiar en que el público haga lo correcto.

Pero para lograr tal nivel de cumplimiento y cooperación, se necesita confianza. La gente necesita confiar en la ciencia, en las autoridades públicas y en los medios de comunicación. En los últimos años, los políticos irresponsables han socavado deliberadamente la confianza en la ciencia, en las autoridades públicas y en los medios de comunicación. Ahora estos mismos políticos irresponsables podrían sentirse tentados a tomar el camino del autoritarismo, argumentando que no se puede confiar en que el público haga lo correcto.

Normalmente, la confianza que se ha erosionado durante años no puede reconstruirse de la noche a la mañana. Pero estos no son tiempos normales. En un momento de crisis, las mentes también pueden cambiar rápidamente. Puedes tener discusiones amargas con tus hermanos durante años, pero cuando ocurre alguna emergencia, de repente descubres una reserva oculta de confianza y amistad, y te apresuras a ayudar. En lugar de construir un régimen de vigilancia, no es demasiado tarde para reconstruir la confianza de la gente en la ciencia, en las autoridades públicas y en los medios de comunicación. Definitivamente deberíamos hacer uso de las nuevas tecnologías también, pero estas tecnologías deberían servir para dar poder a los ciudadanos. Estoy a favor de controlar la temperatura de mi cuerpo y la presión sanguínea, pero esos datos no deberían utilizarse para crear un gobierno todopoderoso. Más bien, esos datos deberían permitirme tomar decisiones personales más informadas, y también hacer al gobierno responsable de sus decisiones.

Si pudiera hacer un seguimiento de mi propia condición médica las 24 horas del día, aprendería no solo si me he convertido en un peligro para la salud de otras personas, sino también qué hábitos contribuyen a mi salud. Y si pudiera acceder a estadísticas fiables sobre la propagación del coronavirus y analizarlas, podría juzgar si el gobierno me está diciendo la verdad y si está adoptando las políticas adecuadas para combatir la epidemia. Siempre que se hable de vigilancia, recuerde que la misma tecnología de vigilancia puede ser utilizada normalmente no solo por los gobiernos para vigilar a los individuos, sino también por los individuos para vigilar a los gobiernos.

La epidemia de coronavirus es, por lo tanto, una prueba importante de ciudadanía. En los días venideros, cada uno de nosotros debería decidir confiar en los datos científicos y en los expertos en salud, en lugar de en teorías de conspiración infundadas y en políticos egoístas. Si no tomamos la decisión correcta, podríamos encontrarnos renunciando a nuestras más preciadas libertades, pensando que es la única manera de salvaguardar nuestra salud.

Necesitamos un plan global

La segunda opción importante que enfrentamos es entre el aislamiento nacionalista y la solidaridad mundial. Tanto la propia epidemia como la crisis económica resultante son problemas globales. Solo pueden resolverse eficazmente mediante la cooperación mundial.

En primer lugar, para derrotar al virus necesitamos compartir información a nivel mundial. Esa es la gran

ventaja de los humanos sobre los virus. Un coronavirus en China y un coronavirus en Estados Unidos no pueden intercambiar consejos sobre cómo infectar a los humanos. Pero China puede enseñar a los EE.UU. muchas lecciones valiosas sobre los coronavirus y cómo tratarlos. Lo que un médico italiano descubre en Milán por la mañana temprano podría salvar vidas en Teherán por la tarde. Cuando el gobierno del Reino Unido vacila entre varias políticas, puede obtener consejos de los coreanos que ya se han enfrentado a un dilema similar hace un mes. Pero para que esto suceda, necesitamos un espíritu de cooperación y confianza global.

Los países deben estar dispuestos a compartir la información abiertamente y buscar humildemente asesoramiento, y deben poder confiar en los datos y las opiniones que reciben. También necesitamos un esfuerzo mundial para producir y distribuir equipo médico, sobre todo equipos de pruebas y máquinas respiratorias. En lugar de que cada país trate de hacerlo localmente y acapare cualquier equipo que pueda conseguir, un esfuerzo global coordinado podría acelerar enormemente la producción y asegurar que los equipos de urgencia sanitarios se distribuyan de forma más justa. Al igual que los países nacionalizan industrias clave durante una guerra, la guerra humana contra el coronavirus puede requerir que “humanicemos” las líneas de producción cruciales. Un país rico con pocos casos de coronavirus debería estar dispuesto a enviar un equipo precioso a un país más pobre con muchos casos, confiando en que cuando posteriormente necesite ayuda, otros países acudirán en su ayuda.

Podríamos considerar un esfuerzo mundial similar para reunir personal médico. Los países actualmente menos afectados podrían enviar personal médico a las regiones más afectadas del mundo, tanto para ayudarles en su hora de necesidad como para adquirir una valiosa experiencia. Si más adelante el foco de la epidemia se desplaza, la ayuda podría empezar a fluir en la dirección opuesta.

La cooperación mundial es vitalmente necesaria también en el frente económico. Dada la naturaleza global de la economía y de las cadenas de suministro, si cada gobierno se ocupa solo de lo suyo sin tener en cuenta a los demás, el resultado será el caos y una crisis cada vez más profunda. Necesitamos un plan de acción global, y lo necesitamos rápido.

Otro requisito es llegar a un acuerdo mundial sobre los viajes. Suspender todos los viajes internacionales durante meses causará tremendas dificultades, y obstaculizará la guerra contra el coronavirus. Los países deben cooperar para permitir que al menos un pequeño grupo de viajeros esenciales sigan cruzando las fronteras: científicos, médicos, periodistas, políticos, empresarios. Esto puede hacerse alcanzando un acuerdo mundial sobre la preevaluación de viajeros por parte de su país de origen. Si sabes que solo se permite subir a un avión a los viajeros cuidadosamente supervisados, estarás más dispuesto a aceptarlos en tu propio país.

Una parálisis colectiva se ha apoderado de la comunidad internacional. Parece que no hay adultos en la sala. Uno habría esperado ver ya hace semanas una reunión de emergencia de los líderes mundiales

Lamentablemente, en la actualidad los países apenas hacen ninguna de estas cosas. Una parálisis colectiva se ha

apoderado de la comunidad internacional. Parece que no hay adultos en la sala. Uno habría esperado ver ya hace semanas una reunión de emergencia de los líderes mundiales para llegar a un plan de acción común. Los líderes del G7 lograron organizar una videoconferencia solo esta semana, y no resultó en ningún plan de este tipo.

En crisis mundiales anteriores, como la crisis financiera de 2008 y la epidemia del Ébola de 2014, los Estados Unidos asumieron el papel de líder mundial. Pero la actual administración de EE.UU. ha renunciado al trabajo de líder. Ha dejado muy claro que se preocupa por la grandeza de América mucho más que por el futuro de la humanidad.

Esta administración ha abandonado incluso a sus aliados más cercanos. Cuando prohibió todos los viajes de la UE, no se molestó en dar a la UE ni siquiera un aviso previo, y mucho menos en consultar con la UE sobre esa drástica medida. Ha escandalizado a Alemania ofreciendo supuestamente mil millones de dólares a una empresa farmacéutica alemana para comprar los derechos de monopolio de una nueva vacuna Covid-19. Incluso si la administración actual finalmente cambia de rumbo y presenta un plan de acción global, pocos seguirían a un líder que nunca asume la responsabilidad, que nunca admite errores y que rutinariamente se adjudica todo el mérito a sí mismo mientras deja toda la culpa para los demás.

Si el vacío dejado por los Estados Unidos no es llenado por otros países, no solo será mucho más difícil detener la actual epidemia, sino que su legado seguirá envenenando las relaciones internacionales durante los próximos años. Sin embargo, cada crisis es también una oportunidad.

Debemos esperar que la actual epidemia ayude a la humanidad a darse cuenta del grave peligro que supone la desunión mundial.

La humanidad debe tomar una decisión. ¿Viajaremos por la ruta de la desunión o adoptaremos el camino de la solidaridad mundial? Si elegimos la desunión, esto no solo prolongará la crisis, sino que probablemente dará lugar a catástrofes aún peores en el futuro. Si elegimos la solidaridad mundial, será una victoria no solo contra el coronavirus, sino también contra todas las futuras epidemias y crisis que puedan asolar a la humanidad en el siglo XXI.

El momento para la solidaridad en Europa es ahora

Klaus P. Regling³⁷

Publicado en Frankfurter Allgemeine el 2 de abril.³⁸ Traducción de Marcelo Alarcón.

Para nuevas instituciones o instrumentos se necesita tiempo, que en este momento no tenemos. Por lo tanto, Europa debe dar una respuesta financiera coordinada con las instituciones existentes.

La pandemia del Coronavirus es un shock global que afecta a todas las economías de Europa. Europa se enfrenta a la más grave crisis de salud desde la gripe española hace un siglo. Como resultado las economías europeas sufrirán mucho más daño que el esperado al inicio. Por lo tanto, es necesaria una respuesta conjunta y muy bien coordinada, tanto en el plano nacional como europeo. La meta es limitar el daño a las economías,

³⁷ Economista y político alemán. Desde octubre de 2012 es director general del Mecanismo Europeo de Estabilidad.

³⁸ <<https://www.faz.net/aktuell/wirtschaft/gastbeitrag-esm-chef-zu-corona-solidaritaet-in-europa-16709363.html>>.

mantener la estabilidad financiera y prepararse para la recuperación económica, una vez que la crisis de salud sea superada. La magnitud de la crisis médica, así como la magnitud de los daños económicos y sociales previstos, hacen que ahora sea urgente la solidaridad europea.

Los gobiernos de la Unión Europea (UE) han anunciado e iniciado medidas fiscales para limitar los daños económicos. Se estima que las medidas fiscales para apoyar la economía representan hasta el momento un promedio del 2,3% del PIB en 2020. Las medidas de apoyo a la liquidez, consistentes en garantías públicas y aplazamientos de impuestos para las empresas y los ciudadanos particulares, ascienden en conjunto a más del 13% del PIB.

Para complementar las acciones nacionales y demostrar la solidaridad europea es esencial un enfoque europeo coordinado. La Comisión Europea ha relajado las normas para las ayudas estatales. También ha activado, junto con el Consejo de Ministros, la “regla de excepción” general del Pacto de Estabilidad y Crecimiento para permitir a los Estados Miembros hacer los aumentos necesarios en el gasto público. Las decisiones del Banco Central Europeo son cruciales para asegurar que el sector bancario y los mercados financieros sigan funcionando.

Como puede Europa movilizar dinero rápidamente

¿Qué debería además hacerse inmediatamente y en un futuro próximo a nivel europeo para complementar las medidas nacionales? ¿Cómo puede Europa movilizar rápidamente fondos adicionales para apoyar a los gobiernos, las empresas y los ciudadanos en todos los

países de la UE? A corto plazo, por lo menos para 2020, la solidaridad europea debería llevarse a cabo utilizando las instituciones existentes –la Comisión Europea, el Banco Europeo de Inversiones (BEI) y el Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEE) – y sus instrumentos actuales.

La Comisión Europea ha anunciado un plan de seguro de desempleo de la UE para proteger los puestos de trabajo durante la crisis de Corona. Además, la "Iniciativa de Inversión en respuesta al Corona" (*Corona-Response-Investment-Initiative*) apoyará los sistemas de atención de la salud, las pequeñas y medianas empresas y los mercados de trabajo proporcionando financiamiento con cargo a los fondos estructurales.

El BEI ha propuesto un fondo de garantía paneuropeo. Esta garantía incluiría 25.000 millones de euros en garantías de los países de la Unión Europea, que se utilizarían como apalancamiento para movilizar 200.000 millones de euros en financiación adicional para las pequeñas y medianas empresas, las empresas de mediana capitalización y las empresas de la economía real.

Bonos comunitarios durante años

El MEE, con su línea de crédito no utilizada de 410.000 millones de euros, podría proporcionar líneas de crédito a bajos tipos de interés. La caja de herramientas del MEE contiene varios instrumentos financieros para diferentes situaciones. En la actualidad, las líneas de crédito preventivas, que nunca se han utilizado en el pasado, parecen ser el instrumento más apropiado. No es necesario establecer esas líneas de crédito, pero tienen la ventaja de que el dinero puede fluir muy rápidamente

cuando un país necesita apoyo con urgencia, ya que se dispone de un servicio de crédito preparado.

Si tanto el BEI como el MEE hacen más, tendrán que emitir bonos para financiar sus préstamos. El BEI, y en menor medida la Comisión de la UE, emite bonos garantizados por los 27 países de la UE. El MEE lo hace para los 19 países de la Zona del euro. Estas tres instituciones han estado emitiendo bonos comunitarios, es decir, bonos europeos, durante muchos años. Estas instituciones tienen hoy alrededor de 800.000 millones de euros en bonos europeos en circulación. Las tres instituciones proporcionan financiamiento a tipos de interés considerablemente inferiores a los costos de los préstamos de la mayoría de los países de la Unión Europea. Han demostrado ser eficaces y exitosos, incluso en circunstancias adversas. Y podrían hacer más inmediatamente.

No hay tiempo para nuevas instituciones

Hay propuestas para crear nuevas instituciones o nuevos instrumentos, pero eso necesita tiempo, y en este momento no lo tenemos. Al comienzo de la crisis del euro, el primer fondo temporal de rescate del euro, el Fondo Europeo de Estabilización Financiera (FESF), tardó siete meses en emitir su primer bono. Esta fue una velocidad récord comparada con instituciones similares que tardaron hasta tres años. Para crear nuevos instrumentos de deuda europeos, se necesita capital, garantías o la asignación de futuros ingresos fiscales y un sistema legal y administrativo que funcione. Por lo tanto, lo mejor es utilizar las instituciones e instrumentos existentes, que llevan años recaudando con éxito grandes sumas de dinero en el mercado.

Nunca habíamos sabido tanto acerca de nuestra ignorancia

*Jürgen Habermas*³⁹

*Versión publicada en Political theory – Habermas and Rawls
el 3 de abril.*⁴⁰

**Señor Habermas, ¿cómo experimenta Ud. la crisis del
Coronavirus?**

Solo puedo decir lo que tengo en mente estos días. Nuestras complejas sociedades se enfrentan constantemente a grandes incertidumbres, pero éstas se producen localmente y en diferentes momentos y son tratadas más o menos discretamente en un subsistema u otro por los expertos pertinentes. En cambio, la inseguridad existencial se está extendiendo ahora en forma global y simultánea, y esto en las mentes de los

³⁹ Filósofo y sociólogo alemán.

⁴⁰ <<http://habermas-rawls.blogspot.com/2020/04/interview-with-habermas-in-kolner-stadt.html>>. Publicada originalmente en alemán en Kölner Stadt-Anzeiger el 3 de abril. <<https://www.ksta.de/kultur/interview-mit-juergen-habermas-so-viel-wissen-ueber-unser-nichtwissen-gab-es-noch-nie-36507420>>. Por Markus Schwing.

propios individuos vinculados a los medios de comunicación. Se está informando a cada persona sobre los riesgos, porque el autoaislamiento de la persona individual con respecto a los sistemas de atención de la salud sobrecargados es la variable individual más importante en la lucha contra la pandemia. Además, la incertidumbre no solo se refiere a la gestión de los riesgos de la epidemia, sino también a las consecuencias económicas y sociales completamente imprevisibles.

A este respecto –según lo que uno sabe– a diferencia del virus, no hay ningún especialista que pueda evaluar por el momento estas consecuencias con certeza. Los expertos en ciencias económicas y sociales deben ser cautelosos a la hora de hacer pronósticos imprudentes. Una cosa puede uno decir: nunca se ha sabido tanto sobre nuestra ignorancia y sobre la compulsión de actuar y vivir bajo la incertidumbre.

He leído su nuevo libro *Auch eine Geschichte der Philosophie*⁴¹ en su tercera edición. Se trata de un éxito periodístico inusual para esta profesión, sobre todo porque el tema es todo menos simple: se trata de la génesis del pensamiento post-metafísico, de la relación entre la fe y el conocimiento en la tradición occidental del pensamiento, y de las complejas relaciones de herencia entre la religión y la filosofía en la modernidad. ¿Esperaba usted este éxito?

No piensas en eso cuando escribes un libro como este. Solo tienes miedo de cometer errores. Con cada capítulo piensas en la posible objeción de los expertos, que siempre están mejor informados sobre los detalles.

⁴¹ Editor: También una historia de la filosofía.

Yo mismo he notado un movimiento didáctico, repeticiones, flashbacks, resúmenes distanciados estructuran todo el asunto y proporcionan espacio para respirar. Parece que, a pesar de la complejidad del tema, quieren facilitar al lego en la materia la comprensión del mismo.

Hasta ahora, los lectores de mis libros probablemente se encontraban principalmente entre colegas académicos y estudiantes de diversas materias, también y especialmente entre profesores, algunos de los cuales enseñan ética y estudios sociales. Pero esta vez, durante estos primeros meses desde la publicación, me he encontrado con un público de lectores completamente diferente.

Por supuesto, aquellos que están interesados en el tema de la fe y el conocimiento, pero también personas que son generalmente reflexivas y que buscan consejo, incluyendo médicos, gerentes, abogados, etc. Parecen pensar que la filosofía es todavía un poco de rutina. Esto me satisface, porque una cierta sobreespecialización, que es particularmente perjudicial para el punto de vista del filósofo y para la profesión como tal, fue uno de mis motivos para esta empresa.

En el título de su obra, que se remonta a Herder, la palabra "también" (*Auch*) me confunde...

El "Auch" del título llama la atención del lector sobre el hecho de que ésta es solo una, aunque nueva, interpretación de la historia de la filosofía, entre otras posibles interpretaciones. Este gesto de modestia advierte al lector contra el malentendido de tomar en sus manos una historia exhaustiva o incluso definitiva de la filosofía.

Yo mismo sigo la línea de interpretación según la cual esta historia puede ser entendida como un proceso de aprendizaje desde la perspectiva de una cierta comprensión del pensamiento post-metafísico. Ningún autor puede evitar una cierta perspectiva; y en esta perspectiva, por supuesto, siempre se refleja algo de sus convicciones teóricas. Pero esto es solo la expresión de una conciencia falibilista (*fallibilistischen*) y no pretende de ninguna manera relativizar la afirmación de la verdad de mis declaraciones.

Uno también puede entender este "también" de manera diferente: sugiere la cuestión de la relación entre la historia de la filosofía y la cuestión de la fe y el conocimiento aquí. Tengo la impresión de que esta relación no está totalmente libre de tensión. Y esto puede deberse a que -especialmente en el segundo volumen- el tema de la fe y el conocimiento se pierde a veces de vista en favor de otros puntos focales, por ejemplo, la relación entre la moral (*Moralität*) y la decencia (*Sittlichkeit*).

Yo no opino así. Como filósofo, me interesa la cuestión de lo que podemos aprender del discurso sobre la fe y el conocimiento. El problema de la relación entre la moral y la decencia, que es una cuestión pendiente entre Kant y Hegel, ocupa un gran espacio precisamente por esta razón; pues este problema ha surgido de la apropiación simultáneamente secularizadora y radicalizadora del núcleo universalista de la ética cristiana del amor. El proceso de la traducción conceptual de los contenidos centrales de la tradición religiosa es mi tema, en este caso, por lo tanto, la apropiación post-metafísica de la idea de que todos los creyentes forman una comunidad universal y a la vez fraternal, y que cada uno de sus miembros

merece un tratamiento justo, teniendo en cuenta su individualidad única e inconfundible. Esta igualdad de cada uno no es una cuestión trivial, como vemos hoy en la crisis de Corona.

En el curso de la crisis hasta ahora, hemos podido observar, y en algunos países podemos observar, políticos que dudan en basar su estrategia en el principio de que el esfuerzo del Estado por salvar todas y cada una de las vidas humanas debe tener prioridad absoluta sobre una compensación utilitaria de los indeseables costes económicos que este objetivo puede conllevar.

Si el Estado diera rienda suelta a la epidemia para lograr rápidamente una inmunidad suficiente en toda la población, aceptaría el riesgo evitable del previsible colapso del sistema de salud y, por lo tanto, una proporción relativamente mayor de muertes. Mi "historia" también arroja luz sobre el trasfondo moral y filosófico de las estrategias actuales para hacer frente a tales crisis.

A la anterior le sigue la cuestión más general de la relación entre la historia de la filosofía y la filosofía de la historia en su obra. A largo plazo, el camino de desarrollo de la filosofía occidental parece ser relativamente consistente para usted, a pesar de todas las rupturas y nuevos enfoques. La narrativa subyacente es la génesis del pensamiento post-metafísico. ¿Pero no se compra esta consistencia también a expensas de las pérdidas?

Una historia convencional de la filosofía sin el irritante "también" se esfuerza por una completitud que, como dije, un solo autor no puede ni siquiera intentar. Sin embargo, la pretensión de buscar "procesos de aprendizaje", como si se tratara de una historia de las ciencias, revela una perspectiva bastante inusual. Por un lado, esto viola la

convicción platónica de que todos los grandes filósofos siempre piensan lo mismo de diferentes maneras, pero, por otro lado, también viola el escepticismo hacia cualquier concepto de progreso que supuestamente está históricamente iluminado hoy en día.

Yo también estoy lejos de un pensamiento histórico-filosófico de progreso. Si se elige como guía el "aprendizaje" en el sentido de "path-dependent", es decir, soluciones continuas a los problemas, esto no significa que a la historia de la filosofía se le impute una teleología. No hay ningún *telos* que pueda reconocerse con una "vista de la nada", sino solo "nuestra" vista de vuelta al camino de más o menos buenas razones, por las que se suceden las soluciones provisionales y luego históricamente siempre cuestionadas de un cierto tipo de problemas.

¿Pero no sugiere su libro la pregunta de si hay "progreso" en el pensamiento filosófico? Platt pregunta: ¿Es Kant "mejor" que Aristóteles?

Por supuesto que no, al igual que Einstein era "mejor" que Newton. No quiero desdibujar las considerables diferencias entre el pensamiento filosófico y el científico, ni quiero hablar de "progreso" en el mismo sentido. En ambos casos, de hecho, los enfoques y paradigmas teóricos "se vuelven obsoletos" de manera diferente. Pero los autores mencionados se han convertido en pioneros en cuanto a los problemas que han resuelto en su época a la luz de los temas en cuestión y de la información y las razones disponibles en ese momento. Han anulado las opiniones previamente válidas. Y se han convertido en pensadores clásicos, donde "clásico" significa: todavía

tienen algo que decirnos. La filosofía moderna de la ciencia también se basa todavía en las ideas del Segundo Análisis de Aristóteles, y la ética moderna en los conceptos de autonomía y justicia de Kant, aunque en el marco de los lenguajes teóricos cambiados.

Una y otra vez, muestran cómo los cambios de paradigma en la historia del pensamiento –como la ruptura con la visión mítica del mundo en el período del Eje– fueron el resultado del procesamiento de disonancias cognitivas y también de cambios "materiales" en la vida social de las respectivas culturas. Esto de alguna manera nos recuerda el esquema marxista de base/superestructura. Lo que no está muy claro para mí, incluso después de leerlo: En su opinión, ¿cuál es la relación entre el curso filosófico-histórico y la historia real? ¿Hasta qué punto dependen de ella y hasta qué punto la reivindican y se convierten en una autonomía relativa (o incluso se convierten ellos mismos en "fuerzas productivas", por así decirlo)? Hay un pasaje revelador sobre este problema en el Volumen 2 (p. 111): allí, en el contexto de las discusiones sobre John Locke y el liberalismo temprano, con el rechazo implícito de Lukacs y otros, se niegan a reducir la "formación de la teoría racional a una mera reflexión.

Creo que la lectura funcionalista de la teoría de Marx, según la cual todos los cambios culturales y sociales se deben en última instancia a los imperativos de la autoutilización del capital, es errónea de todos modos. Marx dijo que estos imperativos impulsan el desarrollo social. Y, al menos para la modernidad social, hay cierta plausibilidad de que la economía capitalista haya asumido un papel de liderazgo evolutivo. Pero esto no significa una dependencia causal unilateral continua. Por otra parte, la historia de la filosofía no puede explicarse

solo por cuestiones internas y soluciones de problemas, como sugirió Nicolai Hartmann, por ejemplo, con su concepto de historia de los problemas. Desde el principio, la filosofía está entretejida con la autocomprensión de su respectiva sociedad.

En nuestras sociedades modernas, por ejemplo, la necesidad de legitimar el poder estatal secularizado, es decir, la forma constitucional del orden político debe ser discutida sobre bases filosóficamente plausibles, en última instancia con la justificación de los derechos humanos. En la medida en que la filosofía cumple de este modo también funciones de integración social, su desarrollo no puede considerarse independientemente de las crisis sociales.

Esto se aplica principalmente a la filosofía práctica, mientras que la filosofía teórica depende del estado y la naturaleza del conocimiento empírico de la naturaleza y la sociedad disponible en un momento dado. Durante mucho tiempo, esta acumulación de conocimiento mundial se ha procesado dentro del marco conceptual de la propia filosofía. Pero como las ciencias naturales modernas se han emancipado de ella, la filosofía ha tenido que reaccionar a los avances científicos en los que ya no participa por iniciativa propia, es decir, a los avances en la física y la astronomía, en la teoría de la evolución y la genética y, finalmente, en las ciencias cognitivas y la cibernética.

En estos dos flancos abiertos, el desarrollo del pensamiento, que de otra manera estaría determinado por sus problemas generados internamente, es constantemente desafiado. La filosofía a veces incluso

tiene que reaccionar ante esos desafíos reestructurando su marco conceptual básico.

¿Qué relación ve usted mismo entre su anterior libro filosófico-histórico "El discurso filosófico de la modernidad" y su nueva obra? El punto en común me parece que es la figura hegeliana de pensamiento de "cierta negación": El progreso del pensamiento filosófico es una historia de negaciones. El "discurso filosófico" era sobre la salida de un callejón sin salida al que ha conducido una crítica radicalizada de la filosofía de la razón centrada en el sujeto. La solución en ese momento, si recuerdo bien, fue la reorientación teórica de la comunicación del paradigma de la racionalidad. Así, su propia filosofía se convirtió en la salida de la aporía descrita anteriormente. Es comprensible, pero también lamentable, que no continúe su presentación hasta el día de hoy. Sin embargo, su propia filosofía quiere aparecer al lector como una piedra angular –no nombrada como tal– en la bóveda de sus derivaciones filosófico-históricas.

No lo veo tan estrechamente. Entiendo la constelación de Hume y Kant, que explico a partir del discurso sobre la fe y el conocimiento, como una encrucijada de dos tradiciones. El uno se limita a un concepto más estrecho de la razón teórica adaptado a la verdad de las afirmaciones fácticas y, en su caso, a un concepto correspondiente de racionalidad práctica. La otra tradición también tiene en cuenta la obstinación racional de las cuestiones morales y jurídicas, éticas y estéticas y desarrolla un concepto global de la razón sobre la base del intercambio discursivo de las razones correspondientes. Pero en realidad solo entro en mi concepto de racionalidad comunicativa en la segunda parte del epílogo, y lo marco claramente.

El libro termina con el curso establecido por Feuerbach, Marx, Kierkegaard y Peirce después del colapso del sistema hegeliano en el curso del siglo XIX. Lo que realmente me preocupa aquí es el marco conceptual básico común en el que estos jóvenes y post-hegelianos iniciaron escuelas de pensamiento antropológico, socio-teórico, existencial-filosófico y pragmático bastante diferentes. No he seguido estos enfoques filosóficos que se desarrollaron en el siglo XX. Sin embargo, en el tratamiento de Peirce hice hincapié en la figura de pensamiento que es decisiva para el concepto de razón comunicativa al final: el contenido idealizador de las condiciones previas pragmáticas necesarias, que debemos hacer en el examen argumentativo de las reivindicaciones de verdad y otras reivindicaciones de validez, sobrepasa la realidad; pero al mismo tiempo, este contenido despliega su efecto operativo en nuestras prácticas sociales y deja –en forma de procesos de aprendizaje– huellas de la razón en la historia.

Noto en usted una fuerte simpatía por los procesos de pensamiento filosófico de la Edad Media cristiana, algo que no sospechaba al principio. ¿Esta simpatía es quizás el resultado de un proceso de aprendizaje que le sorprende incluso a usted?

Ya había tratado con Tomás en mi última conferencia antes de mi retiro, que fue hace mucho tiempo. En ese momento ya estaba fascinado por el poder constructivo y la consistencia interna de este gran sistema. Ahora, leer a Dun Scotus y William de Ockham me ha impresionado de manera similar. Sí, estos son procesos de aprendizaje de recuperación, pero si observo correctamente, solo estoy entrando en una tendencia de investigación de larga data

de revalorización de la alta Edad Media, que se han acercado a la edad moderna

Sin embargo, respondería a la pregunta de qué figura de la historia de la filosofía en su presentación tiene el mayor potencial de identificación para usted: Spinoza. Hay secciones del capítulo de Spinoza donde yo diría espontáneamente donde Habermas se describe a sí mismo.

Eso me sorprende un poco. Pero el intérprete puede entender a un autor mejor que él mismo. Hay algo de lo que me he dado cuenta recién ahora mientras leía a Spinoza. Con el trasfondo de la historia de los Maranen - aquellos judíos españoles perseguidos que se convirtieron a la fe católica bajo la presión del rey español- entendí por qué Spinoza disfrutaba de una veneración casi mayor que Kant en las casas paternas germano-judías burguesas de tantos intelectuales del siglo xx.

Leo Strauß ha informado sobre esto en la introducción de la traducción inglesa de su libro de Spinoza. Spinoza no era el ateo apóstata y planificado que fue perseguido en su tiempo, sino el honesto filósofo de la Ilustración, que no negó la sustancia de sus orígenes religiosos siempre y cuando hubiera buenas razones para ello, sino que la "abolió" en el sentido hegeliano. De hecho, tengo simpatía por esto. Desde el punto de vista de la historia de la realidad, el pensamiento de Spinoza, sobre todo a través de la filosofía natural del joven Schelling, también entró en los inicios del gran movimiento especulativo del idealismo alemán.

Usted mismo expresa la comprensión prospectiva para los lectores que extrañan a Nietzsche en su libro. A los que pertenezco, francamente, también. Usted afirma la "brecha de la autopercepción" con respecto a la "discusión estética", pero me parece que, especialmente en el contexto de la teología de "Dios ha muerto", Nietzsche habría encajado perfectamente en el tema central "fe y conocimiento".

Todo adolescente susceptible a la literatura habrá declamado una vez su Nietzsche en voz alta, yo también. Pero después de la guerra, Nietzsche, que había sido celebrado como filósofo del estado en la era nacionalsocialista con su "voluntad de poder" interpretada socialmente por los darwinistas, estaba todavía demasiado cerca. Por esta razón política, fui inoculado contra una resaca constante de esta prosa. Incluso después de haber conocido mejor sus lados urbanos desde la perspectiva francesa, me mantuve alejado de este autor, excepto por sus pensamientos epistemológicos-antropológicos.

También por razones de hecho, la "Genealogía del Cristianismo" no me convence, ni siquiera como un impulso para pensar; Nietzsche revela en ella una relación demasiado libre con su sujeto. En realidad, solo estoy interesado en un cierto aspecto de su historia de influencia, que sin embargo no encajaría en el marco temporal de mi proyecto, y esto es por la fatal tendencia de algunos filósofos a sublimar las experiencias religiosas suprimidas en la estética, por así decirlo.

Usted usa repetidamente la fórmula del "ateísmo de masas" en las sociedades occidentales modernas. No sé si es así, pero suena irrespetuoso. Como si la masa de ciudadanos seculares no hubiera sido iluminada por la iluminación, no al nivel de lo que está "realmente" a la orden del día. Esto me parecería interesante en la medida en que confirma su tendencia general a posicionarse transversalmente al espíritu de la época, es decir, decididamente "mundano", ya que esto no era todavía tan popular, y con una crítica igual de decidida cuando lo "mundano" se convierte en la corriente principal no reflejada.

Me siento incomprendido con eso. Con el término sociológico "ateísmo de masas" quiero referirme solo al aspecto cuantitativo del decreciente poder vinculante de las iglesias, que observamos hoy en día particularmente en las sociedades de Europa Occidental y Central, y que se trata en el primer capítulo. Pero usted está empalando una actitud que yo mismo describiría con el término "laicismo" (*säkularistisch*), usado críticamente.

Estrategias de manejo para los costos socio-económicos de la pandemia COVID-19

Claudius Gros, Roser Valenti,
Kilian Valenti, Daniel Gros

Reseña publicada por Goethe Universität, el 3 de abril.⁴²
Traducción de Marcelo Alarcón A.

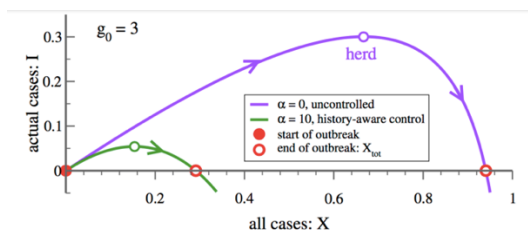


Figure 1: Representation of an epidemic outbreak. For the continuous-time SIR model a closed expression $I = I(X)$ between the fraction I/X of actual/overall cases exists, see Eq. 15. Shown is $I(X)$, for two cases, both with an intrinsic reproduction factor of $g_0 = 3$ and $\alpha = 0$ (no control) and $\alpha = 10$ (with intermediate history-aware control). The number of infections is maximal at I_{\max} , after starting at $X = I = 0$, with the epidemic ending when the number of actual cases drops to zero. At this point the number of infected reaches X_{tot} . For the unchecked case, $\alpha = 0$, herd immunity is attained at $I_{\max} \approx 0.3$. The final number of infected is 94%, viz $X_{\text{tot}} = 0.94$.

La decisión gubernamental sobre cuándo relajar las medidas de distanciamiento social no debe depender solo del último número de casos. Un estudio conjunto de

⁴² Reseña: <<https://aktuelles.uni-frankfurt.de/englisch/costs-of-the-corona-crisis-new-study-on-the-socio-economic-effects-of-social-distancing/>>. Estudio completo en inglés: <<https://arxiv.org/pdf/2004.00493.pdf>>.

física teórica, economía y medicina de la Universidad de Goethe, la Universidad de California Berkeley y el Hospital Vivantes de Berlín muestra que es necesario tener en cuenta urgentemente otros criterios.

Los gobiernos deben prestar atención a la situación general y no solo a las nuevas cifras de casos que se comunican diariamente. Si las medidas se flexibilizan demasiado pronto, la epidemia tendría un impacto más fuerte y los costos generales aumentarían sustancialmente según los autores del nuevo estudio, que se publica en línea por adelantado debido a su naturaleza explosiva. Según el estudio, lo óptimo sería mantener un distanciamiento social estricto, al menos hasta que el número de casos haya disminuido lo suficiente en proporción a las capacidades de prueba para permitir un seguimiento exhaustivo de los casos individuales.

Para seguir gestionando la actual pandemia de COVID-19, es fundamental disponer de estimaciones con base científica de los costos subsiguientes de las diferentes estrategias de gestión. Es necesaria una combinación de simulaciones numéricas y cálculos de costos económicos, como han elaborado el profesor Claudius Gros y la profesora Rose Valenti, del Instituto de Física Teórica de la Universidad de Goethe, en un estudio junto con el Dr. Daniel Gros (profesor visitante de la UC Berkeley/Director del CEPS de Bruselas) y Kilian Valenti (Hospital Vivantes de Berlín).⁴³

Los investigadores descubrieron que una política que reacciona ante el número cada vez mayor de casos conlleva unos costes globales más elevados que una

⁴³ Aquí el estudio completo en inglés: <<https://arxiv.org/abs/2004.00493>>.

política orientada al número total de casos pasados y que también tiene en cuenta otros factores.

La epidemia de COVID-19 está teniendo un efecto de proporciones hasta ahora desconocidas en la sociedad y la economía que, en gran medida, han sido "cerradas": se cierran escuelas, solo pueden permanecer abiertos cierto tipo de negocios, y se supone que la gente se queda en casa en la medida de lo posible. Los modelos epidemiológicos tienen que tomar la retroalimentación de este distanciamiento social y otras reacciones en la dinámica de la propagación del virus.

En el documento, que se presentó por adelantado el 2 de abril, los autores introducen un nuevo modelo epidemiológico que amplía el modelo típico de SIR (Susceptible, Infectado, Recuperado) mediante otro parámetro de retroalimentación.

El nuevo modelo permite estudiar dos estrategias diferentes, dependiendo de si los actores políticos dirigen su atención al número diario de casos ("miope") o si las decisiones se toman en función de la evolución general de la epidemia ("consciente de la historia").

Los autores demuestran que solo la segunda estrategia tiene el potencial de contener ampliamente la epidemia. Las actuales medidas de bloqueo no deben suavizarse (*loosened*) simplemente debido a la disminución del número de casos, a menos que sea posible sustituirlas por medidas alternativas que tengan un potencial de contención comparable.

"Inmunidad colectiva" (*herd*, manada, multitud) es un término ampliamente utilizado en el público, que significa el punto en el que el número de nuevas infecciones deja de aumentar. Según muchas estimaciones, en el caso de

COVID-19 este punto se alcanzaría cuando el 66% de la población se hubiera infectado. Se asume frecuentemente que la epidemia será esencialmente superada en este punto. Sin embargo, los autores de este estudio señalan que, aunque la inmunidad colectiva significa que el número de nuevas infecciones diarias se reducirá, el número total de casos seguirá creciendo y otro 28 por ciento de la población se infectará. Solo el seis por ciento se salvaría de una infección.

Los costos económicos totales tienen cuatro componentes: horas de trabajo perdidas, costos médicos, "valor de la vida" (el resto de la vida esperada que ya no se produce se incluye aquí como pérdida), y costos de distanciamiento social (es decir, las pérdidas económicas debidas a una actividad económica limitada).

Si se permitiera que la epidemia siguiera su curso libremente, se producirían unos costos totales de aproximadamente 1,1 billones de euros –sin mencionar las cuestiones éticas– que corresponden al 30% del producto interno bruto (PIB) alemán. Si no se incluye el valor económico de la vida, los costos de una epidemia no controlada seguirían ascendiendo al 14% del PIB, es decir, unos 480 millones de euros. Medidas estrictas reducen este valor a la mitad.

Sin embargo, los costos sociales de las medidas de distanciamiento social tienen que ser aceptados. Si solo se consideran los costos reales y se excluye el valor económico de la vida humana, las estrategias intermedias son las que peor funcionan según esta publicación. Cuando se trata de una pandemia mundial, el camino intermedio no es de oro. Basándose en sus cálculos, los autores sostienen que las medidas estrictas deben

mantenerse hasta que el número de nuevas infecciones haya disminuido lo suficiente como para hacer posible una prueba del entorno completo. Esto, sin embargo, requeriría un aumento significativo de las capacidades de prueba.

Filosofía y Coronavirus: ideas en debate

*Agustín Squella, Carlos Peña,
Pablo Oyarzún, Diana Aurenque*

Publicado en Diario La Tercera el 04 de abril.⁴⁴

*Agustín Squella, premio Nacional de Humanidades:
“Nuestro deber es redescubrir la fraternidad”*

No sabe cómo dimensionarla, pero está convencido de que atravesamos una crisis de grandes proporciones. “Y lo estoy viviendo como todos: con estupefacción, con dolor, con temor, con ese malestar y ansiedad que se sienten cuando la normalidad se interrumpe brusca y prolongadamente”, dice Agustín Squella.

El premio Nacional de Humanidades observa a muchos pensadores “sobreexcitados, pronosticando todo tipo de desmesuras”. El no cree que la vida cambie sustantivamente tras la epidemia. “Después de la crisis volveremos a ser el amasijo de virtudes y defectos que

⁴⁴ <<https://culto.latercera.com/2020/04/04/filosofia-coronavirus-ideas-debate/>>. Por Andrés Gómez Bravo.

somos todos los individuos, y los gobernantes de las grandes naciones van a continuar pensando en estas y no en el conjunto del planeta”.

¿Comparte las teorías de Žizek o Byung-Chul Han?

Ahí tiene usted dos ejemplos de sobreexcitados, especialmente Žizek. Este anda hace rato en la lógica de algunos intelectuales: no termina de acontecer algo y ellos corren a notificarnos por los medios cómo tenemos que entenderlo. Pura ansiedad no más. Más ímpetu expresivo que auténtica reflexión. Byung-Chul Han, otro pensador potente, peca a veces de lo mismo.

Žizek ha planteado que la salida a la crisis pasa por un comunismo reinventado. “¡No, por favor!”, dice Squella. “Antes de hablar de un nuevo comunismo el viejo tendría que hacerse cargo de su biografía, en la que hay más víctimas que las del coronavirus. Žizek podría estar aprovechando la pesadilla que estamos viviendo para retomar el sueño comunista que alguna vez pudo tener y que hoy es una pieza de arqueología”.

¿Traerá el virus un contagio de solidaridad, como dice Žizek?

Dios oiga a Žizek, en serio, pero que no se trate del tipo de solidaridad en cuyo nombre el comunismo sofocó la libertad y redujo la solidaridad al círculo muy estrecho y secreto de sus jerarcas. Con palabras de Octavio Paz, para nada sospechoso de izquierdismo: la fraternidad es la gran ausente de las sociedades capitalistas contemporáneas, y nuestro deber es redescubrirla y ejercitarla. ¿Lo haremos esta vez?”.

Carlos Peña, rector UDP: "No creo que la crisis estimule la solidaridad"

"No cabe duda que estamos en presencia de un momento excepcional", dice Carlos Peña. Pero el rector de la UDP recuerda que la humanidad suele enfrentarse a fenómenos que la desafían. "Lo excepcional hoy es quizá el carácter global que proviene no tanto de la extensión del contagio, como de la extensión del miedo que la mayor cantidad de información provoca", dice. "Cada época necesita de sus fantasmas aterradores. Ya se disipará este y vendrá otro que lo sustituya".

Doctor en filosofía, Peña es escéptico respecto de un cambio en nuestras formas de vida producto de la crisis: "Pasará este momento y volveremos a las fantasías y las ilusiones de siempre ¿Acaso alguien cree de veras que la naturaleza humana se modificará como consecuencia de una peste?".

Respecto del eventual shock mortal que viviría el capitalismo, comenta: "Zizek ha sostenido una tesis más bien débil: ha dicho que la actual crisis enseña la necesidad de contar con una coordinación global de los mercados y de límites a los estados nacionales. Obsérvese que no dice que la crisis producirá eso. Solo afirma que enseña o muestra la necesidad de hacerlo. Pero esa tesis no es nueva. Sí, es cierto que el mundo sería mejor si los mercados y los estados se coordinaran. Esa tesis la sostuvo Kant antes que el coronavirus apareciera (en su escrito sobre la Paz Perpetua). Así que, al margen de los deseos, creo que Byung-Chul Han acabará teniendo la razón".

“Comunismo reinventado o barbarie”, dice Zizek.

Cuando Zizek habla de comunismo se refiere en verdad a un liberalismo más consciente de los requisitos que lo hacen posible... En realidad, lo que dice es: o cultivamos un liberalismo preocupado de las condiciones que lo hacen posible o tendremos la barbarie. Y no puedo estar más de acuerdo en eso. El liberalismo no es dejar a los seres humanos a sus anchas, sino regular sus interacciones en condiciones de igual libertad. Y eso requiere la ley, no un estado de naturaleza. Es eso o la barbarie.

El ensayista desconfía también de una epidemia solidaria a raíz de la crisis: “En vez de solidaridad y cooperación lo que este tipo de fenómenos desgraciadamente desatan es el egoísmo, la preocupación ante todo por sí mismo y el cálculo utilitario de cuántas vidas merece la pena hacer esfuerzos para salvarlas. Así que no creo que esto que estamos viviendo estimule la justicia o la solidaridad. Lo desearía, pero no creo que vaya a ocurrir”.

Pablo Oyarzún, académico filosofía U. de Chile: “Siempre estamos al borde de algo”

Al hablar de la actual emergencia, el filósofo Pablo Oyarzún recuerda “la catástrofe humanitaria cotidiana” de sectores vulnerables y grupos marginados. “La pandemia, alterando tan agudamente nuestras vidas y mostrándonos que al fin y al cabo son esencialmente vulnerables, debería hacernos reparar en esta vulneración y este horror continuos”, dice.

¿Cómo será la vida tras el fin de la epidemia?

“La vida nunca es la misma”, dice. Y los seres humanos suelen adaptarse “a circunstancias dramáticamente alteradas y producir una suerte de nueva ‘normalidad’”, observa. Así ocurrió con el estallido social, recuerda, cuando se hablaba de retomar la “normalidad”, una normalidad de desigualdades que fue el motivo de la protesta. “Ahora parecíamos adaptarnos a la ‘normalidad’ del confinamiento. Pero no hay tal ‘normalidad’, solo una sorda resistencia a admitir que siempre estamos al borde de algo, quizá porque saberlo y sentirlo en todo momento sería intolerable”, añade.

Pablo Oyarzún opina que las tesis de Zizek y Byung-Chul Han son apresuradas. Que no hay tendencias claras en este minuto y que las hipótesis hoy se mueven entre dos extremos: “O bien una ciudadanía empoderada hasta el punto de la autogestión o bien Estado totalitario y vigilante del tipo *big brother*”. Entre ambos, hay una infinidad de posibilidades. Sí observa una sensibilidad común en los análisis que circulan: “Es la sensación de estar al final de un gran ciclo histórico, que se podría describir como una época de la configuración de lo social y de la vida humana misma, caracterizada por la relación contractual. Se puede llamar a esa época ‘moderna’, pero no para sostener que estamos, como se supone que estamos, en tantas otras cosas, en una especie de ‘post’. Es algo mucho más radical que eso”, asegura.

¿Qué lecciones le deja esta crisis?

Quizá podría decir que vuelvo a aprender la profundidad que tiene en uno la necesidad de las otras y los otros, del contacto, la cercanía, la mirada, la viva voz.

Diana Aurenque, académica filosofía Usach: “El capitalismo podría transformarse”

Especialista en filosofía y bioética, Dina Aurenque no se olvida de otras crisis al momento de referirse al coronavirus: la crisis migratoria y la climática. La académica de la Usach piensa que es imprescindible encontrar las respuestas científicas a la pandemia y consensuar formas de vida social: “El después de la pandemia dependerá en gran parte de cómo asumimos esta fase, donde generaremos una pseudo-normalidad”.

Respecto de la controversia Zizek, Byung-Chul Han, afirma: “El capitalismo tiene formas de adaptarse y mutar mucho más rápidas que las especies. Como Han, no creo que esta pandemia haga colapsar al capitalismo, sino más bien, le permitirá transformarse. Pero esa transformación bien podría tomar por base, y aquí sí concuerdo con Zizek, valores más comunitarios y por ello, solidarios. Han parece no aceptar que la solidaridad que se desprende de la actual pandemia no es ni ingenua ni utópica –como dice también Zizek–. Se trata de una, por así decirlo, solidaridad cívica”.

“Zizek ve en la pandemia dos salidas”, prosigue, “una amoral, natural, que se oriente a la lucha vitalista donde sobrevive el más fuerte y mueren los más débiles (los enfermos y más viejos), que denomina barbarie; o bien la

salida que denomina comunismo orientada a la solidaridad y cooperación de los pueblos. Me inclino por ésta última, por pensar que la situación exige a los Estados ser fuertes, a fijar precios y acceso a servicios, a controlar a los bancos y obligar a empleadores a cumplir deberes; además de determinar acciones que controlen el contagio, pero también que aseguren a las personas un mínimo de calidad de vida. Si gracias a este nuevo comunismo, las personas en Chile, por ejemplo., podrán cumplir el requerimiento sanitario de quedarse en casa, recibiendo un sueldo que les permita vivir y no endeudarse ni enfermar, ¿quién rechazaría esta solución”.

¿Qué lecciones personales saca de esta crisis?

Que la idea de normalidad es una utopía y que la crisis será, posiblemente, el estado permanente de un mundo hiperconectado, hiperpoblado, hipocondríaco e hiperfrágil.

Fin de un mundo

*Manuel Castells*⁴⁵

*Publicado en La Vanguardia el 4 de abril.*⁴⁶

El equipo de gestión de la crisis sanitaria nombrado por Trump elabora, como otros países, modelos predictivos de la evolución de la epidemia. Según sus proyecciones, si no se hiciera nada (o sea, si se hubiera seguido la opinión del presidente hace cosa de un mes), podría haber entre 1.600.000 y 2.200.000 muertos por Covid-19 en Estados Unidos. Cifra que comparar con los 400.000 soldados norteamericanos que murieron en la atroz Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, con medidas de confinamiento estricto en los próximos 30 días, confían en reducir esas muertes a una horquilla de entre 100.000 y 200.000 muertos en los próximos meses.

Claro que esperan rebajar la cifra, pero aún en su nivel más bajo, con decenas de millones de contagiados, Estados Unidos aparece ahora como el epicentro de la

⁴⁵ Sociólogo, economista y profesor universitario español. Ministro de Universidades del Gobierno de España desde 2020.

⁴⁶ <<https://www.lavanguardia.com/opinion/20200404/48287445172/fin-de-un-mundo.html>>.

pandemia. Las consecuencias humanas son terroríficas. Pero, además, las consecuencias económicas y sociales de este desplome de Estados Unidos alcanzarán el conjunto de un planeta globalizado cuyo centro sigue siendo Estados Unidos.

¿Por qué de repente se ha producido esta catastrófica evolución al tiempo que la epidemia remitía en China y en Corea? Por la misma razón que la epidemia se hizo pandemia: nuestra interconexión global, el trasiego constante de personas y mercancías entre todos los países, con muchos de estos intercambios teniendo por origen y destino las grandes metrópolis norteamericanas. Es más, en el interior de Estados Unidos, millones de pasajeros circulan diariamente en aviones que forman la más densa red de tráfico aéreo del planeta. No hay trenes, los autobuses son para los pobres y el viaje de larga distancia en automóvil se limita a los periodos vacacionales. Y los aviones son un medio patógeno para toda clase de virus y también para este. La Babel del siglo XXI, en sus múltiples megalópolis es, paradójicamente, el territorio más vulnerable del planeta. Aunque ya veremos qué pasa en África, América Latina e India.

Pero hay más: el pésimo sistema de salud pública estadounidense, con millones sin seguro, en el que coexisten la mejor medicina tecnológica del mundo (para quienes pueden pagar) con una mediocre medicina semi-pública, donde los hospitales cobraban hasta hace poco 3.000 dólares por un test de coronavirus. También influye la dejadez de los responsables políticos, incapaces de reaccionar a tiempo, desdeñando las advertencias que llegaban de China. Decían: esto no es China. Ciertamente, pero el virus no lo sabe. "Virus chino", lo llamaba Donald Trump.

Ahora lo considera cuestión de vida o muerte para el país. Y lo es.

De la diferente actitud de responsables regionales se derivan grandes diferencias en la expansión del contagio. California y el estado de Washington, con gobernadores demócratas progresistas, adoptaron medidas de confinamiento hace un mes. Las escuelas y universidades cerraron y pasaron a la enseñanza online. Se suspendieron los acontecimientos deportivos y espectáculos. En fin, hicieron lo que hicimos en nuestro país gradualmente. Nueva York y su área metropolitana fueron más lentos en reaccionar. Y además es el principal nodo de los flujos globales que convergen en Estados Unidos. Nueva York se ha convertido en el Wuhan de Estados Unidos. Pero que a nadie se le ocurra pedir el confinamiento territorial. Cada estado de la unión tiene autonomía casi total para aplicar sus propias medidas. Y como el virus no conoce fronteras se va expandiendo sin impedimento, contagiando otras áreas metropolitanas distintas, porque la estructura espacial funciona por relaciones intermetropolitanas, no por contigüidad territorial.

En situación de extrema emergencia, el Gobierno federal podría imponer una política centralizada, pero es improbable. En lugar de eso, los estados y municipios suplican al Gobierno ayuda financiera, militar o de equipamiento. Trump ordenó a las fábricas de automóviles producir respiradores, tan escasos como en el resto del mundo, pero de momento se practica una política selectiva en los hospitales de reservarlos a los que se pueden salvar y de trasladarlos entre distintas regiones conforme se desplaza la muerte. Mientras tanto, la ciencia

trabaja para encontrar remedios y vacuna. Pero aún está lejos.

El colapso sanitario se extiende a la economía. Y de ahí a la economía mundial. A la producción dependiente de cadenas globales de producción, al consumo, con demanda decreciente por el confinamiento y el miedo al futuro, a la inversión, a pesar del 0% de interés de la Fed porque la incertidumbre es absoluta, y a los mercados de *commodities*, con precios por los suelos, sobre todo el petróleo, porque Rusia y Arabia Saudita eligieron este momento para un duelo suicida a la baja. Lo cual nos iría bien a nosotros si no fuera que no podemos viajar.

La OCDE estima que, en los países desarrollados, cada mes de confinamiento reduce el crecimiento del PIB en dos puntos. Calculen. Entramos sin lugar a dudas en una profunda y larga recesión mundial que se convertirá en una crisis financiera peor que la del 2008 porque las empresas se habían vuelto a endeudar pensando que de nuevo todo era jaja. Y en medio de todo eso, y a pesar de todo, China ha detenido la expansión del virus (aunque acecha todavía) y aún va a crecer al 2%. Eso indica un cambio fundamental de hegemonía mundial.

No es el fin del mundo. Pero es el fin de un mundo. Del mundo en el que habíamos vivido hasta ahora.

Que nos está pasando y que está por venir

León Cohen⁴⁷

*Publicado en La Tercera el 4 de abril.*⁴⁸

Junto con la angustia, curiosamente, también veo una serie de comentarios positivos. Se habla de la pandemia, de las muertes, del contagio, de los peligros –obviamente que todo esto es negativo, genera miedo–, pero las personas no están hablando siempre de eso, ya que están saturados con las noticias y con los chats. Como la mayor parte de la gente tiene claras las cosas más gruesas, hablan de otras cosas, de temas nuevos respecto de lo que han estado viviendo, inéditos para ellos: rutinas domésticas que dan espacio para compartir, distribución de nuevas tareas, conversaciones originales en la familia, colaboración y amabilidad, antes infrecuentes, e incluso aquellos que son solos han tenido un encuentro diferente consigo mismos. Esta situación ha llevado

⁴⁷ Profesor y Psiquiatra.

⁴⁸ <<https://www.latercera.com/la-tercera-domingo/noticia/leon-cohen-siquiatra-a-medida-que-avanza-el-mes-a-la-angustia-se-va-a-sumar-un-miedo-creciente/H33WMJLABNA6VCQNNJ5Z4FIVE/>>. Por María José O'Shea.

espontáneamente a una especie de acuerdo social, en este caso familiar, que tiene un aspecto positivo. Ojalá que persista.

¿Y no será porque estamos partiendo acá en Chile?

Estamos en los inicios, pero la mayor parte de nosotros estamos informados de lo que está ocurriendo en aquellos países que ya llevan un tiempo en esto. Y diría que lo que va a ir aumentando a través del tiempo es el miedo. Más que la angustia. La muerte concreta estará más presente y más cerca de cada familia. Por ahora, es angustia, esa desazón profunda frente al atacante invisible y múltiple.

¿Podría distinguir bien qué es el miedo, qué es la ansiedad y lo que es la angustia?

El miedo es una emoción de alerta frente a lo amenazante que puede aparecer o que vemos en la realidad concreta, como en un camino oscuro donde uno puede ser asaltado. También sentimos miedo frente a amenazas internas, pensamientos, fantasías que aparecen y nos perturban e incluso nos enferman, como es en la hipocondría o en el ataque de pánico.

La situación actual es peor, porque se trata de una amenaza invisible. Que está en todas partes, en mayor o menor densidad. Que además nos invade a todos, a todo el planeta. Es una pesadilla enloquecedora que nos lleva a angustias primitivas, cercanas a las que se sienten en la psicosis, en la locura, una sensación de ser perseguidos por todos lados.

El enemigo poderoso e invisible, que dijo el Presidente para el estallido social.

Para él ese estallido era muy perturbador e inesperado, pero el actual es enloquecedor. Por ello, tampoco son alienígenas, como dijo la primera dama, porque, por lo menos en todas las películas, estos se ven. Este virus no se ve. Te invade, te parasita, se mete en tus células, se replica ahí, se multiplica, sale de ahí, destruyendo, para seguir invadiendo. Y que sean parásitos llama la atención. Hace poco estábamos hablando mucho de parásitos a raíz de la película coreana o de los políticos. Es curioso cómo los conceptos del imaginario colectivo toman una corporeidad siniestra.

Es tan así que el virus es un enemigo que adquiere características místicas, primarias, medievales. Como decía antes, nos lleva más allá del miedo. Junto con esto nos produce una angustia muy primaria, que es el tipo de angustia que se da en los estados psicóticos. Por ejemplo, vas por la calle y te pones a pensar que te bajas del auto y estás pisando un suelo infectado, y se te están metiendo por tu nariz, por tu boca, por tus ojos. Ese funcionamiento cuasipsicótico es cercano a lo que sufren algunas personas afectadas por Trastorno Obsesivo Compulsivo, que están viviendo la angustia tremenda de que en todas partes habría enemigos invisibles que pueden destruirte. Y es un enemigo tan poderoso y tan invisible que solamente hay una manera de enfrentarlo.

Magia y ave marías

¿Cuál?

La magia. Esa persona, en ese estado, piensa que está contaminada y no tienes otra posibilidad para exorcizar todo eso que decir “bueno, si digo tres avemarías, se me va a pasar”, o “si cuento del 1 al 10 al revés”. Y así me alivio.

Claro, pero en este caso no es un delirio, como en el TOC. El virus es real.

-El problema es que en la magia la mente te dice “niégalo”. Por lo tanto, es peligroso cuando una señora que está infectada entra al Jumbo porque está negando la situación. No es que sea mala, es que no quiere pensar en el tema. Incluso, aunque sea doctora y sepa que sí va a contagiar, piensa que no.

La magia del autoconvencimiento ciego y voluntarista: va más allá de tu inteligencia y de tu saber científico, y te lleva a una convicción para tranquilizarte. Esta negación está a la base de lo que se llama la defensa maníaca. Entonces tú, para no sentir la angustia de desesperación, te sientes estupendo, que estás bien, que no haces nada malo.

Como la gente que sigue juntándose.

En la Edad Media las fiestas apocalípticas no eran infrecuentes. Había orgías apocalípticas, donde todo está permitido, porque está ahí el fin de mundo. Eso es lo que se llama la defensa maníaca: en forma omnipotente y negadora se entra a una euforia, para entonces dejar atrás

toda la tremenda angustia y miedo que genera la situación. La defensa maníaca te puede llevar a conductas impulsivas. Por ejemplo, si yo estoy un poco ansioso e impulsivo, pero no lo reconozco, entonces de repente se me ocurre decir que el valor de la cama en el Espacio Riesco es menos que lo que gana un parlamentario, algo así, y esto produce un conflicto serio a nivel de las autoridades, cuya calma y contención espera la población asustada. ¿Por qué dijiste eso? Porque la ansiedad que tienes, que no la reconoces, te arrastra, te impide pensar y darte cuenta de las consecuencias que tus palabras van a provocar. No es falta de inteligencia, es una dificultad para la contención emocional del mundo interno. A todos nos pasa, pero cuando se trata de autoridades, todo ello termina siendo un acelerante de la curva exponencial de miedo.

¿Usted ve al Presidente en un estado de negación o defensa maníaca?

Curiosamente, lo he visto mejor de lo que se habría podido esperar. Creo que él ha hecho todo un esfuerzo para mantenerse lo más firme posible para no caer en las piñericosas, para no caer en este tipo de cosas. En este momento hay que dejar de lado las diferencias ideológicas, políticas, socioeconómicas. Esto nos contagia y nos mata. Ayudarnos mutuamente sirve para enfrentar nuestros errores, debilidades y egoísmos.

En la Edad Media las fiestas apocalípticas no eran infrecuentes. Había orgías apocalípticas, donde todo está permitido, porque está ahí el fin de mundo. Eso es lo que

se llama la defensa maníaca: en forma omnipotente y negadora se entra a una euforia". dice el psicoanalista.

¿Cuál es la diferencia entre angustia y ansiedad? Una vez leí un artículo que decía que la ansiedad es la representación física de la angustia.

La angustia tiene más que ver con una especie de desazón permanente. La ansiedad está mucho más ligada con un estado de estrés, un estado de alerta, y está más asociada con el miedo, con lo que viene. Ahora, curiosamente, la angustia te permite valorar más los vínculos con las personas que tú quieres. Poco antes de la cuarentena y con el virus ya presente, noté una cosa bien especial que no es tan frecuente aquí en Chile. ¿Sabes qué es? Que la gente estaba siendo amable.

¿Eso tendrá que ver con la cercanía de la muerte y la enfermedad?

No es algo consciente, pero sí creo que la muerte invasora puede desplomar nuestro narcisismo y, sin vergüenza, movernos en busca de ayuda y amor. Ahora, encerrados en la cuarentena, más protegidos, pero más expuestos a nosotros mismos, corremos el riesgo de que la ansiedad, la impulsividad y la irritabilidad aparezcan en la cotidianeidad.

Lo normal en nosotros, como seres humanos, es que seamos neuróticos. O sea que tenemos conflictos, tenemos problemas, tenemos angustia, miedo, ansiedad, etcétera. Después hay todo un espectro, que es de lo que se llaman las personalidades limítrofes o borderline, que

van desde lo más leve hasta lo más grave, que se caracterizan por cierta inestabilidad del sistema mental.

En la medida en que tu estructura tiene una inestabilidad derivada de diversas cosas, por ejemplo, de núcleos de rigidez o traumáticos que hay dentro de ti o de ansiedades paranoides o de rasgos narcisistas muy intensos, a medida que eso es más protagónico dentro de tu mente, te entrega menos flexibilidad y hace que puedas elaborar con menos facilidad lo que viene de la realidad externa y de la realidad interna. Entonces, sobre todo en un período como este, estas noticias pueden llevarte incluso a un funcionamiento cuasipsicótico, lo que significa que tú empiezas a entrar en ansiedades muy intensas, puedes tener reacciones impulsivas, agresivas, a niveles de desconfianza muy grandes y a tener temores apocalípticos, relacionados con los miedos a la desintegración de la mente.

El panorama se ve riesgoso en un país que en que la enfermedad mental venía al alza.

En los casos en que se trata de un sistema familiar donde hay personas, por ejemplo, limítrofes eso va a generar un índice de estrés y de inestabilidad y probablemente hasta de mayor violencia intrafamiliar. Si eres limítrofe, y te dicen algo que no te gusta, tienes una reacción rabiosa, tremenda, le puedes pegar a alguien con un florero en la cabeza.

**Pero esa actitud que describe como limítrofe no es tan rara.
¿Quiénes son limítrofes?**

Es muy complejo, muy difícil tener una estadística así. Es más fácil el diagnóstico de depresión o de psicosis. Hay noticias de personas presuntamente limítrofes porque al ser personajes públicos, de una u otra manera, todos llegamos a enterarnos de reacciones que son muy inadecuadas, que están fuera de lugar, que no son reconocibles por ellos, a partir de estímulos poco significativos y que generan un quiebre en la conversación pública.

Sí, pero veo que todos podemos ser limítrofes, al menos leve.

La mente es, dentro de un núcleo de estabilidad, plástica y puede tornarse tumultuosa, impulsiva e incluso llegar a actos horribles. Pensemos en la Segunda Guerra Mundial o en situaciones vividas durante la dictadura en Chile. Nuestra normalidad neurótica no promete permanencia a todo evento.

Si tú eres limítrofe leve, pero estás con un esposo que te conoce y te quiere, en un momento de conflicto puede que él piense: "Bueno, en realidad, en las actuales circunstancias estos temas no voy a conversarlos con ella, porque en realidad es muy sensible y le ponen los pelos de punta, así que prefiero no hablarlos ahora". Esa es una coordinación positiva. Si tu esposo es del mismo tipo o peor, entonces va a ser bien difícil la cuarentena para los hijos, porque va a ser esa típica familia donde los papás andan a los gritos y después actúan como si nada hubiera

ocurrido. En esa familia los niños se sienten en la cuerda floja.

Mesa común

El horror que vemos en otros países va a llegar en mayor o menor grado, pero va a llegar igual, entonces ¿cómo enfrentamos como sociedad, y en términos de salud mental?, ¿cómo preparamos el camino para eso? Puede estarse generando una falsa expectativa de que lo estamos haciendo estupendo y eso no va a pasar.

Yo diría que las autoridades han estado tratando de funcionar de la mejor manera posible dentro de los recursos que tenemos, y en eso hay ciertos iconos que han sido positivos. El ministro de Hacienda, por ejemplo, y el ministro de Salud, con una tremenda y agotadora responsabilidad, la ministra del Trabajo. Ciertamente que la presión, la ansiedad y el propio modo de ser llevan a errores. Lo que esperamos los ciudadanos es que haya transparencia, seriedad y profesionalismo científico en estas circunstancias. Es la imagen que se espera de un médico como el ministro o como la presidenta del Colegio Médico, un orgullo, en verdad, para nosotros.

A medida que avance el mes y aumente la cantidad de muertos y de contagiados, obviamente que a la angustia se va a sumar un miedo creciente. Y lo que se espera es que ese miedo pueda ser encauzado a que la gente extreme los cuidados.

Todo lo que representa la autoridad va a ser muy importante en esta primera etapa, que yo llamaría de sobrevivencia, que más o menos es de 60 a 90 días, en que tratas de que la cantidad de contagiados y de muertos no

sea tan alta, que la curva sea plana y de que no se saturen los servicios de atención intensiva. Esto tiene que ser cada vez más explícito, más público. Es decir, no se trata de un gobierno que está a cargo de todo eso, se trata de un país que está a cargo de este problema. ¿Qué significa esto? Yo creo que ya es la hora de que todos quienes tiene prestigio en la sociedad, y son representativos, se unan en una sola presencia para salir adelante. Que no sea exclusivamente La Moneda, o el Parlamento, que están muy desprestigiados, sino que un conjunto de personas que están en sintonía para poder abordar esto como “una gran y continua Teletón”.

Cuando piensa en ese mundo después de la etapa de supervivencia. ¿Cómo es? ¿Cuál es la sociedad que va a quedar? ¿Qué va a pasar?

Para que podamos sobrevivir y luego recuperarnos y reconstruirnos es necesario que haya una convocatoria ecuménica y sincera de verdad. No basta con aumentar los impuestos ni con iniciativas particulares y de caridad. Significa que el país se junte. Es necesario estar todos juntos en una mesa.

¿Cuál es su mayor temor? ¿La pobreza pospandemia?

Va a haber mucha gente que no va a tener plata para poder comer. Por lo mismo es que aquí tiene que haber una convocatoria, que sea creíble, que sea concreta y que represente a todos quienes logremos –o logren– sobrevivir a todo esto. Si no lo hacemos, estamos a un paso de lo que está ocurriendo en el sur de Italia, que es el caos social, que

va a ser mucho peor que el estallido social, porque va a estar motivado por hambre pura.

A partir de lo que observa, ¿cuál diría que es la gran pregunta que todos nos hacemos hoy?

La pregunta que más me hacen, y que yo también me hago a mí mismo, es qué va a pasar, y tiene que ver con la angustia más que con el miedo. Y la respuesta es “bueno, tenemos que apechugar y tenemos que ser disciplinados y poder salir adelante juntos”.

En este país nosotros hemos sido criados en una atmósfera de escepticismo y desconfianza. En este caso es imprescindible tratar de luchar contra eso y generar un espacio que sea de mayor confianza, ya sea que pongamos ahí a varios Felipe Berríos o Mario Kreutzberger, o a personas que tengan ciertos espacios de credibilidad, de confianza, de poder, de recursos, etcétera, para que la gente pueda decir: “Les creo, están de acuerdo, van a hacer cosas concretas ahora”. Esa debería ser la promesa de un acuerdo social múltiple, heterogéneo, solidario, honesto y realista. Eso es lo que es imprescindible que ocurra para ganar este desafío, en honor de todos, de las víctimas y de los miles de servidores que día a día salen a la lucha contra el invasor, asumiendo el riesgo, pero con el amor que motiva salvar a muchos compatriotas.

El virus pone al descubierto la fragilidad del contrato social

The Financial Times

Publicado en The Financial Times el 4 de abril.⁴⁹ Traducción de Marcelo Alarcón Á.

Si hay un lado bueno en la pandemia de Covid-19, es que ha inyectado un sentido de unidad en las sociedades polarizadas. Sin embargo, el virus y los bloqueos económicos necesarios para combatirlo arrojan también una brillante luz sobre las desigualdades existentes –e incluso crean otras nuevas–.

Más allá de la derrota de la enfermedad, la gran prueba a la que pronto se enfrentarán todos los países es si los actuales sentimientos de propósito común configuran la sociedad después de la crisis. Tal como aprendieron los líderes occidentales en la Gran Depresión –y después de la

⁴⁹ <<https://www.ft.com/content/7eff769a-74dd-11ea-95fe-fcd274e920ca>>. Copyright The Financial Times Limited 2020. All rights reserved.

segunda guerra mundial- para exigir un sacrificio colectivo hay que ofrecer un contrato social que beneficie a todos.

La crisis actual pone de manifiesto hasta qué punto muchas sociedades ricas se quedan cortas ante este ideal. De la misma manera que la lucha para contener la pandemia ha puesto de manifiesto la falta de preparación de los sistemas de salud, también la fragilidad de las economías de muchos países ha quedado manifiesta, pues los gobiernos se esfuerzan por evitar las quiebras masivas y hacer frente al desempleo masivo. A pesar de los inspiradores llamados a la movilización nacional, no estamos realmente todos juntos en esto.

Los bloqueos económicos están imponiendo el mayor costo a los que ya están en peor situación. De la noche a la mañana se han perdido millones de empleos y los ingresos en los sectores de la hotelería, la entretención y otros sectores relacionados, mientras que los mejor pagados trabajadores del conocimiento a menudo solo se enfrentan a la molestia de trabajar desde casa. Lo que es peor, las personas con empleos de bajos salarios que todavía pueden trabajar suelen arriesgar sus vidas, como cuidadores y trabajadores de apoyo a la salud, pero también como reponedores (*stackers*) de estantes, repartidores y limpiadores.

El extraordinario apoyo presupuestario de los gobiernos a la economía, si bien es necesario, en cierto modo empeorará las cosas. Los países que han permitido la aparición de un mercado de trabajo irregular y precario están teniendo especiales dificultades para canalizar la ayuda financiera a los trabajadores con un empleo tan inseguro. Mientras tanto, una amplia relajación monetaria por parte de los bancos centrales ayudará a los ricos en

activos. Detrás de todo esto, los servicios públicos con financiamiento insuficiente están crujiendo (*creaking*) bajo la carga de la aplicación de las políticas de la crisis.

La forma en que hacemos la guerra contra el virus beneficia a algunos a expensas de otros. Las víctimas del Covid-19 son abrumadoramente los ancianos. Pero las mayores víctimas de los cierres son los jóvenes y ocupados, a los que se les pide que suspendan su educación y renuncien a sus preciosos ingresos. Los sacrificios son inevitables, pero cada sociedad debe demostrar cómo ofrecerá una compensación a quienes soportan la mayor carga de los esfuerzos nacionales.

Habrá que poner sobre la mesa reformas radicales, que inviertan la dirección de las políticas imperantes en las últimas cuatro décadas. Los gobiernos tendrán que aceptar un papel más activo en la economía. Deberán considerar los servicios públicos como inversiones y no como pasivos, y buscar la manera de hacer que los mercados laborales sean menos inseguros. La redistribución volverá a estar en el orden del día; los privilegios de los ancianos y los ricos en duda. Las políticas que hasta hace poco se consideraban excéntricas, como los impuestos sobre la renta básica y el patrimonio, tendrán que estar en la mezcla.

Las medidas para romper los tabúes que los gobiernos están adoptando para sostener las empresas y los ingresos durante el bloqueo se comparan acertadamente con el tipo de economía de guerra que los países occidentales no han experimentado durante siete décadas. La analogía va aún más lejos.

Los líderes que ganaron la guerra no esperaron a la victoria para planear lo que vendría después. Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill publicaron la *Carta del Atlántico*, estableciendo el rumbo de las Naciones Unidas, en 1941. El Reino Unido publicó el *Informe Beveridge*, su compromiso con un estado de bienestar universal, en 1942. En 1944, la conferencia de Bretton Woods forjó la arquitectura financiera de la posguerra.

Ese mismo tipo de previsión se necesita hoy. Más allá de la guerra de salud pública, los verdaderos líderes se movilizarán ahora para ganar la paz.

Covid19^②

MA Editores

